

DE NACIMIENTO
ESCLAVO

DE SANGRE,
LEYENDA



RUDDIS

MARCOS NIETO PALLARÉS

RUDIS

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *RUDIS*

© Marcos Nieto Pallarés

Febrero 2018.

Diseño de portada: Trabajobbie

Edición y maquetación: Trabajobbie

Dedicado a los tres seres que le otorgan paz y libertad a mi alma: Marta Martín Girón y mis dos hijos, Paula y Julen.

ÍNDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

«Ave Caesar, morituri te salutant.»

RUDIS: Nombre dado por los romanos a la espada de madera que usaban los gladiadores para ejercitarse en su oficio, y que tras la gloria en la arena, recibían como señal de licencia absoluta y libertad individual.

LLUVIA DE PÉTALOS

«*Almas de paso* —pensé entretanto miraba a los ojos de aquellos dispuestos a morir en la arena. Se intuían cargados de ira; el miedo delataba su verdadero trasfondo».

Muchos no volverían a recorrer el estrecho pasillo que daba a la planta ovalada del Anfiteatro Flavio; en contadas ocasiones, trayecto de ida y vuelta. La mayoría alcanzaría la *Porta Libitinaris*^[1], dejando tras de sí un largo rastro de sangre, donde, de seguir respirando, consumirían su muerte.

Cinco de cinco: pleno de arrastrados en nuestro bando aquel día de juegos; mala racha que a punto estaba de concluir.

—¡Ferox! —escuché del encargado de «citarnos» con la arena—. ¡Tu turno!

Caminé al advertir cómo la puerta se elevaba. Fuera, el griterío se intensificó. Alcé mis dos *gladius*^[2] y rasgué las paredes como siempre antes de entrar en la arena. El brillo del exterior me rebozó y una cruz de luz dorada se reflejó en los ojos de aquellos que observaban partir a un ídolo. Los muros del *pódium* se mostraron entonces, y una lluvia de pétalos regó mi piel.

Tres oponentes a la vanguardia. Alcé la vista al tiempo que me habituaba a la claridad, recorría el graderío de abajo a arriba: *imma cavea*, *media cavea*, *summa cavea*^[3]... Todos me parecían iguales: un acervo de degenerados sedientos de sangre.

En los primeros peldaños, las posaderas, ahora alzadas, de senadores y altos cargos de la administración romana; el emperador como su máximo exponente. La zona media para el descanso de las nalgas de la plebe. La

superior, para el de mujeres y carentes de derechos.

Con la orquesta haciendo sonar sus estridentes trompetas y flautas, observé a mis enemigos: un tracio, un reciario y un secutor. Jamás un gladiador se había enfrentado a tan mayúsculo reto.

El primero lucía la *parmula*^[4] bien sujeta en su mano izquierda, y el filo ligeramente curvado de una *sica*^[5] en la derecha, cuyo destino no era otro que el de mi espalda, desprovista de armadura gruesa. La suya se constituía de unas grebas, protección para el brazo y el hombro de la espada, cinturón protector sobre ropas de lino y un casco con penacho, visor y cresta. El segundo en discordia, el reciario, exhibía efusivo su red lastrada y tridente a los cuatro vientos, intentando provocar mi furia. Por lo general, se enfrentaba en cruenta batalla con un gladiador del tipo secutor, como el que aguardaba a su izquierda «impaciente» por luchar; con total seguridad, el más duro de roer debido a su equipamiento: *gladius*, escudo, casco esférico y armadura pesada casi completa. Enemigos habituales hermanados con el único propósito de acabar con una leyenda viva de Roma: Spurius Atiusanus; aunque ellos eso no lo sabían.

Solo adivinaba una técnica capaz de acabar con semejante trío de asesinos: cada corte, cada contacto de mis espadas con sus carnes debía ser lacerante, profundo y definitivo; no más de tres tajos por víctima.

Mas con tales preocupaciones acechando, en mi mente solo estaba ella: sus mullidos labios, su pulida piel de porcelana, su pelo liso, sus ojos de cristal... Cada gota derramada, grito de dolor o punzada mortal, llevarían su nombre.



Parecían deseosos por ejecutar ante los que jadeaban mi nombre. Oteaban impacientes al que daría la señal detonante; gesto que iniciaría el combate.

Nunca entendí sus prisas.

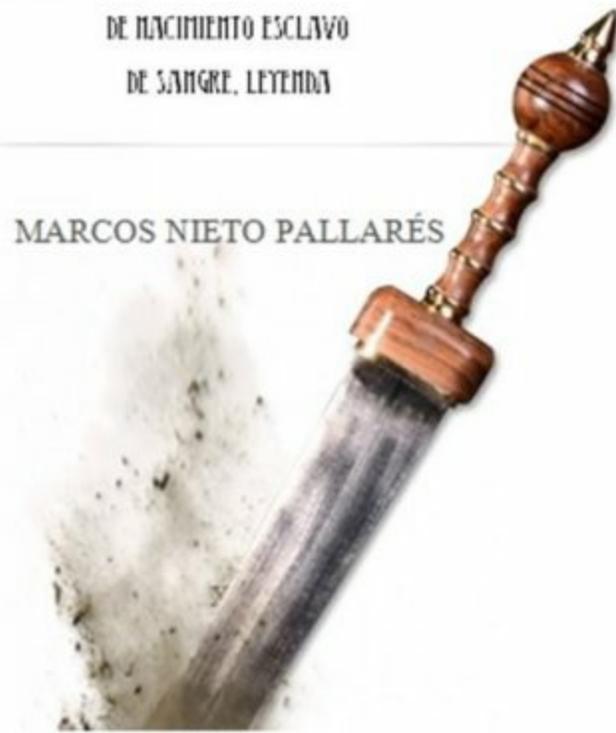
Pues a ellos no les esperaba más que la muerte.

A mí, la libertad en los «filos» de una *rudis*.

RUDIS

DE NACIMIENTO ESCLAVO
DE SANGRE, LEGENDA

MARCOS NIETO PALLARÉS



I

LOS SUEÑOS DE UN ESCLAVO

VEINTE AÑOS ANTES

—Algún día seré como ellos, Iulia —le susurré escondido entre la hierba—. Y lucharé por alcanzar la gloria de Roma.

—Ellos no combaten para alcanzar nada, Spurius: trabajo para unos; condena para la mayoría.

—No entiendes nada, mujer.

—¿Mujer?

Clavó su mirada en la mía. Temí que con sus uñas me arrancara los ojos.

—Eres un ingenuo. Aquí perduras entre algodones. ¿Y tu sueño es luchar en la arena? ¿Para qué? ¿Para morir?

—No entiendes nada, mujer.

—Vuelve a repetir eso, y tu primer combate será mucho antes de lo que piensas.

Sonreí al tiempo que observaba las *rudis* golpear las estacas fijadas en el suelo, el sudor recorrer las frentes de esos hombres cansados, los músculos tensarse y distenderse, los alaridos entre punzadas, los ataques certeros, los impactos erróneos..., me deleitaba con el bregar de los gladiadores.

—Lucharé por honor, dinero y mujeres. Seré recordado durante milenios.

—Eso se lo has escuchado decir a alguno de ellos, ¿verdad? —señaló con el mentón a los que seguían perfeccionando sus artes.

—Eh..., sí.

—¿Y para qué quieres tú mujeres, si puede saberse?

—Para darles besos y abrazos. Y para que me sirvan buen vino, cocinen manjares y den hijos.

—Para los besos y abrazos me tienes a mí, ¿no? Puedes dármelos cuando quieras.

—Tú me das patadas y puñetazos. Y siempre me llamas ingenuo.

—Pero es jugando, ingenuo. ¿Quieres darme un beso ahora?

—Bueno —dije encogiéndome de hombros.

—Pero en la mejilla, ¿eh?

—Vale.

De costado se señaló el carrillo izquierdo. Me acerqué sin miedo y la besé donde indicaba su dedo índice: su tez asalmonada. Y aquel día no sentí más que lo suave de su cutis. Pero nunca olvidaré esa primera vez; la primera que mis labios rozaron su piel.

—¿Ves? Puedes hacerlo siempre que quieras.

—Prefiero jugar a escondernos.

—Yo también.

—¿Jugamos?

—Sí.

CUATRO AÑOS MÁS TARDE

Con mi espalda pegada a un árbol, escuchando al otro lado del tronco los

sigilosos pasos de Iulia, y cuando a punto estaba de descubrirme, escuché en la lejanía los gritos de la esclava encargada de nuestro cuidado, Petronia, convocando al *prandium*^[6].

—¡Ama Iulia! ¡Spurius! ¡La mesa está servida!

Nací donde los gladiadores pulían sus técnicas. Mis únicos recuerdos yacían en aquel lugar de renombre, en aquel complejo fortificado a las afueras de la ciudad: el *ludus* de «mi padre». Su sangre no corría por mis venas, mas así me hacía llamarle —algo que, por otra parte, me henchía de orgullo—. El lanista Spurius Atius Aquila, conocido en toda Roma por administrar una —aunque no la mayor— de las mejores escuelas de la Península Itálica.

Era su hijo a modo «honorífico». A los esclavos no se les adoptaba, se les sometía. Pero desde que tenía uso de razón, me trató como a Iulia.

Me encantaba observar a hurtadillas cómo los doctores formaban a los que lucharían en la arena; soñaba con ser algún día uno de sus discípulos.

Padre esperaba en la mesa junto a madre. Aguardaban nuestra llegada en el *triclinium*^[7], acomodados sobre los bancos de madera que la rodeaban, ante los esclavos que, de pie y a sus espaldas, acababan de ataviarla de pan, carne fría, verduras y fruta, y que ahora permanecían al «acecho» de alguna orden. Junto a ellos permanecían varias jarras de vino; en nuestro caso, de agua.

Me senté como siempre a la derecha de Iulia, muy pegado a ella.

Por aquel entonces deseaba crecer como una hiedra venenosa, hacerme grande, fuerte y letal. Pero el tiempo me trataba como a todo el mundo. La vida fluía lenta y sosegada, y a esa misma velocidad se estiraba mi cuerpo.

Ironías de la vida: cuando fui mayor anhelé volver a ser un niño.

Si ansías que corra veloz, lo hace despacio; si quieres que transcurra

tranquilo, galopa como un corcel desbocado. Lo cambia todo de una forma tan gradual, que a veces ni siquiera advertimos sus permutas. El tiempo es la única riqueza que todos poseemos más allá de estirpes y alcurnias. Un cofre repleto de monedas en forma de momentos, instantes, que puedes dar o perder, pero nunca recobrar. Yo le encomendé a mi corazón la ardua tarea de desembolsar hasta la última pieza de mi tesoro, en mí o en los demás, pero siempre con la condición de gastarlas en el mayor refrigerio que puede otorgar la vida: la felicidad.

«Fantasías de un ingenuo. El mundo se te va a comer vivo, Spurius», decía Iulia. Mas ese mismo tiempo nos demostró a los dos que ninguno tenía razón.

—¡No quiero que os acerquéis a la arena circular! —ordenó padre, tajante—. ¡Os quiero lejos de los luchadores! ¡No sé cuántas veces he de repetirlo!

Madre asintió, secundando así el mandato de su marido. Como siempre esplendorosa, lucía sus ropas de seda con gracia: la *estola* y una *palla* naranja, coloreando el ambiente que los demás solo teñíamos de blanco.

—De mayor quiero ser gladiador —dije de pronto ante la sorpresa de los presentes.

Un silencio sepulcral colmó la atmósfera. El cabeza de familia fijó sus penetrantes pupilas en mis retinas; madre más bien asemejó ser engullida por la tierra. Me mantuvo tanto la mirada, que la mía se distrajo en sus canas, sus ojeras propias de la edad, su mentón firme y ojos azules. Un hombre recio y de planta severa, pero de buen corazón y atento con sus hijos —los que había engendrado y los que no—.

—Dejadnos a solas. Todos —exigió adusto.

Iulia cogió mi mano bajo el cobijo que ofrecía la mesa; suavemente, deslizando sus dedos sobre mi palma... Ya alzada y de soslayo, me envió coraje a través de sus ojos, antes de marchar junto a su madre y los esclavos.

Una vez a solas, me instó con un gesto a que me acercara.

—¿Por qué me llamas padre? —preguntó cuando estuve a su lado, de pie. Dudé unos segundos.

—Porque me has criado.

—Pero sabes que no lo soy, ¿verdad?

—Sí.

Agarró mi cintura y me empujó hacia su pecho, dándome casi un abrazo. Sonrió. Por primera vez aquel día vi esa bonita mueca en su rostro. Me tranquilizó.

—Nunca te he hablado de tus progenitores. Y creo que es hora de enmendarlo, ¿no crees?

Asentí sorprendido. Sumamente emocionado.



—Tu madre murió al poco de alumbrarte aquejada por las fiebres tercianas, quedándote a cargo de tu padre y de su amo, yo mismo. Cometí el error de encariñarme con un esclavo —dijo con la mirada perdida—. Fue un sirviente irreplicable y el mejor hombre que he conocido; aunque su sangre le situara en el eslabón más bajo de la sociedad. Me salvó incluso la vida; pero esa historia quizá te la cuente otro día. Nunca he vuelto a simpatizar con un esclavo, ni lo haré jamás. Nos debemos a un linaje y por este vivimos; no deben mezclarse las progenes. El sometido obedece; el amo ordena: no volveré a olvidarlo.

Sus palabras herían al tiempo que gratificaban. Una lágrima resbaló por mi mejilla al conocer el talante de mi padre, al advertir que además de buen hombre fue amigo de un insigne romano.

—En este mundo —prosiguió melancólico—, las envidias abundan en demasía. Y eso fue lo que acabó con su vida. Le otorgué poder sobre los otros de su condición, y los celos le apuñalaron por la espalda. Crucifiqué al que sesgó su vigor en el patio de este mismo *ludus*, para que se pudriera al sol y

sirviera como ejemplo para los demás. Una vez muerto, lo «trasplantamos» al anfiteatro del *ludus*; que al menos su cuerpo sirviera para adiestrar a los gladiadores. Aquel día, los doctores enseñaron cómo desmembrar a un adversario.

Mi mente perfiló el sufrimiento de aquel siervo; no sentí pena por él. Yo mismo le hubiera cercenado el cuello de haberlo tenido delante.

—Tu padre era fuerte —explicó ante mi silencio. Me limitaba a escuchar, dilucidar los secretos que tanto tiempo había deseado saber—, y agonizó mucho antes de desangrarse. Durante su padecimiento me suplicó que cuidara de ti. «Trátale como a tu semejante. Hazlo como lo has hecho conmigo», rogó antes de exhalar su último aliento. Por ello te he criado al igual que a Iulia. Incluso cambié tu nombre de esclavo por uno más acorde a tus circunstancias. —Me cogió de los hombros y, de nuevo, sonrió—. Algún día serás libre, Spurius, así se lo prometí a tu padre. ¿Quieres ser gladiador?

—Es mi mayor deseo —contesté decidido.

—Demuéstramelo. —Padre se alzó y anduvo hacia un arcón situado en una esquina de la estancia. Lo abrió y extrajo una espada de madera. Me la entregó—. Será tu amante y compañera durante la noche y el día: tu arma de entrenamiento: tu *rudis*. Dentro de cuatro años, cuando cumplas los diecisiete, comenzará tu adiestramiento. Mas solo si lo mereces.



Petronia me arropó como siempre al caer el sol y emerger la luna. La edad empezaba a hacer mella en su rostro. A mí, quizá embelesado por el cariño que le profesaba, me parecía la mujer más hermosa. «*De joven debió ser aún más bella* —pensé con la mirada fija en las arrugas de su rostro». Lo seguía siendo, pero bajo un recubrimiento marchito y cansado. Una vida de servidumbre que se reflejaba en su cuerpo, cada día más lento y pesaroso.

—Buenas noches, amo.

—¿Por qué me llamas así? Nunca antes lo habías hecho. —Me extrañó ese repentino cambio de denominación.

—Órdenes del amo Spurius.

Sus palabras asomaron por mi cabeza: «Mas solo si lo mereces». ¿Una prueba?

—Soy tan esclavo como tú, así que llámame Spurius, por favor. Eres como una madre para mí. Catorce años llevas cuidándome y no voy a permitir que te dirijas a mí de otra forma que no sea por mi nombre. No eres mía y nunca lo serás. Nadie debería ser de nadie. —Petronia me miró a los ojos y sonrió—. Dile a tu amo lo que acabo de decirte. —Esta vez fui yo quien efectuó una sonrisa, acompañada por un guiño.

Me enmarañó el pelo y me besó en la frente.

—Mi dulce niño —susurró tras separar sus labios de mi piel—. A veces hablas como un viejo, como si llevaras cien años en este mundo. Eres especial y serás un buen hombre, Spurius Atiusanus; seas gladiador, lanista, político o soldado.

»Hablando de lo primero... Llevo años escuchando los tejemanejes que se guisan entre estas paredes y..., sé de buena fe, que no es una profesión y mucho menos un divertimento. Solo unos pocos consiguen riquezas y adoración; algunos, una vida de miedo y sufrimiento; la mayoría, la muerte bajo la atenta mirada de un público sediento de sangre. Se comenta lo que sucede en la arena: «De veinte solo han vuelto diez», ¿entiendes? No quiero escuchar un día que mi pequeño no regresa.

Entendía su preocupación. Solo debía imaginar a Iulia empeñada en ser una *gladiatrix*^[8] para sentir su desazón en cada palmo de mi piel.

—Sé que no os agrada mi decisión —dije meloso, pausado, tranquilo—, pero soy un esclavo y no pretendo serlo eternamente. Tampoco quiero pasar el resto de mi vida en este *ludus*. Lo que deseo, es una libertad merecida, ganada con esfuerzo; no una concebida por «parentesco» o afinidad. Quiero

andar por las calles de Roma con la libertad como estandarte. Y dime, Petronia, ¿qué opciones tengo de conseguirlo aquí encerrado como los demás? Me han bendecido con un sometimiento distinto al tuyo. Sin ir más lejos, he tenido tres madres. —La miré a los ojos y sonreí. Su faz me transmitía la más cálida de las calmas—. Eres quien me ha criado y entiendo tus recelos. Pero un hombre contra otro en un magnífico enclave repleto de espectadores, no me parece una mala forma de lograr lo que pretendo. Considero las luchas de gladiadores un arte. No miro más allá. Me centro en lo puro y obvio los oscuros fines que puedan esconder. Son mi devoción. Y no dejaré que acabe conmigo, sino que me encumbre a lo más alto.

Se mantuvo unos segundos quieta, observándome al tiempo que su rostro reflejaba una obvia resignación; también pude advertir un atisbo de orgullo. Se marchó por donde había llegado, cruzándose con Iulia en la entrada del *cubiculum*. «Ama Iulia», saludó agachando la cabeza. «Buenas noches, Petronia», contestó alegre como siempre.

Se acercó a la cama y me miró con determinación.

—Venga, desembucha —susurró sentada junto a mi cuerpo recostado.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser, ingenuo? —dijo alzando el tono—. Lo que te ha contado padre en secreto.

—Me ha explicado por qué tengo un trato especial con respecto a los otros esclavos, nada más.

Me sentía vulnerable, triste a la vez que feliz. Escuchar de boca del hombre al cual consideraba un padre el porqué de todo, condujo a mi corazón por un extraño sendero de melancolía y satisfacción. Alcanzar el estatus de liberto se convirtió aquel día en un punto donde fijar mis anhelos. Mas mi sueño, siempre fue merecerlo por méritos en la arena.

—¿Y? —preguntó expectante, encogiéndose de hombros.

—Murieron cuando yo apenas andaba. Me criaron padre y madre aquí

contigo, ayudados por Petronia. Nuestros padres fueron grandes amigos. Ese es el motivo por el cual no sirvo como los demás. Algún día seré libre, Iulia —le expliqué emocionado—, y podremos pasear por Roma cogidos de la mano. —Sus mejillas se tornaron de un sutil rosado. Nunca antes había observado en su rostro tal atisbo de timidez. Ni siquiera yo entendía por qué acababa de pronunciar aquellas palabras—. Una vez me dijiste que podía abrazarte siempre que quisiera, ¿cierto?

—Sí.

El consentimiento escapó de su boca con voz tenue, vergonzosa, todavía sonrojada y con los ojos asemejando un mar de sensaciones.

—Entonces, abrázame, amiga mía.

Se fue y entró madre. No tuve tiempo material de destapar mi cuerpo como solía hacer todas las noches tras arroparme Petronia: ritual que me alegraba antes de conciliar el sueño. Aun así, se acercó y subió un poco las telas que me cubrían.

—Padre me ha contado vuestra charla de hoy —dijo recostada sobre mí—. Y quería darte mi opinión sobre dichas cuestiones, si me lo permites.

Asentí arropado hasta la nariz.

—Aunque no te diera a luz, eres como Iulia para mí, y por lo tanto, no daré jamás mi consentimiento para que luches en la arena. He contemplado mejor que nadie cómo acaban la mayoría de gladiadores. No quiero verte partir y que no regreses, o lo hagas mutilado. No.

«¿Nadie me va a apoyar?».

—Madre —dije de pronto cortando su exposición—. No has de preocuparte.

—No pidas algo que no puedo hacer, hijo mío.

—Padecerías por nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mi destino no es ser un gladiador cualquiera.

II

ELLA

TRES AÑOS MÁS TARDE

—El árbol no va a defenderse —musitó Iulia con sorna—. Quizá deberías entrenar con un oponente más peligroso, ¿no crees?

—Muy graciosa. —Emití una risa sarcástica sin dejar de arremeter con mi *rudis* contra el tronco—. Dentro de un año empezará mi adiestramiento, y debo estar preparado.

—¿Crees que padre se refería únicamente al manejo de la espada?

—A qué, si no.

—A todo.

—¿Todo?

—Siempre serás un ingenuo, Spurius Atiusanus.

La hubiera besado para acallar sus palabras. Llevaba tiempo soñando con su piel, intentando resistirme al deseo, a su esbelta figura, a sus hermosos ojos cobalto. El paso del tiempo me arrojó a un abismo de incertidumbre; mi «hermana» y al mismo tiempo mi anhelo. Aun así, debía conformarme con desearla en secreto, seguir imaginando sus labios contra los míos al bajar los párpados.

—No soy un ingenuo —espeté molesto—. Y empieza a irritarme que tú lo

creas.

—Padre quiere que te conviertas en un hombre de honor. No solo en un experto espadachín.

—¿Y cómo lo logro? Me paso el tiempo aquí contigo. No puedo hacer otra cosa que entrenar y entrenar.

Iulia suspiró largamente.

—Voy a acompañar a madre al *macellum*^[9]. Puedes empezar tu andadura hacia la honorabilidad acompañándonos —solicitó, como siempre, irónica—. Sobre todo a mí. Me aburre pasear con un puñado de esclavos revoloteando alrededor. Tu compañía hará del trayecto uno más llevadero.

Nunca antes tuve la oportunidad de visitar el foro —al fin y al cabo no era un liberto, por mucho que se me tratara de forma diferente a los demás esclavos—. Tenía prohibido salir del *ludus* sin acompañamiento, y las pocas veces que lo hice con padre, jamás fue tan al centro de la ciudad. A veces pensaba que se avergonzaba de mí, de tratar a un hombre de mi condición como a un semejante, de amarme.

—Sí, claro, os acompañaré.

Iulia sonrió. Yo intenté aparentar templanza, tranquilidad. Ella —me conocía mejor que nadie—, detectó sin duda la emoción que recorría todo mi cuerpo. Fingió no haber percibido nada.



Caminamos hacia el *macellum* cogidos de la mano. Tras nosotros, Petronia, quien en realidad se encargaba de nuestros cuidados la mayor parte del tiempo. A su espalda, Prior, el único gladiador libre del que disponía padre —y el más valeroso, decían—, que se ocupaba de nuestra protección aquella mañana.

Por lo general, traían los alimentos con carretas al *ludus*, pero a madre le gustaba salir de vez en cuando a «curiosear» por el foro y sus cercanías;

paseos de los cuales, como ya he dicho, nunca había gozado.

El cielo lucía azul y los pájaros adornaban sobre nuestras cabezas el ya de por sí dinámico recorrido. A cada paso la vista se me regocijaba más y más; Roma desfiló ante mis fascinados e inexpertos ojos. Tanto fue así, que no recuerdo abrir la boca durante el trayecto.

Las calles exhibían un sinfín de tonalidades, ofrecidas sobre todo por los romanos. El granate y el ocre abundaban, mezclado con el blanco de las togas y el mármol, y los variopintos pelajes de los animales que tiraban de carretas y *basternas*^[10].

—¡Paso a mi señor! —se escuchó a nuestra retaguardia. Un esclavo vociferaba ante una *lectica*^[11].

Nos apartamos para dejarla pasar —era eso, o permitir que lo hiciera sobre nuestras costillas—. La transportaban cuatro hombres con los mismos derechos que el encargado de abrir camino, propiedad del que se protegía dentro del armazón compuesto por correas sujetas a un colchón, sobre el que se repartían mullidos cojines. Dentro, por lo general, se acomodaban mujeres, personas obesas, lisiadas o ancianas.

Tras el sobresalto, cuando apenas habíamos reiniciado el paso, Iulia señaló con el mentón una calle que se abría a nuestra izquierda. Y entonces, a lo lejos, lo vi como nunca antes: el Anfiteatro Flavio.

«*Algún día, ahí adentro...* —pensé emocionado ante tal grandiosidad—, *escucharé vítores*».

Alcanzamos el *Forum*, lugar donde se localizaban las instituciones de gobierno, mercado y religión. No conocía el lugar en persona, pero padre y madre me procuraban una buena educación. De ello se encargaba el viejo profesor Tiberio —no era tan mayor, pero así le apodábamos Iulia y yo en la «intimidad»—. Padre nunca nos llevó a ninguna *schola*, que también solían situarse en el lugar al que acabábamos de arribar. Por ello, a parte de ella,

jamás conocí a otros niños, más allá de pasar unas horas con los que acompañaban a sus progenitores de visita al *ludus*; escaso tiempo para «congeniar». Lo más cerca que estuve de sentirme un niño «normal», fue cuando les observaba jugar en las contadas ocasiones que abandoné «el nido».

El bullicio se hizo patente mucho antes de adentrarnos en aquella maraña de piernas, brazos y cabezas. Cuatro imponentes estatuas custodiaban la entrada al *macellum*: los dioses Mercurio, Neptuno, Fortuna y Genius Macelli, encargados de protegerlo. Columnas con capiteles adornados floralmente y, en el centro de la concurrida calle, esculturas representando a emperadores y familias imperiales. A sus costados, puestos ambulantes y locales que ofrecían productos a todo romano con monedas para intercambiar.

Madre y Petronia se acercaron a un puesto de fruta.

—Ven —instó Iulia tirándome de la mano como a un pelele—. Tengo hambre.

Me irritaba al tiempo que complacía; binomio de sentimientos que precipitaban mi alma por un talud de indecisiones. Quería estar con ella, pero también me hacía sentir un sometido, un esclavo de sus deseos y, por muy irracional que pudiera semejar, de los míos. Si no entendía a mi propio corazón, ¿cómo iba a entender el suyo?

Cogió una manzana y la mordió.

—Sabrosa —musitó entre dentelladas—. ¿Quieres una? —Asentí mientras la observaba masticar como si llevara días sin hacerlo.

Me disponía a corroborar la veracidad de su afirmación cuando lo escuché: un relinche a mi espalda. Doblé el cuello en busca del estridente sonido, y de soslayo, atisé una mancha con cuatro patas que se abalanzaba sobre nosotros. Empujé a Iulia contra madre, que a su vez trasladó a Petronia, apartando a las tres de la trayectoria del animal; movimiento que me condenó

a no salvarme con ellas.

El desbocado jamelgo no llegó a patearme siquiera: se trastabilló poco antes de alcanzar mi cuerpo, cayendo sobre el puesto con las patas delanteras; las traseras sobre mí. Se movía como un pez fuera del agua, agitándose como si galopara tumbado. Noté su liso y negro pelaje contra mi piel, y una presión inmensa en cada músculo de mis piernas. Una estridente mezcla de gritos y silbidos se adentró en mis oídos mientras Prior tiraba de las riendas del animal, liberándome de su peso. Iulia se arrodilló a mi lado con el rostro atribulado, vociferando. No entendí lo que gritaba. «*Pide ayuda —pensé mareado—. Lloro*». Me abrazó con los ojos empapados en lágrimas, entregándome un calor soporífero y placentero; mucho mejor que el ofrecido por el corcel segundos antes.

Desfallecí en sus brazos.



Pasé del Foro al hogar en un instante. Desperté aturdido en mi dormitorio, con la cabeza retumbándome como un tambor, solo. Recordé al caballo, provocando que mis piernas se movieran instintivamente. Se desplazaron con soltura bajo la manta que arropaba mi cuerpo echado, tranquilizándome. Las percibí doloridas; nada que no solucionara una buena dosis de entrenamiento.

Mis mayores miedos siempre fueron no alcanzar el Anfiteatro Flavio y perderla; ambos los padecí durante el infortunio con el equino.

Intenté alzarme. Las extremidades respondieron, manteniéndome en pie sobre el frío suelo. Pero también replicó el dolor. Me volví a recostar, a cubrir con la reconfortante manta.

«*Necesito reposar —entendí tras la infructuosa tentativa*».

Entró pausada, en silencio, compungida como nunca antes la había visto. Se acercó al lecho y se sentó a mi lado.

—No vuelvas a meterte debajo de un caballo, ¿de acuerdo? —susurró con una tímida sonrisa en el rostro—. Nos has angustiado mucho.

—Intentaré colocarme arriba —respondí frotándome las sienes—. Dicen que duele menos y se va más rápido.

—Eso dicen, sí.

Petronia apareció tras la última palabra de Iulia, lanzándose literalmente a mi cuello.

—Mi pequeño —musitó al tiempo que plañía—. Nos salvaste a las tres.

—No me alabéis por algo que hubiera hecho cualquiera.

—Arriesgar la vida por los demás no está al alcance de todos —aseguró la esclava.

—Sí lo está. Siempre y cuando quien la arriesga, lo haga por alguien que merece tu vida.

Iulia me miró; la observé de soslayo. Y percibí unos ojos que transmitían más que cariño.

Tras abandonar el *cubiculum*^[12] Iulia y Petronia, me visitó padre.

—Te has tomado a pecho lo de ser un hombre de honor —dijo mostrando una sonrisa de oreja a oreja—. Digno hijo de tu padre, sin duda. ¿Y sabes qué?: tu acto merece una recompensa.

—¡Empezar ya mi entrenamiento!

Las palabras escaparon de mi boca como la orden de un *legatus*^[13] en medio de una batalla. Padre soltó una estridente carcajada.

—¡Sin duda la respuesta esperada, hijo! —espetó riendo.

—¿Lo iniciaré? —pregunté expectante, receloso como quien espera una confirmación vital.

—Todavía no —sentenció partiendo mi ilusión en dos—. Pero daré orden, hoy mismo, de que se inicie en cuanto cumplas los diecisiete años. Sin demora.

«*Falta uno* —pensé entre resoplidos, avistando muy lejano el deseado momento».

Mas por todos es sabido, que el tiempo surca la vida raudo.



Noté peso sobre mí. Adormilado entreabrí los ojos. En plena noche contemplé la silueta de un rostro acercándose al mío. Por un instante dudé si soñaba, si en realidad yacía sobre mi cuerpo..., si me miraba. Acercó sus labios mientras yo sentía estar encadenado al lecho, preso de un embriagador hechizo; no fui capaz de mover un músculo.

Me besó.

«*Gracias*», susurró entretanto rozaba con su boca la mía, me enviaba su dulce aliento.

Y, tras dejarme saborear su piel, se marchó, dejándome con la única compañía de esa encrucijada que tanto llevaba en mi camino.

III

PRIMERA LECCIÓN

Abrí los ojos antes de que, como cada mañana, me desvelara el sol. A través de la ventana de mi cuarto podía apreciarse la noche; ni siquiera se percibía un amanecer cercano.

«Hoy —pensé mientras me desperezaba—: *el día que podré demostrar mi valía, ser digno de pelear en la arena*».

Me atavié con ropas ligeras, cogí la *rudis* y me dirigí al pequeño anfiteatro donde solían entrenar los gladiadores. Antes de presentarme al doctor, calentaría los músculos; quería empezar la instrucción de buena manera.

Recorrí el pasillo en silencio, pasando de puntillas ante los dormitorios de Iulia, padre y madre.

«Eh», escuché tras de mí. Giré el rostro y la vi enfrente de su *cubiculum*.

—¿Se puede saber dónde vas? —susurró de forma casi inaudible—. Ni los pájaros trinan aún.

Resultaba imposible mirarla sin esbozar una sonrisa. Incluso recién levantada, asemejaba un ser olímpico. Su pelo descendía cuello abajo como una catarata de aguas cristalinas. Sus ojos, grandes y claros, brillaban al igual que la luna afuera, encumbrando dos sonrojadas mejillas, succulentas como un par de manzanas.

—A prepararme para el primer día de entrenamiento —contesté también en voz baja.

—Lo que deberías hacer, es descansar para tal menester, ingenuo.

«*Ingenuo* —cavilé embelesado—. *No entiendes nada, mujer*».

Me acerqué decidido y la besé. Me abrazó, arrastrándome al resguardo del dormitorio. Se separó de mí.

—No vuelvas a hacerlo. No donde puedan vernos.

—Todos duermen, Iulia. Pero mi amor está muy despierto. Y empieza a cansarse de tenerte tan cerca y sentirte tan lejos.

—Hemos hablado mil veces de esto...

—Lo sé —musité interrumpiéndola, desencantado, harto de tenerla y no tenerla—. ¿Nunca vas a decírselo?

—No lo sé, *Spurius*..., no lo sé.

La miré un instante y salí presuroso de la estancia; sin despedirme, sin importar si padre o madre despertaban, desilusionado por su continuo hermetismo, animado por lo que aquella jornada prometía.

Ni siquiera recordó que era mi cumpleaños.



Disfruté de un amanecer sazonado con nervios, golpes de mi *rudis* contra un tronco «despellejado», fustigado durante años por la espada de madera que me regaló padre; incertidumbre, esperanza..., y un horizonte azafranado. Disfruté de un amanecer incomparable.

No tardé en advertir movimiento en el anfiteatro. Me acerqué a la entrada y observé, ante los cinco doctores de los que disponía el *ludus*: Vero, Otón, Lucio, Mario y Cayo, tres líneas de hombres —cincuenta aproximadamente—. Cada gladiador sujetaba en su mano derecha una *rudis*; un escudo de mimbre en la izquierda. El mayor de los maestros soltó un grito al viento y los esclavos se colocaron en formación de dos.

Cada uno pertenecía a una clase: samnita, mirmillo, tracio, secutor..., y según esta, usaban un armamento u otro. Originalmente, los gladiadores fueron prisioneros de guerra obligados a pelear en los funerales de grandes

mandatarios, empleando las armas características de su pueblo. De ahí surgieron las categorías y, del mismo modo, los emparejamientos. Por ejemplo: un reciario, con su red lastrada y su tridente, solía enfrentarse en combate contra un secutor, equipado con armamento y armadura pesada. Lo que se intentaba era hacer las peleas vistosas e interesantes. Un gladiador fornido, fuerte y grande —lento—, contra uno ataviado con una armadura ligera, esbelto y rápido. Ante todo, se demandaba variedad e innovación.

«*Yo seré un samnita —pensé—. Saldré a la arena con un casco crestado, una pechera etrusca, un escudo y una gladius*».

Anduve seguro hacia Vero, antiguo esclavo y gladiador invicto: el único —al menos que yo conociera—, liberado por el mismísimo emperador.

Me situé a su costado. Él me miró de soslayo como quien atiende a una mosca. Entretanto, los aprendices practicaban el golpeo y la defensa. Algunos llevaban más de diez combates a sus espaldas; otros, uno o ninguno; ¿lo común?: no durar más de tres. Un mundo aparte era Prior: veintiséis enfrentamientos invicto. Sin duda, quien más beneficios le reportaba a padre. En vez de entrenar, su intención parecía más bien la de mantenerse en forma.

—¿Qué quieres, joven Spurius? —preguntó seco, sin desviar la mirada de sus discípulos.

Calvo, de barba larga, frondosa, que se estiraba hasta su pecho; ojos pequeños y oscuros; boca apretada y nariz prominente. En su nuca, al término de su rasurada cabeza, emergía una trenza de al menos dos pies de largo.

—Entrenar.

—¿Y se puede saber por qué?

—Por lo mismo que aquel de ahí. —Señalé a Prior con mi *rudis*.

—Entiendo. —Se colocó ante mí, recorriendo con la mirada cada recodo de mi cuerpo. Me agarró de los hombros y los zarandé—. Eres demasiado enclenque. Mírales. —Apuntó con el mentón a los que suministraban y

recibían ataques—. Son grandes y fuertes. Te falta peso. Un golpe de sus espadas te partiría en dos.

Le clavé la mirada. Si pretendía amedrentarme no lo estaba consiguiendo; más bien enfurecer mis ánimos.

—Para partirme en dos han de alcanzarme; y soy rápido como el rayo, ágil como un felino e hiriente como el filo de una daga.

Dije esto y permanecí firme sin desviar mis pupilas de las suyas, que cortaban incluso más que el silencio resultante de mis palabras.

Asintió pausado al tiempo que su rostro reflejaba la incredulidad total. Yo en cambio vi en su gesto un indicio de admiración.

—Sabía que vendrías, joven Spurius. Y aunque no estoy de acuerdo, tengo orden de adiestrarte como a los demás. Y te prometo que no haré distinciones contigo.

—No las quiero —sentenció con un tono de voz que rozaba lo inapropiado. «*Compórtate. No la fastidies ahora, cuando lo tienes tan cerca*»—. Estoy aquí para obedecer a los doctores, para convertirme en un buen gladiador.

«*En el mejor*».

—¿Eso quieres? Pues demuestra que eres digno de mis enseñanzas. ¡Cicero! —vociferó. Los que aprendían se detuvieron al tiempo que el citado se acercaba presuroso. Tras un animoso grito, esta vez del doctor a la derecha de Vero: «¡Seguid, desgraciados!», los gladiadores prosiguieron atizando con sus *rudis* a los escudos de mimbre.

Cicero se colocó frente a mí. No parecía un luchador común: más delgado, bajo y..., menos musculoso que sus compañeros. Vero agarró de los hombros al muchacho, que tembló al sentir su piel.

—He aquí nuestro alumno más joven, honor al que ahora aspiras tú. No es que sea gran cosa, pero le salió por un buen precio a tu padre; y para que unos ganen, otros han de morir, ¿no? —Los ojos del que se perfilaba como

mi primer contrincante se abrieron de par en par. Se intuía mucho miedo en ellos—. ¡Pelead, escoria!

La orden heló mi sangre, dejándome petrificado ante Cicero, que parecía un bloque de hielo. Vero se echó a un lado, apoyando su espalda en la piedra bajo los pequeños graderíos del anfiteatro, cruzándose de brazos. Los demás prosiguieron sus «quehaceres» como si nuestros mundos fluyeran en tiempos distintos.

El entrenamiento previo se desvaneció: cada técnica aprendida de forma autodidacta, golpe contra «mi» árbol o visualización quedó atrás, asemejando perderse en mi memoria.

Y allí estábamos Cicero y yo, dispuestos a pelear con dos espadas de madera.



Girábamos como buitres sobre un animal moribundo. Nos mirábamos, buscando el momento idóneo para atacar; no lo encontrábamos. Mas no podía dejar pasar la oportunidad brindada; la que tanto llevaba esperando.

«Debo demostrar que soy digno de esta escuela».

Lancé mi *rudis* contra Cicero, que detuvo el golpe con su antebrazo izquierdo. El «filo» golpeó de lleno en su piel, estremeciendo el hueso bajo ella. Se lo agarró dolorido.

—Jajajajajaja... —rio Vero sin reprimirse un ápice—. ¡No llevas escudo, estúpido!

«Tiene miedo; incluso más que yo. He de aprovechar ese factor».

—¡Ah...! —grité al tiempo que mi espada le impactaba de nuevo, esta vez en su hombro derecho.

Mi contrincante se revolvió, atacando con furia. Esquivé la combinación

de golpes laterales y verticales con elegantes y veloces movimientos.

Vero asintió, aparentando por momentos disfrutar del «espectáculo».

«Es demasiado lento».

Decidí acabar con la pugna. Me sentí sereno y atrevido, como si los aprendizajes de mi corta vida hubieran vuelto.

Rodé por la arena y «aguijoneé» su estómago. Mi contrincante exhaló un quejido seco, al que siguió un salivazo que incluso mojó mi cara. De rodillas le aprecié sin aliento, sin color. Con el brazo todavía extendido pateé sus piernas, mandándole de bruces contra el suelo. Me alcé raudo y posé la planta de mi sandalia en su pecho, oprimiéndolo contra la arena, evitando que se levantara y, al mismo tiempo, rubricando la victoria. A dicho gesto, alentado sin duda por la emoción, le siguió la punta de mi espada en su garganta.

Le tendí la mano. Cicero no rehusó la ayuda. ¿La verdad?: parecía satisfecho.

«Su única finalidad —presentí—, ha sido acabar desde el principio. Él, al contrario que yo, no desea estar aquí; es un auténtico esclavo».

—Buen combate —le consolé mientras tiraba de su brazo.

—Vuelve a tu sitio —ordenó Vero señalando con su acero al perdedor de la pelea—. Y más te vale mejorar en lo que resta de semana, gladiador, o la cabeza te rodará muy pronto.

El doctor se distanció de la pared donde apoyaba su cuerpo, me miró y sonrió levemente.

—¡Prior! —reclamó enérgico—. ¡Ven aquí, campeón!

«¿Qué?»



Alto y robusto; la suma de unos tres Spurius. El pelo le caía más allá de las orejas, apreciándose negro y grasiento; seguro liso y brillante tras un buen

baño. Bajo su aspecto desaliñado se escondía un hombre acosado por las féminas. Se rumoreaba que había yacido con más de mil mujeres.

Le cruzaba la mejilla izquierda una larga cicatriz, dibujándole en la barba un distintivo surco, concedido sin duda por alguno de sus anteriores contrincantes; esas veintiséis vidas sesgadas en la arena, y de las que tanto se vanagloriaba.

Al contrario que Cicero, se le apreciaba tranquilo —y no era de extrañar—. Me miraba como el padre que a punto está de abofetear a su vástago, de suministrarle una cura de humildad —lo que, evidentemente, se pretendía hacer allí—. Y seguro iban a conseguirlo; mas no minarían mi voluntad. Presagié que aquello sucedería. Así que durante meses acondicioné a mi espíritu para que aceptara con hombría cualquier posible intento por amedrentarme.

No alargaría un segundo más aquel desazón que constreñía mi alma. Fuera lo que fuere que me deparara el destino, iba a descubrirlo de inmediato —ni siquiera esperé a que Vero ordenara el inicio de la refriega—. Ataqué con todo, sorprendiendo incluso a mi contrincante, que detuvo cada una de mis arremetidas riendo, sin esforzarse.

—Es rápido —musitó entre carcajadas—. Una pena que su técnica sea tan deficiente. Además es valiente como pocos, doy fe. Salvó la vida de su hermana hace unos años.

Vero aprobó sus palabras con un movimiento de cabeza.

Las maderas se golpearon. Blandí mi *rudis*; él se limitó a esquivar cada arremetida, a repelerla con sutiles movimientos.

Poco a poco el cansancio hizo mella —en mí, por supuesto; él parecía fresco como una rosa—. Soltó un «latigazo» que impactó de pleno en mi cuello. Literalmente lo sentí partirse en dos. Por un instante el mundo se tornó un fognazo de luz. Cegado, sentí un estacazo en el cráneo y pasé a residir en una absoluta borrosidad. A tientas, sin distinguir apenas nada,

proseguí agitando mi espada sin ton ni son, intentando corresponder a aquel que no era más que un borrón.

No recuerdo nada más de aquella mañana.

IV

INFLEXIBLE

Desperté en mi *cubiculum*. De nuevo tumbado sobre mi cama.

«¿*Qué hago aquí?* —pensé mientras me palpaba la cabeza. La noté envuelta por un vendaje, dolorida.

Desenrollé la tela que forraba mi cráneo. Pude ver en ella una pequeña mancha roja; no parecía grave. Acaricié la herida y aprecié sangre seca en mi pelo —además de un chichón considerable—.

«*Ese desgraciado sin escrúpulos debió golpearme con la empuñadura de su rudis. Y supongo que me trajeron aquí. Los médicos de la escuela me atendieron...*».

Sufría más la humillación que el corte de mi cabeza.

«*Todos me vieron llegar en volandas: Iulia, padre, madre, Petronia...*».

Me levanté al tiempo que rememoraba las dos peleas que pesaban sobre mi organismo, y dirigí mis pasos al lugar donde se llevaron a cabo. Intenté olvidar lo sucedido, volver como si todo empezara de nuevo. Nada más acceder al pasillo —algo mareado y renqueante—, me encontré con quien prometió, cuatro años atrás, que en la jornada presente daría inicio mi camino hacia los anfiteatros.

—¿No crees que ha sido suficiente por hoy, hijo?

—Sé qué pretendes —proferí conminatorio—. No insistas, padre. Solo pido que cumplas con tu palabra. Déjame ganar el favor de los doctores.

Bastante tengo con sentirme un extraño entre ellos. Nadie me quiere allí y, por otra parte, entiendo sus reticencias. Me ven como a un niño consentido, uno que tras el adiestramiento va en busca de comida caliente y un mullido lecho. Pero lo único que desea este niño es ser un alumno más.

Mentí. Mas, tal y como transcurrió la mañana, me conformaba con empezar de una vez por todas el aprendizaje.

—Bien. Como desees. Solo pretendo que sepas dónde te metes. —Con un ademán me indicó el camino hacia la salida—. Les encontrarás comiendo.

—Compartiré plato con ellos, entonces. —Padre frunció el ceño.

—A tu madre no va a gustarle. Se apenará, Spurius. Y sabes que no me gusta verla triste. ¿Te agrada a ti?

Le intuí enfadado.

—Más tarde hablaré con ella.

—Me alegra oír eso. Pasaré a darte las buenas noches si me lo permites. Gusto en conocer los progresos de mis gladiadores.

Me miró complaciente.

Asentí del mismo modo.

«Siempre te consideraré un padre —pensé ya en dirección al vestíbulo—. Y entiendo que quieras evitar lo que pueda hacerme daño».

Ya fuera, sentada en los peldaños que daban a la puerta de entrada, encontré a Iulia.

—Te esperaba —musitó alicaída—. Sabía que no aguantarías mucho acostado.

Me acomodé a su lado.

—Debemos perseguir nuestros sueños, Iulia. Por muy estúpidos que les parezcan a otros.

Agarró mi mano.

—Hay algo que debes entender. Nuestro amor es imposible. Tanto como

que deje de amarte. Por ello no duermo, no como, no río desde hace tiempo. Me desvelo en la noche pensando que quizá algún día partas para no volver. La vida del gladiador es corta, Spurius.

Los besos que nos dábamos a escondidas me revelaban lo que sentía; pero jamás su boca lo confesó de aquella manera.

—No digas que es imposible. Nadie ha buscado que sucediera. Pero ahí está el amor, y no me arrepiento de nada. Cuando estés lista hablaré con padre. Lo entenderá.

—Eres un ingenuo, Spurius —sentenció al tiempo que se alzaba. Pude ver lágrimas en sus ojos.

«Quizá, finalmente, sí sea un ingenuo».



Dentro, cerca de las celdas donde dormían, les encontré. Comían sucios y malolientes sobre bancos y mesas de madera. No hubo una sola cabeza que no se volviera en mi dirección; un solo ojo que no me examinara. «¿Qué pretende?», escuché de alguno de aquellos hombres. «Que vuelva al candor del hogar. Aquí no hay sitio para burgueses».

Hice oídos sordos a cada uno de sus desprecios.

Busqué un hueco donde sentarme. Mas cada vez que trataba de hacerlo, unas posaderas se deslizaban cubriendo el espacio en el que pretendía «acomodarme».

Una mano despuntó tímida al fondo: Cicero. Pasé entre una pasarela de robustas espaldas —me llevé incluso algún codazo— hasta alcanzarle.

—Siéntate —susurró. Parecía temer que le vieran hablar conmigo.

Me acoplé en el límite del largo banco; la mitad de mi nalga izquierda ni siquiera reposaba sobre la madera.

—¡Un plato aquí! —vociferó levantando el brazo. Me miró de soslayo—.

Aquí hay que pedirlo todo.

—No quiero que tengas problemas con tus compañeros —dije sintiéndome observado—. Puedo comer de pie.

—¿Compañeros? Llevo una semana en este *ludus* y nadie me ha dirigido la palabra. Aunque ya verás que aquí no se habla mucho... Digamos que nadie está de vacaciones por estos lares. Esclavos y prisioneros de guerra: eso hallarás en esta sala.

«*Y Prior*».

Entretanto mi nuevo «amigo» explicaba lo que ya sabía, la mirada me paseó por aquellas mesas repletas de caras atormentadas. Conté cuarenta y ocho gladiadores. Me detuve en el rostro del mejor de ellos; me envió una mirada desafiante.

«*No entiendo qué he hecho para merecer tanta aversión. Solo quiero ser uno más*».

Prior, al igual que yo, estaba allí por voluntad propia. Padre remuneraba sus servicios como a cualquiera de los hombres libres que tenía a sus servicios. Firmaron un contrato a largo plazo, convirtiéndose así, con el tiempo, en uno de los mejores *autoracti*^[14].

Una mano dejó caer un cuenco lleno de pasta blanca ante mí —supuse que el cocinero. Ni siquiera le vi llegar—. También depositó sobre la mesa un vaso colmado de líquido oscuro, una cuchara de palo y una rebanada de pan.

—Espero que te guste el pan, las legumbres y lo que tienes delante: cebada —dijo Ciceró señalando el recipiente con el mentón—: la base de nuestra alimentación. En la arena quieren hombres grandes y fuertes.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —pregunté bromista.

Pronto advertí lo desacertado de mis palabras.

—Supongo que ser el plato burlesco de la velada. —musitó con los ojos vidriosos—. Me echarán a patadas ante un luchador alto, robusto y henchido

de ira, y seré el bufón de la arena el tiempo que aguante vivo. Si no, ¿qué hace alguien como yo entre tanta «bestia»?

«¿*Sobrevivir*? —pensé entristecido ante su negatividad, notando cómo la moral me bajaba hasta los tobillos».

Preví que el desazón atacaría en algún momento —cierto que quizá no tan pronto—. Por ello tomé conciencia previa, me preparé para sobreponer mi espíritu ante lo que no eran más que «estímulos» pasajeros.

«Si caes, levántate. Si caes, levántate. Pasará tarde o temprano», pensaba cada vez que mi *rudis* chocaba contra «mi» árbol.

Ingerí la pasta, que me supo a poco o nada.

—¿Entrenarás esta tarde con nosotros? — preguntó Cicero cuando algunos, ya saciados, empezaban a alzarse.

—Por supuesto.

—¿Y por qué? La verdad, no lo entiendo. Nadie quiere estar aquí y tú en cambio parece desearlo con toda el alma.

—Hay una gran diferencia entre tú y yo, amigo: tú te has dado por vencido antes incluso de luchar, yo lucharé para no ser vencido; tú ves este *ludus* como un paso previo a la muerte, yo lo veo como el paso previo a la gloria.

—Es fácil hablar así cuando tu padre es el *lanista*.

—No te equivoques, Cicero: en la arena todos somos iguales.

Nos terminamos la cebada —más me valía acostumbrarme a aquella bazofia—, y nos dirigimos al lugar donde yo mismo espiaba a los gladiadores cuando era un niño: donde se alzaban las estacas.

De niño pasaba el tiempo observándoles, grabando sus movimientos en mis retinas, macerando mi devoción por las luchas de gladiadores. Miré allí donde solía esconderme, en la alta hierba, y me vi junto a Iulia. La voz de

Vero me arrancó de aquella hermosa estampa fruto de mi imaginación:

—Eres terco como una mula, muchacho, de eso no cabe la menor duda. Formarás pareja con Cicero —designó a regañadientes—. Nada mejor que dos enclenques entrenando juntos, ¿no?

«Al fin. Lo peor ya ha pasado. Estoy dentro».

No podía estar más equivocado.

V

PESADUMBRES

—¡Error! —gritó Vero tras dar una amplio espadazo circular al poste—. ¡Error! —insistió después de un golpe aún más curvo, exageradamente arqueado—. ¡Error, error, error! ¡En la arena, vuestras *gladius* han de describir parábolas cerradas; golpes, que al mismo tiempo que dañan, amurallen vuestra piel! ¡Si alzáis el brazo en demasía..., sentiréis el acero entrar por vuestro estómago! ¡Practicadlo, escoria!

Entrené. No abrí la boca ni una sola vez. Golpeé la estaca tantas veces como me permitió el tiempo. Feliz. Feliz por hacer aquello que satisfacía a mi espíritu.

El sol se escondía al son de un anaranjado horizonte, cuando Vero dio por concluido el entrenamiento: «¡*Id a asearos y a cenar! ¡Oléis a mierda de caballo, desgraciados!*».

Me despedí de Cicero. Sentí gran culpabilidad por el simple hecho de hacerlo: él dormiría en una celda; yo, en una reconfortante cama. No era un motivo para albergar vergüenza, lo sabía, pero también adivinaba que nunca me verían como a un semejante si no convivía con ellos.



Pasé por la *culina* e informé a Petronia de que no cenaría, que fuera tan

amable de comunicárselo a padre y madre —no me apetecía dar explicaciones a nadie—. No iba a gustarles mi decisión —la primera vez que marchaba a la cama sin hacerlo—. Extrañamente, me importaba bien poco la reprimenda que pudiera repercutir dicha decisión.

Cada articulación de mis brazos pedía a gritos un descanso; no hablemos de mi todavía convaleciente sesera.

«Ni siquiera me he aseado —pensé dirección a mi cubiculum—. Me limpiaré con un paño húmedo».

Incluso mis raciocinios parecían ir aletargándose por momentos.

Apreté los puños sentado sobre la cama, que crujieron como diez ramas secas. Y percaté lo mucho que me restaba por aprender, por moldear hasta soportar un entrenamiento completo sin padecer aquel extremo cansancio.

«Cuestión de tiempo y dedicación. Como todo en la vida —cavilé amodorrado».

Me quedé dormido.



Desperté alertado por los pasos de padre.

—¡La última vez! —sentenció junto a la cama—. ¡En esta casa se cena en familia! —Asentí de forma pausada, aún adormecido—. Ahora, cuéntame cómo ha ido con Vero.

Su semblante mutó de la solemnidad al regocijo. Se sentó al costado de mi cuerpo tumbado.

—A parte de tener molido cada hueso, bien.

Sonrió.

—Supongo que lo habitual después de un primer entrenamiento. ¿Te tratan bien?

—Sí.

Mentí. No deseaba que nadie mediara por mí.

—Hoy me has colocado ante una encrucijada. —Quedó meditabundo un instante. Semejó perderse en recuerdos—. Le prometí a tu padre que cuidaría de ti. Mas por otra parte, me pidió expresamente que tratara a su hijo como le había tratado a él: como a un semejante. De esos ruegos surge el dilema: permitirte ser gladiador cumple lo segundo, e incumple lo primero, ¿entiendes?

—Lo entiendo, padre. Supongo que él solo quería que fuera feliz.

—Supongo... ¡En fin! —Se levantó dando un respingo—. Lo hecho, hecho está, ¿no? —Me besó en la frente—. Espero que tu padre no se retuerza en su tumba...

No dije nada. Anduvo hacia la salida. Se volvió cuando el arco de la puerta se ubicaba sobre su cabeza.

—Lo olvidaba. Dentro de siete días competiremos en el anfiteatro de Capua. ¿Te gustaría acompañarme? Será un viaje agotador de cuatro días...

—Iré, sí.

Por dentro la emoción corroía cada centímetro de mi estómago; tanto fue así, que mi voz sonó quebrada. A punto estuve de atragantarme con aquellas dos palabras.

—Mientras te preparas para luchar en la arena..., cosa que no harás hasta que Vero dé el visto bueno —matizó amenazante, señalándome con el dedo índice—, no estaría de más que empezaras a familiarizarte con el que será tu mundo a partir de ahora.

—Siento preocuparos —dije de pronto, ahogado en un mar de remordimientos—. ¿Podrías pedirle a madre que me arrope, por favor? No recuerdo una noche sin su afecto. Siento no haber hablado con ella. Supongo que el cansancio... Demasiadas emociones para un solo día.

—Está disgustada, Spurius. Pero tranquilo, se le pasará. Una madre siempre perdona.

Sonrió compungido. No dijo una palabra más. Marchó, dejándome inmerso en un batiburrillo de sensaciones: pena por haber decepcionado a madre; desazón al temer el más que probable enfado de Iulia; ilusión: al fin contemplaría una lucha de gladiadores, y nada más y nada menos, que en el gran anfiteatro de Capua.

«Solo pretendo que sepas dónde te metes. —Rememoré las palabras de padre—. ¿Seguirá empeinado en hacerme cambiar de opinión?».



No existía manuscrito dedicado a las luchas de gladiadores en la biblioteca del *ludus* que no hubiera leído. Una pasión de la que ni siquiera yo descifraba su proveniencia —aunque supongo que crecer donde lo había hecho resultaba un factor determinante—. «*Los hijos de senadores acaban siendo senadores. Los hijos de grandes militares acaban comandando ejércitos. De igual modo, los hijos de esclavos acaban siendo esclavos. Pero... ¿Dónde acaba el hijo de un esclavo adoptado por un lanista?*».

Entre reflexiones volví a quedarme dormido; apenas percaté la llegada del sueño. De nuevo, sin asearme siquiera.

¡Prior! ¡Spurius! —ordenó Vero cuando la mañana apenas despuntaba—. ¡Luchad, gladiadores!

En el centro del anfiteatro recibí una violenta patada en el estómago que me tiró de espaldas. A nuestro alrededor, formando un círculo, los hombres propiedad de mi padre ovacionaban. Las gradas transmutaron gradualmente hasta convertirse en las del Anfiteatro Flavio.

Sin duda me encontraba en un sueño; uno del que no podía escapar.

Arriba, en su punto más álgido, el sol enviaba sus rayos a través de las finas nubes que transitaban sobre un fondo azul. Una bandada de palomas se dejó ver más allá de los graderíos, de la enfurecida muchedumbre y de los

enormes *velarium*^[15] que protegían a esos mismos exaltados de la lluvia o del astro que deslumbraba en ese preciso instante.

La música de las trompetas se combinó con los clamores, con las «alentadoras» palabras del público: «¡Mátale!», escuché de una fémina. «¡Sácale las tripas por la boca!», atendí de un hombre.

Me alcé a tiempo para recibir un brutal ataque de mi contrincante, que lucía una *gladius* en una mano y un escudo oblongo en la otra. Miré las mías: nada más que mi *rudis*.

Prior mostraba orgulloso su rostro; no cubría con un casco sus amenazantes ojos. Un *samnita*, sin duda. La greba ubicada en una de sus piernas y el brazal de metal que protegía su brazo derecho no dejaban lugar a equívoco.

Saltó, lanzando la punta de su espada contra mi pecho. Intenté repeler la embestida con la mía; la madera no fue rival para el acero. El filo penetró en mi piel como un cuchillo perforaría un pedazo de manteca, emergiendo por mi espalda. Ensartado, me alzó y giró a los cuatro vientos como a un estandarte, mientras aquellos que se deleitaban con el espectáculo vitoreaban su nombre: «¡Prior, Prior, Prior...!».

Alzó la vista tras ojear a los que lo glorificaban, clavando su mirada en mis moribundas pupilas. «No te interpongas en mi camino, muchacho», dijo sonriente entretanto zarandeaba mi cuerpo; el suyo regándose con mi sangre.

Sudoroso, me encontré en un escenario mucho más acogedor. La arena dio paso a un lecho reparador, y los graderíos a las blancas paredes de mi estancia. Respiré profundo tratando de regresar al mundo real, de olvidar lo que todavía convulsionaba mi organismo.

«*No dais tregua, ¿eh? —pensé jadeante—. Ni en sueños me otorgáis un mísero respiro.*».

Anduve hacia el dormitorio de Iulia. Necesitaba sentir su dulce aroma, decirle que siempre estaría en mi corazón, que cada uno de mis triunfos en la arena llevaría su nombre. El día previo y la pesadilla dejaron en mí un poso de desasosiego. Lamentaba la falta de apoyo, que incluso ella —aunque podía llegar a entender sus reticencias—, no me tendiera esa mano que tanto necesitaba. Me ahogaba en un caudaloso río. Cada negativa, desprecio, prohibición..., me arrastraba hacia el fondo de su cauce. El pundonor braceaba intentando alcanzar la superficie; un remolino de rechazos tiraba de mis piernas, hundiéndome hacia las profundidades.

Me acerqué a su cama despacio, sin hacer apenas ruido, y me acosté sigilosamente a su lado.

—Sé que estás despierta —musité apoyando la frente en su nuca—. Solo quiero abrazarte. ¿Puedo abrazarte?

—Sí —escuché en un tímido susurro.

—No hay nada más importante que tú, ¿sabes? Nada. ¿Es mucho pedir tenerte a mi lado? Mi único deseo es estar siempre contigo.

—Morirás, Spurius. Y yo me quedaré aquí, sola, con el único consuelo del recuerdo, de haber sido un tiempo tuya.

—No voy a morir. El único enemigo que me arrebatará la vida será la vejez. Y debes saber, que pase lo que pase nunca vas a estar sola.

Se volvió. Dejó de darme la espalda. Su rostro permaneció a escasos centímetros del mío. Acercó sus labios mientras arremolinaba un mechón de mi pelo en su dedo índice. Deslicé la mano izquierda bajo las finas telas que la arropaban, dejando al descubierto sus esculturales piernas. Y mis yemas recorrieron su piel: cintura, muslos, costillas..., transitaron sinuosidades al tiempo que nuestras lenguas jugaban a adorarse.

Me quedé a su lado hasta el amanecer.

Ni siquiera temió que nos descubrieran.

VI

EL CAMINO A CAPUA

—Entonces, ¿vas a acompañar a tu padre a Capua? —preguntó Cicero al tiempo que adentraba la cuchara en su boca—. ¿Como gladiador o como convidado?

—Me temo que no van a permitirme pelear hasta que Vero crea que puedo ganar. Tampoco soy idiota, amigo: sé que todavía no estoy preparado.

—No me importaría estar en tu pellejo, la verdad.

—Bueno, tú no vas a Capua, ¿no?

—Por lo visto, todavía no requieren de un bufón. Estamos hablando del segundo mayor anfiteatro de la península. Supongo que detentar el honor de pisar su arena no está al alcance de dos primerizos como nosotros.

Sonreí. Cada vez me sentía más a gusto en su compañía.

—Aprovecharemos el tiempo que nos otorguen para pulir habilidades. Y ante todo, debes empezar a creer más en ti mismo, Cicero, y dejarte de victimismos.

—¿Sabes? Creo que ahora podría vencerte.

—Ni en sueños.

Esta vez fue él quien sonrió, contagiándome su gesto.

Comía con los gladiadores y cenaba con la familia: única forma de contentar a medias a cada bando. Aunque en realidad, los primeros seguían

apartándome la mirada con desprecio.

Pasé los tres días previos a la partida entre los besos a escondidas de Iulia y los entrenamientos, entre los cuencos llenos de cebada, las cucharas de palo y las mesas servidas por esclavos.



Nos separaban ciento treinta millas de nuestro destino. En Capua se encontraba uno de los principales *ludus* de toda Italia y del Imperio Romano. Nos dirigíamos a un lugar donde las luchas de gladiadores se arraigaban profundamente.

Caminaríamos sin descanso sobre la Vía Apia a través de la Puerta Capena, guiándonos directamente a la ciudad de las ciénagas. Y aunque seguir el itinerario resultaría sencillo —solo debíamos transitar sobre ella—, no lo sería tanto el trayecto: cruzar las colinas albanas con sus inclinadas cuestas hasta alcanzar los Pantanos Pontinos; atravesar sus aguas estancadas y pestilentes por una calzada elevada de casi treinta kilómetros, en una región disociada del mar por dunas de arena.

Una línea de carros, celdas, mulas y esclavos encadenados se mostró fuera del *ludus*. Guardias, doctores..., no faltaba nadie en la comitiva.

Salí acompañado por el dueño de todo aquello.

Tiré de la toga de padre mientras los esclavos —a su tiempo gladiadores— seleccionados para pelear en el anfiteatro de Capua, me clavaban sus apáticas miradas.

«Así no. Nunca me verán como a un compañero de fatigas si me escondo continuamente tras mi condición».

—Padre... Soy un gladiador. Soy un esclavo. —Frunció el ceño—. Y como tal quiero viajar.

No encontré otro modo de integrarme. Lo había intentado comiendo con

ellos, dejándome la piel en cada entrenamiento, pero no obtenía resultados. Obviamente —no padecía de alienación—, hubiera preferido comandar la marcha a lomos de un hermoso caballo blanco, como el hijo del lanista Spurius Atius Aquila. Pero yo no quería eso: deseaba ser gladiador, y si de dicha meta me separaba un previo y angustioso tramo, no dudaría en recorrerlo. Quizá el paso del tiempo me haría recordar aquel viaje con una sonrisa en el rostro.

—Como plazcas —contestó tajante—. Viajarás como un esclavo si ese es tu deseo.

Resultó extraño: me sentí complacido al tiempo que decepcionado por su pronto consentimiento.

El mismo Vero me colocó los grilletes, ayudándome a subir a una de aquellas prisiones andantes; cuatro con cinco esclavos cada una. «Eres terco como una mula, muchacho», dejó caer antes de cerrarla. Negó con la cabeza al tiempo que una sonrisa se perfilaba en su cara.

Los barrotes, las cadenas, los hombres armados..., solo medidas disuasorias. El *stigma* grabado en el brazo de cada gladiador —otro distintivo del que no «gozaba»—, resultaba el mayor desánimo ante una huida. Si cualquiera escapaba, su descripción aparecería en las listas de fugitivos de todos los foros de Italia; los cazarrecompensas se encargarían del resto. Por lo tanto, nadie iba a moverse de donde estaba; aunque le abrieran las puertas de par en par.

Escuché el sonido de las fustas al golpear los animales, y las ruedas de las carretas giraron.

No conocía a ninguno de mis compañeros de ruta, más allá de haber entrenado con ellos. El único gladiador que no permanecía tras unos barrotes era, cómo no, Prior, que montaba un caballo alazán. La verdad: tampoco se

estaba tan mal allí dentro.

Mis cuatro acompañantes me observaron sin pudor durante los primeros pasos. Luego se recostaron e intentaron descansar, superar el tiempo del mejor modo posible; mucho por rellenar sin nada más que observar el paisaje.

La Vía nos permitió avistar el foro romano y la Muralla Serviana, la Puerta Capena y la Colina de Marte, bajo la atenta mirada del río Tíber. Pronto nos vimos fuera de Roma, en los suburbios de la clase media. Tras atender a sus paupérrimas vidas, proseguimos hacia las colinas albanas, donde dejaríamos atrás la ciudad de Norba.

No me percaté hasta que el camino onduló. En una curva atendí a Cicero en el primer carro, transitando en el interior de una de aquellas cuatro celdas.

«No debería estar ahí».



Cuando la calzada ascendía nos obligaban a bajar y andar, para, por un lado, menguar el esfuerzo de los animales de arrastre, por otro, permitirnos estirar las piernas —o al menos eso exponían los que «velaban» por nuestra seguridad—. Me costó coger el paso la primera vez. Los grilletes no permitían dar más que diminutos pasos.

En uno de aquellos «paseos» fue cuando Cicero me vio. Me miró sin siquiera pestañear. Yo le saludé con un movimiento de mi testa. Nada. Continuó subiendo una de aquellas empinadas cuestas, dándome la espalda.

Nunca pensé que un hombre aguantara en silencio tanto tiempo. Ni una sola palabra brotó de las bocas de mis cuatro acompañantes. Sus ojos reflejaban la resignación, la desgana, la pena y el miedo ante un destino incierto e inminente. Como ganado a las puertas de un matadero, sus fosas nasales inhalaban en la distancia un siniestro olor a sangre; la de aquellos

vencidos en el anfiteatro de Capua.

Llegó la noche y acampamos en un bosque cercano al camino. Colocaron las carretas juntas; la de Cicero quedó a escasos metros de la mía. Nos dieron de comer mientras se escuchaban de fondo los murmullos provenientes de las distendidas charlas que se desperdigaban por aquel claro. Por un momento la travesía aparentó transcurrir bajo un manto de sosiego, de hermandad. Se encendió un fuego ante las celdas que entibió a nuestros huesos entumecidos. Los leños crepitaron, diluyéndose con el runrún y el grillar de los grillos. Padre se acomodó junto a Prior y los doctores al calor de otra hoguera, alejados de las carretas. Tres maestros le habían acompañado; dos, quedado en el *ludus* para proseguir con el entrenamiento de los que no lucharían en Capua. Sin duda, padre cumplía con mis deseos a rajatabla: desde el inicio del camino ni una mísera mirada condescendiente. Y la verdad: se lo agradecía.

«Gracias por tratarme como a uno más —pensé al tiempo que en mi mente aparecía Iulia—. ¿Me echa de menos? ¿Le aflige mi ausencia? ¿Cómo es posible que no tema luchar a muerte y en cambio me aterrorice perderla?».

Medité largamente mientras Cicero ignoraba tenerme al alcance de sus palabras. Le observé. Terminó su cuenco de lentejas y se reclinó sobre los barrotes. Me dio la espalda y se cubrió los ojos con un trapo, intentando conciliar el sueño, o al menos, descansar. Sabía que no lograría lo primero.

—Eh, amigo —susurré lo suficientemente alto como para que me oyera.

Se giró en mi dirección, arrancándose la tela con desgana.

—¿Qué quieres, Spurius? —musitó irritado, como si hubiera estado esperando mi voz deseoso por denostarla.

—¿Cómo estás, amigo?

—Déjame en paz —exigió apretando los dientes—. Y no soy tu amigo.

Yo aquí no veo más que enemigos por todas partes.

No quise insistir. Demasiado atribulado. Intentar consolar su espíritu únicamente acrecentaría su turbación.

«Superarás el escollo que se avecina, compañero. Usa lo que has aprendido con cabeza. Y confía en ti. Yo lo haré desde la grada».

Las palabras de Cicerero escondieron un mensaje que no interpreté en aquel momento: en la vida de un gladiador, el día menos pensado un amigo puede ser tu verdugo.



Todavía era de noche cuando reanudamos la marcha. Quedaba aún mucho trayecto por recorrer con la única compañía de las vistas, los monumentos que franqueaban la Vía Apia, los pensamientos y mis cuatro reservados acompañantes.

El tiempo avanzó despacio. El sol tardaba una eternidad en recorrer de punta a punta el cielo, en salir y ponerse. Mas finalmente, amaneció y anocheció tres veces.

La capital de la *Campania* se mostró como un cúmulo de edificaciones abrazadas por el río Volturno. Una ciudad de tonos ocre, de bellas y terrosas calles custodiadas por diáfanas esculturas. Los capuenses aplaudieron nuestra llegada deseosos por vernos derramar sangre —para verme a mí tendrían que esperar—, deleitarse con el espectáculo de las luchas de gladiadores.

Pasamos bajo un arco de piedra poco antes de arribar al anfiteatro. Se consumaba el trayecto iniciado cuatro días antes; a partir de allí, poco más contemplarían mis ojos. Aunque no era poco deleitarse con aquella magnificencia a la altura del Anfiteatro Flavio.

Lo adornaban multitud de arcadas dóricas sobre cuatro pisos, estando las bóvedas decoradas con cabezas de divinidades. Mirando entre los barrotes

aquella hermosura, abrieron la jaula. Nos emplazaron a una zona delimitada por altas rejas donde pasaríamos la noche —o eso imaginaba—. Al despertar, los que iban a luchar desfilarían por las calles hasta el anfiteatro, mostrando a los capuanos sus armaduras relucientes, haciéndoles la boca agua ante lo que les esperaba en la arena. La víspera de los juegos era un día sagrado, se celebrasen en Roma, Capua o Rávena, efectuándose una solemne procesión seguida de sacrificios animales.

Me acerqué a Horatius, uno de los luchadores más viejos del *ludus*. De pelo largo y canoso, ojos azules y barba blanca como nevisca.

—¿Nos quedamos aquí? —pregunté en un intento —el enésimo— por sentirme parte de todo aquello.

Me miró apenas un segundo y, por un instante, pensé que me iba a soltar un guantazo.

—Vete a tomar por culo.

Escuché una risotada a mi espalda.

—No, Spurius —aclaró Prior todavía riendo—. Estamos esperando a que tu padre ultime los postreros pormenores. Pronto os trasladarán a las celdas del anfiteatro.

Dos detalles llamaron mi atención: por un lado, que me nombrara como el hijo del lanista; por otro, su «os trasladarán». Por lo visto, él dormiría en un lecho más cómodo que una fría celda.

—Aquí no soy el hijo de nadie. Soy un gladiador como tú —le dije en voz alta y clara.

—¿Vas a luchar mañana? —Se acercó amenazante, señalándome con su dedo índice—. No, no vas a hacerlo, hijo adoptivo del lanista Spurius Atius Aquila. Así que no vuelvas a compararte conmigo, ni con ninguno de los que van a regar de rojo la arena de este anfiteatro.

—Dime una cosa, campeón —dije en un tono tan desafiante o más que el

suyo. Empezaba a estar cansado de tanta «distinción»—. ¿Qué culpa tengo yo de que no se me permita combatir?

—¿Quieres luchar? Lucharás. Te doy mi palabra. Entrénate bien, joven Spurius; tu cita con la arena está más cerca de lo que crees.

«Te tomo la palabra».

Vi a Cicero alejado de todos, sentado en el suelo con la mirada perdida. No me acerqué. Debía macerar sus miedos, hacerlos suyos hasta convertirlos en un arma capaz de acabar con el enemigo. De lo contrario, ralentizarían sus movimientos y aletargarían su mente. Debía encontrar esa rabia que le hiciera luchar sin temor; un motivo para hacerlo más allá de la simple supervivencia.

«Aunque puede que no tenga razones para seguir adelante. Puede, que solo desee descansar en paz».

VII

MUERTE Y VIDA

Para algunos sería su última cena. Prostitutas. Vino. Carne... Un manjar digno de reyes. Padre inauguró el banquete de hermandad y se ausentó de inmediato; no era lugar para alguien de su condición. Yo comí tan rápido como pude, apartando las nalgas de alguna de aquellas impúdicas mujeres, viendo cómo los hombres las tomaban incluso encima de la mesa..., retirándome de inmediato a mis húmedos y fríos «aposentos».

Como auguró Prior, dormimos en las celdas del anfiteatro.

Pasamos la mañana confinados, entretanto las fieras peleaban entre sí contra los bestiarios o dando muerte a algún condenado. Osos polares, elefantes, tigres de la india, leones africanos, rinocerontes... Al caer el mediodía terminaba el *venatio*^[16], se retiraban los cadáveres cubriendo el pavimento de arena limpia y se empezaba a preparar el plato fuerte del día: las luchas de gladiadores.

Tras una liviana ingesta abrieron las celdas; todas menos la mía. Por otra parte, si no iba a participar en las pugnas prefería mantenerme al margen. A partir de ese momento: mirar, ver y callar.

Abandonaron las entrañas del anfiteatro para desfilas ante los capuanos, amenizar los instantes previos a las batallas. Observé tras las rejas cómo Cicero pasaba cabizbajo; los demás, lo hicieron alzando la barbilla,

orgullosos, seguros de sí mismos, dispuestos a dar un buen espectáculo y, tras cautivar a los ciudadanos de Capua, a vencer.

Después de cruzar la ciudad regresarían para, tras degollarse en el centro de la arena a criminales de condición libre, efectuar un simulacro con armas de madera o sin punta. Finalmente, el sonido de un cuerno indicaría el comienzo de los combates.

Tres escuelas se medirían. En juegos de menor envergadura se contrataban únicamente los servicios de una; momento en el que se enfrentaban compañeros de *ludus*. Por suerte, durante aquella jornada no se derramaría sangre «hermana».

«Prior contra Cicero —cavilé ya en soledad, inmerso en un silencio sepulcral que solo el runrún del exterior truncaba—. El segundo hallaría sin duda el descanso eterno».



El sol enviaba su calor a través el techo sobre el que descansaba la arena. Me quedé dormido en la soledad de mi «prisión».

—Vamos, hijo. —La voz de padre me despertó. No supe discernir cuánto tiempo había estado «ausente»—. Es la hora.

Me llevó por corredores subterráneos alumbrados únicamente por lámparas de aceite y antorchas, hasta el lugar donde aguardaban sus gladiadores: bajo la *cavea*. Les encontré acompañados únicamente por los doctores. No descubrí allí mentones alzados, hombres orgullosos o miradas decididas. En aquella estancia rectangular el miedo y la tensión cortaban como cualquiera de las armas que sujetaban los que a punto estaban de pisar la arena, partiendo el ambiente en dos, destruyendo cualquier indicio de la alegría que capté la noche previa. Vi samnitas, mirmillones, tracios, secutores... Ni siquiera conocía cómo luchaba la mayoría de mis

«camaradas». Y entonces lo entendí:

«No me ganaré su respeto hasta que forme como lo hacen, hasta que olfatee junto a ellos el aroma a muerte».

Dos líneas de diez hombres cara a cara, dejando entre ellos un pasillo que padre recorrió una y otra vez, de extremo a extremo, mirando a los ojos de cada gladiador, asintiéndoles, golpeándoles el pecho, ayudándoles a fijar las últimas sujeciones. Al final de la sala, la puerta tras la que hallarían su destino.

Se detuvo en seco.

—Muchos no regresaréis a Roma —pronunció en voz alta—. Gladiadores de otras escuelas pretenden mancillar el nombre de la nuestra. Pero el *ludus* de Spurius Atius Aquila detenta una ventaja que además conocen: posee a los mejores gladiadores. Tienen miedo, os lo aseguro, y más que van a tener.

»Sois escoria, no voy a negarlo a estas alturas. —Se escucharon algunas tímidas risas—. Pero ahí fuera podéis mamar de la teta de la inmortalidad. — Señaló el único punto que filtraba la luz del exterior y, cada vez con más fuerza, la avidez del público—. Ahí afuera —prosiguió alzando el tono—, como gladiadores, podéis conquistar lo que ni siquiera acariciasteis como hombres libres.

Tras el alentador discurso, se colocaron cerca de la puerta; sus espaldas apoyadas en las paredes del corredor. Padre indicó a cada hombre el turno que le correspondía. Prior saldría el último —el plato fuerte para el final—; Cicero, el segundo.

No todos gozaban de la misma categoría, ni costaban lo mismo: existían tres niveles denominados *palus*, en función de la destreza e historial de cada gladiador. Para el organizador de aquellos juegos, ver luchar a Prior le supuso un desembolso mayor —mucho mayor— que el de ver a Cicero.

La puerta se elevó y la claridad inundó el pasadizo; nos tapamos los ojos. Padre la traspasó, salió a la arena y la marcó con un bastón, delimitando el

espacio donde se efectuaría el combate. Regresó seguido de un griterío ensordecedor. De nuevo, nos cobijó una tenue lobreguez.

A partir de ese instante los doctores se ocuparían de todo.



—Acompáñame. Hoy veré el espectáculo aquí contigo. Además, cada día me aburren más los de arriba... —Me guiñó el ojo.

Con «los de arriba», se refería a otros lanistas. Los de su profesión no eran bien recibidos en las altas esferas; muchos, les consideraban tan despreciables como a los proxenetas. Digamos, que en general no gozaban de buena reputación. Aunque a padre se le consideraba uno de los más prestigiosos de la península, solía codearse únicamente con aquellos que compartían su devoción por las luchas como espectáculo; detestaba la compañía de un político tanto como él la suya.

Los «poderosos» no consentían tenerles cerca en las gradas, menos, cuando la mayoría de juegos —aquellos no serían una excepción—, se organizaban por un ‘editor’ como herramienta político-propagandística, con la única intención de obtener fama y prestigio de cara a unos próximos comicios —incluso se lanzaba comida a los espectadores para ganarse dicha «lealtad»—. Todo se basaba en aparentar, figurar aquí y allá, dejarse ver, ocultar, fingir, engañar... Crearse una máscara, un disfraz que satisficiera a aquellos que interesaba satisfacer.

Me guio, atravesando la *fossa bestiaria*, hasta una de las puertas que «arrojaban» fieras las mañanas de juegos.

—Aquí podremos ver los combates sin incordios —aseguró arrimándose a las rejas.

Aunque apartados, se podía contemplar la mayor parte del anfiteatro,

gradas incluidas.

—Vamos, Rufo —susurró apretando dientes y puños cuando el primero de sus gladiadores pisó la arena.

Le miré y mis ojos se iluminaron al son de los suyos. La luz del exterior bañaba su emocionado rostro. Compartíamos la misma pasión.

«Quizá por ello accedió a que iniciara el aprendizaje, aun con el temor a mi prematura muerte —pensé mientras los gladiadores mostraban sus respetos ante el palco, bien protegido por la Guardia Pretoriana. Desde allí no pude escuchar su «los que van a morir te saludan»—. Seguro que madre intentó convencerle de lo contrario. Incluso Iulia, sibilina como siempre, debió mediar en mi contra. Pero él me entiende. Le puede la devoción. Sabe qué se siente cuando dos hombres pelean al caer la tarde. Me lo pondrá difícil, sí... Mas no se llega a primus palus sin sufrir».

«Nuestro» gladiador, un mirmillo: casco de bordes amplios con una alta cresta, pequeña túnica con cinturón ancho, protecciones tanto en piernas como en brazos, escudo rectangular curvado —el utilizado por las legiones—, y una *gladius*. Su contrincante, como no podía ser de otro modo, un tracio: pequeño escudo rectangular en un brazo, *sica* en el otro, protecciones en ambas piernas, tanto para el hombro como para el brazo que sujetaba la espada de filo curvado; una pequeña túnica con cinturón, un casco con visera y cresta acabada con la cabeza de un grifo, con una pluma lateral.

Empezó el primer combate del festejo.

El público se dejaba la voz animando a los contendientes; solapaban incluso el sonido de las trompetas.

El pelirrojo Rufo se movía con soltura sobre la arena; su contrincante, aun portando poco peso en comparación a otras clases de gladiadores, se atendía lento. «Nuestro» hombre esquivaba los embates con movimientos rápidos y

secos. Medía a su rival, que parecía llevar la iniciativa en la refriega; lo parecía. Los espectadores disfrutaban del ímpetu del tracio, que escondía sus deficiencias tras una máscara de ganas e insistencia; mas su afán también le desfondaba.

Bailaron al son del violento encuentro entre dos metales. Uno atacaba, el otro repelía; uno avanzaba, el otro retrocedía; uno rotaba a la derecha, el otro lo hacía en la misma dirección... Dos estilos de lucha bien diferenciados: la contención en busca del agotamiento, contra el ataque prolongado en busca de un golpe certero.

Quizá ante un rival menos experto... Pero Rufo era veloz como una centella, diestro como pocos. Atacó tras evitar de costado un latigazo perpendicular, rajando con su *gladius* el pecho de aquel que atacaba sin ton ni son. La sangre brotó abundante; no frenó ímpetu alguno. Siguió blandiendo la *sica* mientras el pelirrojo se centraba en evitar cada golpe, reulando, doblando el cuerpo cual anguila, dejando pasar el arma a escasos centímetros de su piel; jugando con la muerte, divirtiéndose con la vida.

Ralentizado el oponente, llegó el momento de atacar. Rufo cercenó de nuevo su torso jadeante. Se arrodilló en un ágil movimiento rajándole el muslo, que se abrió como un pergamino de letras rojas. El enemigo dobló las piernas cansado, dolorido —supongo que incluso mareado—, quedando a su altura. Un tajo en el brazo le arrancó el escudo de la mano. Con las rodillas de ambos sobre el terreno, la punta de la espada de Rufo se apoyó en el gazonate del derrotado, que sangró como uno de los animales sacrificados la tarde previa al día de juegos.

Uno se alzó; el otro quedó a expensas del público; la *gladius* todavía acariciándole el cuello.

—Carente de destreza; ducho en valor —musitó padre recorriendo las gradas con la mirada—. Un buen combate. Ambos merecen seguir.

—¡Vida! ¡Vida! ¡Vida...!

La palabra resonó como un viento cálido y acogedor. El anfiteatro de Capua se tornó una única voz, un cántico a la vida, al arte, a un espectáculo sin igual.

El vencedor se despojó del casco y le mostró su cobriza melena al público, colocándose en dirección al palco. El organizador de los juegos no hizo oídos sordos al reclamo: subió el pulgar, y Rufo lanzó su *gladius* a la arena.

Solo restaba desfilarse ante los graderíos, recoger las monedas que los espectadores lanzaban a la arena recompensando su triunfo.

El turno de Cicerone.

VIII

GLADIUS, RED Y TRIDENTE

—No sobrevivirá; demasiadas heridas —rumió padre mientras se llevaban en volandas al perdedor, dejando tras de sí un rastro de sangre.

Le miré a los ojos y una cuestión despuntó en mi mente:

—¿Qué hizo Cicero? ¿Por qué lo compraste?

—¿Qué? ¿Quién?

—El próximo en luchar.

—¿El delgado?

—El mismo.

«No más delgado que yo».

Resultaba claro, que mi «amigo» no contaba en los planes del lanista. ¿Un pedazo de carne con la que saciar el apetito de la plebe? Muy probablemente. Pero eso no impedía que Cicero pudiera sorprender con una victoria. A fin de cuentas, todo se resumía a dos hombres cara a cara. El último en las apuestas no siempre resultaba el perdedor.

—Le condenaron por violación. No conozco los detalles. Pero parece ser, que la muchacha no ha vuelto a ser la misma desde entonces —explicó al tiempo que los contendientes aparecían—. Al padre de la criatura no le satisfizo la sentencia: trabajos forzados. Supongo que podría haberle mandado asesinar —estamos hablando de un romano ilustre—, pero él, al igual que nosotros, disfruta de un buen combate. Así que, se encargó de

hacérmelo llegar. Se podría decir, que fue un regalo con segundas intenciones. El delgaducho está hoy aquí para morir, Spurius. En principio, mis instrucciones no eran las de traerle a Capua, pero al padre de la joven le surgió un repentino viaje de negocios a la ciudad... ¿Destino? Quién sabe. Lo que sí sé, es que su verdadero verdugo presenciara desde las gradas cómo paga por sus pecados.

Me quedé mudo, petrificado, y como quien no tiene voz, en silencio; uno que perduró hasta el fin del combate.



Recordé la frase que les dedicó a sus hombres: «Sois escoria; no voy a negarlo a estas alturas».

A veces, olvidaba qué tipo de hombres compartían entrenamientos conmigo.

«Quizá sea mejor mantenerme al margen, centrar los esfuerzos en prosperar, mejorar y labrarme un nombre como gladiador, en vez de intentar contentar a un grupo de detestables. Además, puede que algún día me cruce con ellos en la arena».

Cicero contra un desconocido: un samnita —la clase más antigua de gladiador—, contra un reciario.

En su origen, los samnitas portaban una lanza, que se sustituyó con el tiempo por una *gladius* para acercar a los contendientes y, de este modo, engendrar unos combates más dinámicos y fluidos. Por lo demás, Cicero se equipaba con un escudo oblongo de gran tamaño —demasiado para su complexión—, un casco con visera en forma de cresta, cimera con plumas, greba ubicada en una pierna y un brazal de metal.

El reciario empleaba el armamento más característico de todos: la

fuscina^[17] en una mano y en la otra una red lastrada. No llevaban casco ni escudo y solo se protegía con protectores —escasos— en brazos y piernas. Vestía una falda con cinturón. Una clase estigmatizada por su falta de armadura y la necesidad, debido a dicho «blindaje» extremadamente ligero, de utilizar tácticas evasivas. Sin duda, el nivel más bajo en la pirámide de géneros.

No resultaba un combate al uso. Por lo general, los reciarios se encaraban con un secutor. Pero dado el trasfondo y la intencionalidad del enfrentamiento..., no me extrañó aquella inusual combinación.

«Un escudo fácil de embrollar; un luchador inexperto que no ha entrenado cómo evitar las peculiares armas de su oponente... Un combate sin duda predispuerto».

Saludaron ante el palco y se dirigieron al centro de la arena. Empezó la pugna.

«Protégete de la red —pensé mientras los oponentes, en guardia, se observaban—. Intentará no solo lanzártela al cuerpo, sino enredártela en la gladius y el escudo».

Me olvidé de quién era, de su pasado, centrándome únicamente en disfrutar de lo que acaecía ante mis ojos: un gladiador de nuestra escuela contra uno que no lo era.



La red voló hacia Cicero. La esquivó, aunque no del todo; sus extremos, provistos de pinchos, le lamieron el casco. Le sirvió para entender que si quería evitar la trampa, debía mantenerse a una distancia prudente. Pero el reciario, cual arácnido, se acercaba deseoso por atraparle en su telaraña. Súbitamente, se abalanzó sobre Cicero haciéndole retroceder, provocando

que se trastabillara, y su escudo cayó «en manos» del arma enemiga. Intentó zafarse; le fue imposible. Hubo de cedérselo para no sucumbir al tridente, que ya se alzaba entre los gritos de la multitud; voces que vaticinaban un final trágico para el samnita.

Ahora, su protección habitaba lejos de su alcance, custodiada por aquel hombre hostil, que no se separaba ni separaría de ella.

«Muévete rápido y haz lo mismo. Cógele la red y mándasela al infierno».

Sintiéndose en superioridad, atacó con el arpón acabado en tres puntas. Fue cuando el esclavo propiedad del que observaba a mi lado, asemejó encontrar un motivo para luchar. Quizá propiciado por el «aliento» del público o la misma amenaza que se cernía sobre él; tal vez fuera por una repentina e inusitada apetencia de gloria —dicen que cuando se prueba el dulce sabor de las ovaciones es difícil no desearlo para siempre—, o, simplemente, por la negación a dejarse matar por otro hombre. Fuera lo que fuere, a «nuestro» gladiador le sentó de maravilla, y en vez de recular, acometió, sorprendiéndonos a todos.

Engarzó su *gladius* en el tridente mientras agarraba la mano del contrario, la que sujetaba la red lastrada. Dibujaron dos cruces en el centro de la arena, deleitando a los espectadores. Forcejearon. Intentaron derribarse con piernas y brazos, pateándose, empujándose con nervio, meciéndose como los mástiles de un barco a la deriva.

«Sepárate y atácale mientras te alejas. Huye, pero antes déjale una herida de muerte».

Pareció leer mis pensamientos: le empujó ayudándose de cada músculo de sus extremidades, clavando su espada en el costado del rival cuando apenas les separaban dos pies de distancia. Pero tras hendir la *gladius* no se apartó lo suficientemente rápido. El tridente penetró en su pecho. Por un instante, las armas permanecieron en el interior de ambos gladiadores. Salieron cuando samnita y reciario se desplomaron de espaldas.

Todo enmudeció. No solo los gladiadores permanecían inmóviles; el público asemejó petrificarse en las gradas.

«¿Están muertos?», se escuchó tímidamente.

Cicero dobló una de sus piernas y el silencio se quebró como una rama seca. Con suma dificultad consiguió ponerse en pie. Cojeando y con el pecho perforado, renqueante, anduvo hacia el reciario para observarle sobre un charco rojo. Miró a las gradas y alzó los brazos efusivo; el enemigo vaciándose tras de sí.

Los romanos le ovacionaron, lanzaron flores y monedas, aparentando regenerar sus fuerzas con cada aplauso.

«Maldito imbécil. No le des la espalda. Remátalo».

Y entonces sucedió lo que temía: el reciario, consumiendo su último aliento, se arrodilló, agarró con fuerza el tridente y traspasó la pierna de Cicero, haciéndole aflojar los brazos, caer de rodillas. El arma en forma de arpón cortó el aire en dirección al cuello de mi «compañero». Lo último que vio: dos de sus puntas sobresaliendo bajo su mentón.

La sangre brotó.

Ambos se derrumbaron por última vez.

Las flores y las monedas cesaron. Pero el fervor de los capuenses parecía alcanzar cotas nunca vistas. Sin duda, los que disfrutaban de un combate igualado, variado y sangriento, acababan de saciarse con creces.

—Ese delgaducho del demonio casi lo logra —murmuró padre rebufando—. Mucho mejor de lo esperado, sin duda. En fin..., todos contentos.

Retiraron los cadáveres ayudándose de garfios, arrastrándolos como lo que eran: carne muerta.



Un día prolífico para los intereses del lanista Spurius Atius Aquila: solo uno de cada cinco de sus gladiadores fenecieron en aquel anfiteatro. No todos vencieron, pero sí lucharon con pundonor, ganándose el perdón del público, que gozó de una tarde de juegos inolvidable. Prior les otorgó el broche final y, como tenía acostumbrado a padre y a casi todos, finiquitó su enfrentamiento de forma rápida y brutal —demasiado breve para mi gusto—; dejó colgando la cabeza a su oponente a los pocos segundos de empezar.

—Alárgalo la próxima vez —le reprendió padre al reunirse con los que habían superado la adversidad—. Esperamos más de ti, Prior, no solo la victoria. Incluso el delgaducho ha ofrecido mejor espectáculo.

Reí hacia mis adentros al ver cómo recibía la regañina, agachaba la cabeza y asentía como un joven imberbe. Se creía Hércules reencarnado. Necesitaba bajar del Olimpo, una urgente cura de humildad. Por lo demás, a padre se le atendía esplendoroso, sonriente. Felicitó a cada gladiador golpeándole el pecho, mirándole a los ojos, asintiendo. Heridas, rasguños, sangre seca... Vivían cuando otros no; y ese hecho se reflejaba en sus rostros.

—¡Os recompensaré por este día glorioso! —vociferó señalando a alguno de ellos—. ¡Habrà vino y putas al llegar al *ludus*!

Todos rieron, gritaron y alzaron los puños.

A mí, aparte de lo aprendido, el día me privó del único gladiador que me dirigía la palabra.

Con el tiempo, entendí lo mucho que me cambió aquel viaje. Superados los primeros juegos —como espectador—, decidí entrenar con ahínco y apartar aquello que se interpusiera ante mi objetivo —con una excepción—; alternaría a Iulia con mi espada de madera.



El trayecto resultó tan aburrido como el de ida, con el único añadido de

poder estirar las piernas; uno de los esclavos de mi jaula no regresaba a Roma, y nunca lo haría.

«No quiero trasladarme así —cavilé «mecido» por el traqueteo de la carreta—. Ejercitaré cuerpo y alma para merecer un puesto afuera, a lomos de un caballo».

Madre, Iulia y Petronia nos esperaban bajo el porche; visión del todo reconfortante. Miré a los ojos de la mujer que me esclavizaba con los suyos —solo le pertenecía a ella—, mientras padre abrazaba a su amada. Me fundí entre los brazos de la esclava que me crio, para después hacerlo entre los de Iulia. «Te he echado mucho de menos», me susurró al oído. «Y yo a ti», contesté separándonos, quedándome con el inmediato deseo de volver a sentir su roce.

«Siempre enmascarando —lamenté al tiempo que entraba en la casa con la intención de asear mi cuerpo—, velando nuestro amor, escondiéndonos del mundo».

IX

DE CAMINO AL ANFITEATRO

SEIS MESES MÁS TARDE

Nos ordenaron formar en columnas de tres.

—¡Rufo! —bramó Vero cuando el sol marcaba el ocaso del entrenamiento —. ¡Spurius!

«*Al fin*».

Rompimos la formación y nos colocamos a su lado. Con un gesto, el doctor nos instó a girarnos de cara a nuestros compañeros. En nuestras manos, únicamente una *rudis* y un escudo de mimbre.

—Los veteranos conocéis bien las habilidades de Rufo, ¿cierto? — preguntó retórico en voz alta—. A los nuevos, les diré que el hombre erguido a mi derecha detenta diez combates, con sendas victorias. En cambio, mucho hace ya que el joven Spurius no nos deleita con sus artes. Sabéis bien que no soy un hombre ducho en halagos, pero aquí el niño de papá —sonrió mirándome de soslayo—, se ha ganado a pulso la posibilidad de demostrar de qué pasta está hecho.

Pasaba las horas estudiando los puntos fuertes de mis «camaradas» y, ante todo, los débiles. Tras mis primeros juegos, no asistí a ninguno más; tiempo

habría. Decidí entrenar de sol a sol hasta alcanzar el momento deseado, en vez de contemplar cómo otros luchaban.

Predije la situación que acontecía —aunque tardó más de lo esperado—, y la verdad: me sentía del todo dispuesto.

Rufo, sin duda, era uno de los gladiadores más rápidos del *ludus*, y sabía aprovechar bien esa cualidad. Pero yo no caería en su trampa: atacar hasta que el cansancio me ralentizara. Pretendía hacer más bien lo contrario. De cada diez golpes, siete los ejecutaba de forma perpendicular —aproximadamente—. Por lo tanto, tenía muchas posibilidades de éxito —también alguna de fracasar—; mas sin riesgo no existe recompensa.

Por las noches imaginaba que combatía con los más diestros; él no era una excepción. Lo que a punto estaba de hacer —o más bien, de intentar—, no era otra cosa que reproducir una de aquellas figuraciones, osarme a zanjar la pelea de una forma tan incontestable, que nadie pudiera negar lo que tiempo llevaba demandando. Me quedaría quieto incitándole a atacar, esperando a que arremetiera con uno de sus golpes predilectos. Cuando lo hiciera, giraría sobre mí mismo evitándolo, cambiándome la espada de mano durante el movimiento —de la derecha a la izquierda—, extendiendo la que acababa de recibir el arma. La ofensiva terminaría a su lado, casi espalda contra espalda; el filo de mi *rudis* en su nuca.

Pero la mayoría de las veces, lo que uno planea dista mucho de lo que sucede.

Vero retrocedió tres largos pasos.

—¡Luchad, gladiadores!



No moví un músculo. Bajé los brazos mientras Rufo, tenso y en guardia, alzaba su *rudis* y su escudo de mimbre. Frunció el ceño ante mi extraño

comportamiento.

Giraba a mi alrededor mientras yo le seguía con la mirada, rotaba al mismo tiempo, me mantenía cara a cara. Hizo amago de atacar, deslizando sus piernas sobre la arena, tentándome a mover el cuerpo; no lo hice. Me limité a observar sus hombros, a esperar ese gesto que no llegaba.

—¡Atácale, por todos los dioses! —gritó Vero ante la atenta mirada de los gladiadores, de los cuatro hombres que le ayudaban a entrenarnos.

Rufo apretó los dientes, pero siguió sin atreverse a dar el primer paso.

Entonces le di un motivo más que suficiente: solté el escudo y lo pateé en su dirección. Me encogí de hombros. Y ante aquella insensatez, ante aquella osadía, no se contuvo: atacó con todas sus fuerzas. Lo que preví surgió sin más, instintivamente. Nuestros cuerpos se cruzaron, y mi *rudis* acabó en su cuello. Por un segundo no se movió, se quedó parado con mi espada acariciándole la piel. Pero enseguida se revolvió furioso, blandiendo con fuerza, gritando y blasfemando.

—¿Crees que eres mejor que yo, hijo del lanista?! —vociferó mientras yo repelía a duras penas las embestidas—. ¡Ya estarías muerto de no ser quien eres!

—¡Alto! —se escuchó de boca de Vero.

Rufo se detuvo al instante, como si la voz del doctor le hubiera apagado el ánimo. El maestro se acercó y le agarró por los hombros.

—No puedes seguir luchando, gladiador. ¿Ves eso? —Señaló al suelo—. Es tu cabeza. De haber portado una *gladius*, Spurius te la habría arrancado de cuajo. Y yo, nunca he visto a nadie luchar sin ella. ¿Lo has visto tú, Rufo?

—No, doctor —contestó cabizbajo.

—Has perdido. —Vero me miró y asintió—. ¡Regresad los dos a la formación!

Antes de colocarme donde demandaba, le susurré algo que solo él pudo oír: «Estoy preparado».



Los doctores dieron por concluido el entrenamiento. Yo, como cada día, me dirigí al hogar para asearme y acudir a la *cena*. Todavía me sentía culpable por tener aquellos «beneficios»: bañarme, comer bien, dormir en una mullida cama...

Al entrar en la *domus*, el esclavo que vigilaba en la puerta me comunicó que había sido citado por el amo en el *atrium*^[18]. Dirigí mis pasos al lugar.

Le encontré acompañado por Vero en el centro del patio, bajo el *compluvium*^[19], rodeado por estatuas de antepasados. Mientras me aproximaba, advertí el *impluvium* vacío.

«*Tiempo lleva sin llover* —cavilé inquieto ante aquella inesperada reunión».

—Ya está aquí —anunció padre al atender mi llegada.

Los dos se volvieron en mi dirección. Esperó a que les alcanzara y, una vez a su lado, me agarró por la cintura con cariño. Sin darme tiempo a saludar, empezó a hablar ante la atenta mirada del doctor.

—Dicen que te has convertido en un luchador notable. Dicen, que en contadas ocasiones han visto progresar a nadie así en tan poco tiempo. Dicen, que estás listo. Pero yo... —Sonrió de forma pausada, perdiéndosele la mirada más allá del hombre a sus servicios—. Nunca incumplo una promesa. Pero temo, que al consumarla traicione la que le hice a tu padre. No mueras en la arena, hijo mío; no me hagas ser desleal.

»Ahora os dejo a solas. Vero desea hablar contigo de los pormenores que conlleva el cumplimiento de mi palabra.

—Tu persistencia ha llegado a abrumarme, joven Spurius —dijo cuando el lanista a punto estaba de abandonar el *atrium*. Yo le escuchaba atento, todavía sucio tras el entrenamiento que él mismo había impartido—. Resulta extraño que un muchacho de diecisiete años desee ser gladiador. Todos los

que han estado a mis órdenes a dicha edad, lo han hecho obligados. Luego, algunos han prosperado, cierto es, e incluso sido buenos luchadores; sé de uno que incluso consiguió una *rudis* de manos del mismísimo emperador. Pero en sus inicios, nadie lo hace por voluntad propia. Ese hecho, añadido a tu buen hacer, me han llevado a tomar una decisión —y te aseguro que no tenía intención de tomarla—: te he seleccionado para competir en las *muneras*^[20] del mes que viene. Así que pronto debutarás en el Anfiteatro Flavio, como gladiador del lanista Spurius Atius Aquila.

—Gracias —contesté conmocionado, feliz al tiempo que turbado. Pensé en Iulia, en madre, en Petronia..., en cómo reaccionarían ante tan importante noticia. Pensé en los años que había pasado entrenando por mi cuenta, golpeando aquel árbol con mi espada de madera, soñando con lo que a punto estaba de cumplirse.

—Por otra parte —prosiguió el doctor—, le he comentado a tu amo que sería apropiado marcarte como es debido.

—Por supuesto. Mi piel lucirá el *stigma*.

—Los demás creen que te escudas en tu «posición». Pero ser hijo adoptivo de un lanista no ayuda cuando se está a solas con un hombre que intenta matarte. Allí no hay más: la muerte o la vida; la victoria o la derrota.

»Estás listo y es el momento, mas he visto a otros luchar preparados y morir. El auténtico gladiador nace aquí. —Me golpeó el pecho con su dedo índice—. Luego se fragua en el *ludus*. Y tengo la sensación, joven Spurius, de que tu sangre está hecha para derramar la de otros.

Sus palabras me sorprendieron. Tuve la impresión de haber estado toda mi vida a prueba; que se me había estado preparando desde siempre. Que cada desdén, negativa o dificultad, se había colocado ante mí de forma premeditada. Que estaba donde debía estar, en el momento preciso. Que mi destino fluía sin demora hacia su propio sino, pausado mas decidido. Que todo tuvo y tenía un fin; que nada fue casual.

Asentí agradeciéndole de nuevo sus palabras.

—Mañana se te tatuará. Se hará en las dependencias de los esclavos, a la vista de todos.

Se marchó sin decir más. Yo me quedé unos instantes meditando, sopesando lo ocurrido durante aquella jornada que tocaba a su fin; una de las mejores.

En la cena no se anunció nada. Esperé que padre lo hiciera y así, de ese modo, ahorrarme el mal trago de decírselo a madre y a Iulia. Mas padre actuó como si durante el transcurso de aquel día no hubiera ocurrido nada especial. «*Quizá aguarda a que lo haga yo* —pensé mientras mordía una manzana». Fuera como fuere, yo no dije una sola palabra.

Iulia y yo nos limitábamos a hablar como dos buenos hermanos, disimulando lo que sentíamos el uno por el otro, discutiendo sobre temas triviales como lo sucedido durante una partida reciente al *latrunculi*^[21] o al *ludus duodecim litterarum*^[22]. Intentábamos mostrarles a todos una normalidad que no existía, engañarles con frases como «no te he visto en todo el día», o, «últimamente apenas pisas la *domus*»... Cuando alguien miraba éramos hermanos; cuando nadie lo hacía, mucho más.



Desperté en plena noche. Frotándome los ojos, descalzo, me dirigí al cuarto de Iulia. Apenas entraba luz por las ventanas. Las antorchas ya no crepitaban; toda vela o lámpara de aceite permanecía apagada. La oscuridad dificultaba mi avance, mas la necesitaba; precisaba no ser visto.

Los braseros calentaban las estancias de la *domus*, manteniéndola a una temperatura agradable —y también llenándolas de un molesto humo—. Vigilantes a las puertas: los únicos que permanecían despiertos a aquellas intempestivas horas. Los esclavos que no faenaban —prácticamente todos—,

descansaban en la *casae* no demasiado lejos de sus amos.

Padre y madre soñaban —o eso imaginé—. Quizá él con unos majestuosos juegos donde se le idolatrara como al mejor lanista de la Península. Ella... La verdad: no sabía muy bien qué podía soñar una mujer que lo poseía prácticamente todo. «*O puede que estén padeciendo una pesadilla* —pensé mientras sentía el frío en la planta de mis pies—. *Cierto es, que los sueños casi nunca reflejan anhelos*». Les perfilé abrazados: ella dándole la espalda; él envolviéndola con sus brazos.

«*Algún día tendré un hogar con Iulia. Y jamás me servirá un esclavo. Si abundan las riquezas, contrataré a hombres libres*».

Las pinturas en las paredes me sirvieron para orientarme en aquel largo pasillo. Ya en la puerta de su *cubiculum*, bostecé mientras me acicalaba el pelo. Entré. Anduve a tientas, vislumbrando apenas sombras. El lecho me golpeó las piernas y mis manos palparon los contornos de una Iulia dormida. Recorrí sus curvas hasta alcanzar su rostro. Lo acaricié.

—¿Spurius? —escuché en un aletargado susurro.

—Voy abajo. ¿Te espero allí?

—Sí. No hagas ruido.



Donde nos dejábamos embaucar por las caricias y los besos; donde el amor embadurnaba nuestras almas; donde me permitía ser yo mismo a su lado: una bodega subterránea.

La esperé un instante. Apareció portando un candil, vestida con finas telas que se ceñían a su cintura. Se acercó. Dejó la lumbre sobre una caja y me besó sin mediar palabra. La abracé con fuerza y me estremecí como cada vez que la tenía entre mis brazos. La aparté con suavidad, fijándome en sus labios bañados, en su tez sonrojada, en sus ojos cobalto, en su pecho jadeante... Nada cubría sus senos más allá de aquella túnica casi transparente, donde se

marcaban sus pezones. Deslicé la prenda piernas arriba, desnudándola lentamente, dejando al descubierto su sexo. La dejé como llegó al mundo; y mi lengua recorrió hasta el último recoveco de su piel. Escuché sus gemidos mientras lamía: música celestial. Me bajé los pantalones y, sin pedir permiso, la penetré.

—Nada impedirá que deje de amarte —susurré mientras el placer nos enlazaba—. Ni siquiera que tú dejes de hacerlo.

Deseé escuchar lo mismo de su boca, pero no dijo nada. Solo se dejó llevar por el frenesí.



Me miró mientras se vestía.

—No podría ni aunque me lo propusiera.

—¿El qué?

—Dejar de amarte.

Me erizaba la piel; no importaba las veces que lo escuchara. Cada vez que me transmitía su amor, endulzaba lo amargo que pudiera almacenarse en mí. Un mal día se tornaba el mejor cuando estaba a su lado.

—Pero...

Siempre había un «pero».

—Pero a veces no basta con el amor.

Se encendió un fuego en mi interior. Y no una pequeña y tenue ascua, sino una llamarada que quemaba y se extendía por mis tripas como una hiedra abrasadora.

—Estoy harto de tu falta de compromiso —dije en voz alta, fuera de mis cabales. El miedo a despertar a los que dormían arriba evitó que gritará como un demente—. Si de verdad me amaras, lucharías por... —Me quedé mudo un instante, ido mientras ella me observaba impertérrita—. Pero no..., no haces nada. Te limitas a quejarte en vez de contarle a padre lo que sientes.

¿Qué podría hacernos? O mejor dicho, hacerme. ¿Vender a su hijo al mejor postor? Soy un esclavo y tú la hija de mi amo. Lo sé. Cada día intentan ocultármelo bajo un manto de familiaridad. Pero tú me sacudes con tus dosis de certeza, devolviéndome a la cruda realidad. Dices que el amor no es suficiente. ¿Y sabes por qué? Porque no me crees digno de ti.

Se quedó con los ojos muy abiertos, sin pestañear. Pronto se le empañaron.

—Eres un ingenuo, Spurius Atiusanus —balbuceó al borde del llanto.

—Lo he sido siempre, sí... Pero no sufras más. Pronto este ingenuo luchara en la arena y quizá un traspie te libre de él, pudiendo así cortejar a un hombre de bien, libre y acaudalado. Podrás pasear cogida de su mano por las calles de Roma, con la cabeza bien alta y el corazón henchido de orgullo. Puede que el mañana te depare algo mejor que yo.

No dijo nada. Lloró sin moverse, sin consumir un mísero sollozo. Me dio la espalda y se marchó, dejándome en la más profunda soledad.

Un instante después me arrepentía de todo. Tarde. Me vi rodeado de estanterías y botellas, desconsolado.

—¿Por qué todo cuesta tanto? ¿Por qué nada resulta sencillo? —susurré absorto en el suelo de la bodega, en una mancha que parecía vino.

«*Soy un esclavo y un gladiador* —medité entretanto una lágrima descendía por mi mejilla—. *Que lo segundo me libre de lo primero*».

X

ESTIGMAS

No encontraron mejor momento que a la hora de la comida. Me sentaron en una silla mugrienta mientras los demás regeneraban sus fuerzas.

Tras la discusión con Iulia no conseguí pegar ojo; me sentía cansado. Durante los ejercicios matutinos mis movimientos se apreciaron torpes. Vero me abroncó en más de una ocasión. «¿Las nuevas te han vuelto un inútil?», preguntó retórico y guasón al ver cómo recibía el revés de un compañero. «Lucha así y el primero será tu último combate».

No podía apartarla de mis pensamientos. Me descentraba. Evitaba que permaneciera en el pequeño anfiteatro que nos cobijaba cuando practicábamos el cuerpo a cuerpo. El raciocinio asemejaba escapárseme de la cabeza, volar donde ella estaba. Era lo único que importaba más que la libertad, la gloria..., la vida.

Un esclavo de color me limpió la zona a marcar: el antebrazo derecho.

—Jugo de puerro —dijo en voz alta sin mirarme en ningún momento—. Evitará que se infecte.

Prosiguió —siempre con la cabeza gacha—, perforando mi piel con una aguja hasta que brotó la sangre. Sentí dolor. Pero mi rostro no mostraría signos de sufrimiento; no les daría el gusto a los que observaban. Apreté los dientes y soporté la angustia con dignidad.

Embadurnó con tinta la zona lacerada, penetrando esta en las heridas, marcándome para siempre. Un *stigma* que no solo delataba mi estatus, sino también mi procedencia: el estandarte del *ludus* al que pertenecía: dos águilas apresando una *gladius* entre sus fauces.

—En tu piel es solo una mancha, joven Spurius —señaló Prior desde una de las largas mesas—. Si no la decoras con honor, la gente solo verá un garabato, un símbolo que no sirve más que para retener a un esclavo. ¿Ves? —Me enseñó la parte baja de su hombro: un distintivo que no supe identificar—. Esta es la insignia de un hombre libre, uno que lo ha conseguido todo en la arena.

Me cansé de sus sibilinas acusaciones. Tiempo llevaba cruzando miradas amenazantes conmigo, hablando en susurros con otros gladiadores mientras clavaba sus ojos en los míos... Me harté de su hostilidad.

—Si mantienes tu imbatibilidad, es porque todavía no has luchado con un auténtico gladiador. Pero tranquilo: puede que pronto te cruces con uno.

Se levantó *ipso facto*, tirando su cuenco de judías pintas, desparramando su contenido sobre la madera, manchando incluso al hombre al otro lado del tablero. Me señaló apretando los dientes.

—¡Estoy deseando combatir con ese luchador del que hablas, puto hijo de papá! ¡Tenerle ante mí esperando la sentencia del público, de rodillas, muerto de miedo...! ¡Introducirle mi *gladius* entre la clavícula y el omoplato lentamente, y hacerle sentir cómo mi acero le busca el corazón!

Sonreí brabucón, ladeando la cabeza mientras sentía cómo una gota de sangre me recorría el brazo.

—¿Sabes? Puede que luches bien, no voy a negarlo, pero dejas mucho que desear como persona.

Subió a la mesa de un salto y se abalanzó sobre mí. Vero apareció de la nada, colocándose ante él. Se detuvo en seco.

—¡El muchacho se está buscando la ruina, doctor! —justificó despeinado

e iracundo, jadeante—. ¡No debería estar aquí!

—¿Le tienes miedo, gladiador? —preguntó Vero acariciando la empuñadura de su espada.

—Claro que no.

—Entonces no entiendo tu fijación.

—Yo solo digo que...

—¡No eres nadie para decir nada! —le interrumpió el maestro—. ¡Retírate y aléjate de Spurius!

Hubiera escogido un puñetazo antes que la ayuda de Vero. Aunque todos me trataran como a un desconocido, prefería solventar mis problemas; y Prior era uno de los mayores.

Pronto lucharía. Y por cosas como aquella anhelaba con ansia el momento de demostrarles mi valía; enseñar a todos esos malnacidos quién era Spurius Atiusanus.



Superé el adiestramiento; no fue, ni de lejos, una de mis mejores demostraciones de talento. La lección que aprendí aquel día no fue a cargo de los doctores, sino por menester de la misma vida: un cuerpo descansado es vital a la hora de ejercitarlo. Al terminar, me marché a la *domus* con la intención de descansar hasta la hora de la *cena*. Esperé cruzar mis pasos con los de Iulia, pero no la encontré en las estancias donde solía pasar el tiempo. «*La veré en el triclinium* —pensé mientras recorría el *atrium*. El *impluvium* seguía seco».

El *stigma* se mostraba hinchado y enrojecido, además de escocer como sal en una herida. Mas al mirarlo —aunque supusiera exhibir mi condición de esclavo—, sentía orgullo. La marca resultaba un inconveniente solo para aquellos que deseaban escapar, huir hacia una vida mejor; no era mi caso. El día que abandonara el *ludus*, lo haría como hombre libre y de la mano de

Iulia.

Cuando entré en mi *cubiculum* topé con Petronia. Parecía aguardar mi llegada.

—Sé que vas a luchar en la arena —anunció nada más verme, compungida—. Avisaba que el momento llegaría, aun así... —Se acercó a mi oído y susurró—. Debes saber algo, mi pequeño: la verdad sobre tu padre y el hombre que te adoptó. Basta decir, que si el amo se entera de esto me crucificará en el patio y dejará secar al sol.

Enmudecí. No captaba el sentido de aquellas palabras. ¿La verdad? ¿No la conocía ya? ¿Mintió padre al contarme el porqué de todo?

La seguí hasta la *culina*. Allí, con un ademán le indicó a Vestopor, el mayor de los esclavos que servían en la *domus*, que se acercara. Con el mentón señaló la puerta, y Volumnia, otra esclava, se apostó ante ella vigilante.

Les conocía a todos, aunque no demasiado. Tenía prohibido hablarles —a excepción de Petronia, por supuesto—; hacía caso omiso a dichos mandatos.

Nos sentamos sobre unas cajas: Petronia a mi lado y Vestopor ante nosotros. Con aquel hombre, aun habiendo compartido estatus desde hacía años —le recordaba desde siempre ejerciendo en la *domus*—, no había cruzado más que saludos.

—Si te cuento esto es porque arriesgo muy poco —dijo el esclavo mirando a su alrededor, como si buscara ojos y oídos que pudieran delatar lo que estaba haciendo—. La muerte me visita todas las noches, mi amo.

—Spurius, por favor. En esta sala todos somos iguales. No es culpa mía no dormir en la *casae* —dije cansado de escuchar la misma cantinela una y otra vez, de sentirme diferente en todas partes.

Asintió.

Sobre sus orejas y nuca relucían matices blancos y grises. Le rodeaban la cabeza pequeñas matas de pelo, mezcladas con ronchas rojas que delataban su delicado estado. Delgado, pálido, ojeroso, febril..., enfermo. El fin parecía acecharle.

«*Pronto la muerte te hará una última visita* —pensé intrigado como pocas veces».

Se inclinó hacia delante, enlazó sus manos y empezó a hablar, fijando la mirada en el suelo, asemejando rebuscar en el pasado.

—Antes que serlo de él —musitó refiriéndose a padre—, fui esclavo de su progenitor, un hombre duro como pocos. La *domus* y el *ludus* se regían con puño firme. Una época que el simple hecho de evocarla eriza el vello de mi piel.

»El amo empezó a adolecer una extraña enfermedad, a perder sus fuerzas, y el hijo, poco a poco, fue tomando las riendas del negocio familiar. La enfermedad acabó con el *pater familias*, y Spurius Atius Aquila pasó a ser el dueño de todo. Y si el padre fue cruel, el hijo lo fue aún más. Los castigos físicos pasaron a ser la orden del día. Yo mismo recibí diez latigazos por derramar vino sobre la mesa...

Le escuchaba ensimismado al tiempo que sorprendido y horrorizado. Pero aquel hombre no ganaba nada mintiendo. Al contrario, y por muy enfermo que pudiera estar, se jugaba mucho; el castigo nos duele a todos por igual. Vestopor prosiguió exponiendo las vejaciones que padecían a manos de mi padre adoptivo.

—Un día nos ordenó acompañarle al Foro. Nos extrañó: no solía acudir al centro acompañado de esclavos. Pronto entendimos el porqué de aquel repentino cambio: la reciente adquisición de una elegante *lectica*. Aparte de los tres escoltas que acostumbraba a llevar consigo, tu padre y yo fuimos, junto a otros dos sometidos, señalados para «tirar» del nuevo transporte.

»El recorrido por las calles de Roma resultó fluido hasta las inmediaciones

del Foro. Allí, la gran afluencia de ciudadanos y puestos ambulantes dificultó el avance. El lanista bajó de la *lectica* furioso, culpándonos por la demora. «¡Atajo de inútiles!», gritó fuera de sí. Sacó un pequeño látigo y se dispuso a fustigarnos sin piedad. Fue entonces cuando un hombre encapuchado se acercó. Nadie lo vio llegar a excepción de tu padre. Se interpuso entre el que ahora te acoge, que ya alzaba el brazo dispuesto a azotarnos, y la daga que sacó de sus oscuros ropajes. Se la arrebató ante la atenta mirada de su dueño, clavándosela a su portador en el cuello. Nunca entendí por qué lo hizo, por qué no dejó que aquel asesino le ajusticiara, le hiciera pagar por lo que nos hacía.

Hablaba apretando los dientes, mostrando en sus ojos un asco y una repulsa que pocas veces había visto en nadie; y lo hacía como si no hablara del hombre al que yo llamaba padre.

—El esclavo recibió una puñalada en el costado que a punto estuvo de costarle la vida. Odié al hombre que más tarde te llamaría hijo, le maldije por haber salvado a un ser deleznable. Pero con el tiempo aprendí a quererle; todos lo hicimos. Su gesto menguó la dureza del amo. Empezó a vernos como a seres humanos gracias al sacrificio de tu padre, que pasó a ser lo que ahora eres tú: mucho más que un esclavo.

»Si estás aquí es por lo que hizo aquella mañana. A los de nuestra estirpe no se les permite tener hijos; no sin el permiso del amo. Y tu padre conoció a la mujer que te dio la vida en esta misma *domus*.

—¿Por qué? —pregunté consternado—. ¿Por qué ahora, Petronia?

—Porque no voy a poder protegerte más allá de estas paredes. —Agarró mis manos con ternura—. Porque eres lo más parecido a una familia que tendré nunca. Porque... —Su rostro manifestaba una intensa preocupación. Se mantuvo unos instantes meditativa. Parecía estar ponderando cada palabra a punto de decir—. Piénsalo —musitó al fin—. ¿Por qué el «hijo» de un lanista no es un liberto? ¿No te resulta extraño? Le prometió a tu padre que el

mismo día de tu decimoctavo cumpleaños te otorgaría la libertad. Le dio su palabra. Y mi niño sigue siendo un sometido.

No dije nada. Solo la abracé. La sentía como si hubiera estado en su vientre, y sabía que se arriesgaba contándome aquello. Me consideraba de su propia sangre así como yo la consideraba una madre.

Sentí su afecto. Lo «padecí» como nunca antes.

La apreté mientras Vestopor proseguía hablando como si en aquella estancia solo estuviera él:

—En tu brazo luces un estigma, ¿cierto?, un distintivo incrustado en tu piel que les indica a los demás quién eres. Yo miro a los ojos de Spurius Atius Aquila y veo su marca, atisbo a la bestia que duerme tras ellos. Podemos cambiar, sí..., joven Spurius; mas siempre somos los mismos.

—Antes de que me vaya, Vestopor, quisiera hacerte una última pregunta. ¿Cómo murió mi padre? Y... ¿Quién fue el hombre que intentó matar al que ahora dice serlo? «*Dos preguntas, más bien*».

Quería constatar la veracidad de lo que me habían contado tiempo atrás.

—Tu madre murió al poco de alumbrarte aquejada por las fiebres tercianas —explicó pausado, en apariencia más tranquilo—. El *pater familias* se hizo cargo de ti mientras tu padre intentaba superar la pérdida. Nunca he visto a dos seres amarse tanto. Sin duda fuiste el fruto de un amor sincero.

»El trato del amo para con tu padre suscitó los celos entre los demás esclavos; a tu sangre la mató la envidia. Por suerte, tu nacimiento y el de Iulia cambiaron los ánimos del lanista. Y hasta el día de hoy no he vuelto a ver al hombre que nos maltrataba de sol a sol.

»Sobre quién intento matarle... La pregunta correcta sería: ¿quién envió al sicario? No lo sé, y temo que la verdad se fue a la tumba con el asesino. —Se quedó pensativo. Alzó el dedo índice y lo agitó, como si de pronto un pensamiento hubiera arribado a su mente—. La historia se repite —dijo exhibiendo una media sonrisa; primera vez que le advertía dicho gesto—.

Seguro que tú también suscitas achares, joven Spurius. Además, ¿no fue en las cercanías del Foro donde salvaste a su mujer e hija?



Iulia no se dignó a mirarme. Comía con la vista al frente mientras yo esperaba un gesto complaciente que desenredara la maraña de sentimientos que angustiaban mi espíritu. Me conocía bien: sabía que necesitaba su afecto. Mas yo también percibía sus intenciones: me castigaba con silencio.

Padre anunció lo que todos sabían: mi debut como gladiador en el Anfiteatro Flavio. La «noticia» solo consiguió enfriar los ánimos; más de lo que ya estaban. Observaba a mi padre y amo al tiempo que rumiaba cuánto quedaría en su naturaleza del hombre que fue, de aquel que se divertía maltratando a los de su tenencia. Le escuchaba, ya vencidas sus reservas, describir —vaticinar más bien— lo grandioso que serían los juegos. Madre y Iulia atendían serias, dibujando forzadas sonrisas en sus rostros, sin duda aún reticentes.

«No debo juzgarle por lo que hizo, sino por cómo me ha tratado a mí. Puede que atesore mi libertad porque estima que es la mejor forma de protegerme. Si fuera un liberto podría marcharme; y un padre nunca desea ver partir a un hijo».

Nos ausentamos de la mesa casi al mismo tiempo. Deambulé hacia mi *cubiculum* dándole vueltas a todo. Quería dormir, olvidarme por un momento del mundo.

Lo único que consolaba a mi espíritu era imaginar la arena del Anfiteatro Flavio. El aliento del público bajo un sol indolente; los vítores espoleando el ímpetu de cada gladiador, de mí mismo; las trompetas anunciando los combates... Yo y mi destino en un encuadre sin igual, acariciando la soledad entre miles de almas ávidas de sangre. Dejarle a la vida decidir el rumbo de

mi existencia: morir si lo estima; vivir si ofrece su favor. Deseaba cerrar los ojos y despertar aquel día de juegos.

Iulia entró mientras mi cabeza se empeñaba en imaginar lo que quizá nunca ocurriría. Se quedó en la puerta un instante, acercándose pausada.

—Quiero pedirte un favor —dijo en un fino hilo de voz. La escuché recostado—. Entrena tanto como puedas. Solo te ruego que vuelvas a mis brazos. —Se acercó y me entregó una tela roja—. Lo he bordado sobre un pañuelo que siempre me ha traído suerte. Regalo de madre, que además atesora una curiosa historia: el día que me dio a luz, la matrona lo usó para secar la sangre de mi cuerpo. Fue un parto difícil y todos los paños acabaron empapados. —Me sonrió con un brillo en los ojos sin igual—. Como ves, soy complicada hasta de parir.

También le sonreí; imposible no hacerlo.

—Necesito estar contigo —susurré cuando se dirigía a la salida—. Esta noche bajaré a la bodega, ¿vendrás?

Se giró justo antes de perderse por el pasillo.

—Sí.

De pronto todo parecía de un color distinto.

Abrí el pañuelo. El hermoso bordado de un gladiador saludando al palco lo ornamentaba.

«*Lo llevaré siempre conmigo*».

—Gracias. Es precioso.

Me dio la espalda y anduvo en dirección a su alcoba.

—¡Espera! —requerí cuando ya la había perdido de vista. Volvió y se asomó por la puerta—. ¿Vendrás a verme combatir?

—No. Pero Petronia y yo te veremos desfilar. Nos verás a las puertas del anfiteatro.

Se fue por última vez aquel día, dejándome un sabor agridulce. Más dulce

que agrio.

«Luego, en la bodega, procuraré convencerla para que asista».

No lo conseguí.

Antes de intentar conciliar el sueño, rememoré una enseñanza de los doctores. Una que venía muy al caso, dado que los juegos se aproximaban.

Recordé a Otón —Vero se ausentó aquella mañana por problemas familiares—, con Prior arrodillado ante él. Resultaba curioso que eligiera para aquella representación al mejor de nuestros gladiadores.

—Si perdéis —dijo el maestro empuñando su espada, en voz alta—, os arrodilláis en dirección al palco y esperáis vuestra sentencia. Por lo general, la muerte os abordará durante el combate, mas en ocasiones se gana sin derramar una gota de sangre. Sed valientes y todo acabará rápido; sea vuestro destino la vida o lo sea la muerte.

»Si resultáis los vencedores y se adjudica la expiración a vuestro oponente, deberéis clavarle la espada por esta zona, hasta hendirla por completo.

«Pinchó» con la punta de su *gladius* la piel de Prior, en un punto intermedio entre su cuello y el hombro. El gladiador ladeó la cabeza para que todos pudiéramos apreciar nítidamente el lugar por donde debía penetrar el filo.

Sonreí sobre la cama al imaginarme en la tesitura del doctor, en una situación real.

—Si lo hacéis bien —prosiguió Otón enérgico—, alcanzaréis su corazón y la Parca acudirá diligente.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Me acaricié el cuello.

Aquella noche hice el amor con Iulia a la lumbre de un candil mientras los

gladiadores disfrutaban de la *cena libera*. Rechacé la invitación con el consentimiento de padre. No celebraría nada junto a unos hombres que detestaban confraternizar conmigo.

Y el tiempo pasó como me tenía acostumbrado: parsimonioso.

Mas no lo derroché.

Me iba la vida en ello.

XI

DÍA DE JUEGOS

Padre visitó mi *cubiculum* al amanecer. Me encontró pensativo, atesorando el más agudo de los nervios. Entró en silencio y dejó sobre el lecho las vestiduras con las que a punto estaba de desfilas por las calles de Roma: las protecciones de un samnita. Golpeó con cariño mi hombro al tiempo que asentía. Mientras, yo amarraba con fuerza el pañuelo que me obsequió su hija. Ni una sola palabra desertó de su boca; como si temiera enturbiar el ambiente con el sonido de su voz. Dejó que los silencios y las miradas aderezaran la solemnidad de aquel momento.

Antes de salir, apoyó contra la pared el escudo oblongo que repelería los envites del contrario.

—Espero fuera —musitó ya en la puerta, abandonándome al amparo de mis demonios.

Los demás se equiparían en sus dependencias; yo lo haría apartado de ellos. Desde el altercado con Prior en el comedor, el desprecio hacia mi persona aumentó considerablemente. Se encargaba de ponerlos en mi contra, de conspirar a mis espaldas con la simple intención de calumniar. Nadie quería formar pareja conmigo. Los doctores les obligaban a hacerlo; una solución que a mí no me contentaba. Sin haber luchado en la arena, me consideraban indigno de hacerlo. Y yo me preguntaba: ¿cómo ganarse el

respeto de nadie, si antes de intentarlo te han estigmatizado?

Los braseros apenas otorgaban calor. Fuera, reinaba una tenue lóbreguez. La estancia parecía conjugarse con los colores de mi armadura, impregnarse de tonos grises. Tanto tiempo esperando el día de juegos, y al despertar no sentí gozo alguno; sino una desconcertante atribulación.

«¿Será hoy mi último día a su lado?».

No dejaba de vaticinar un cercano y fatal desenlace, de reproducir en mi mente un paso en falso, un error que mandara mi alma ante Caronte sin siquiera una moneda con la que pagar el viaje. Mas yo, como siempre precavido, predispuse —una vez más— a mi espíritu. Descifré que el miedo atacaría sin piedad. Mas un hombre solo puede ser valiente cuando este se abalanza inexorable.

«No estarías cuerdo si no lo tuvieras —me decía durante los entrenamientos—. Superarlo es parte del proceso».

—Espera —escuché cuando empezaba a ataviarme con la armadura—. Te ayudo.

Giré el rostro y vi a Iulia en la entrada. Su presencia iluminó cada rincón de la habitación, cada recoveco de mi esencia. El motivo de todo.

Un esclavo nunca se casaría con la hija de un lanista. Tampoco un liberto pobre. Mas un ilustre gladiador, opulento y respetado...

Agarró la pechera etrusca y me la colocó con ternura. Una pieza negra y brillante, imponente y hermosa; sin duda de gran valor. Sobre el metal, el relieve dorado de dos águilas apresando una *gladius*: el emblema del *ludus*. Amarró el brazal en mi extremidad derecha y colocó la protección en mi pierna izquierda. Acabó el proceso alojándome el casco crestado en la cabeza. Me despojé de él casi de inmediato; necesitaba besarla sin impedimentos. Lo hice lentamente.

—La arena te espera, gladiador —susurró cuando apenas se habían

separado nuestros labios.

Le acaricié la mejilla, cortando el descenso de una lágrima.

—No temas. Tu alma estará conmigo. Me traerá suerte.

Sonrió.

—Sí, Spurius: mi alma estará siempre contigo.

—Átalo en el brazal. —Le entregué el pañuelo bordado por ella misma.

Sus ojos brillaron al verlo entre mis manos.

Lo unió a una de las sujeciones. Asemejaba sangre brotando de mi piel.

«¿*Un presagio?* —medité imaginando el acero empapado de rojo».

Previo a abandonar la estancia, agarré el escudo oblongo y me coloqué definitivamente el casco, contemplando a través del metal la belleza de Iulia.

«¿*Por última vez?*».

Anduve dejándola atrás, sintiendo una inmensa soledad; todo volvió a tornarse grisáceo. Siempre la imaginé a mi lado durante el desfile, andando entre la gente al tiempo que me alentaba con su mirada.

«*Supongo que las cosas no siempre salen como uno las espera* —cavilé cruzando el *atrium*».

Fuera esperaba padre.

—¿Listo? —preguntó ataviado con una elegante toga.

—Siempre.

Los doctores alinearon ante las puertas a los que combatirían. Me uní a ellos muy a su pesar.



Cuanto más me alejaba del *ludus*, más se apartaba de mí la incertidumbre. Sorbí el aire que envolvía el recorrido y saboreé cada zancada, cada ánimo enviado por los romanos agolpados a nuestro paso. Codicié tanto aquella procesión... Al fin empezaba a disfrutarla como merecía.

El sol asemejaba estar también de celebración. Recién surgido del

horizonte, le concedía al «paseo» unos cálidos y cobrizos matices, asomando por lo alto de las esquinas.

Alcanzamos el centro de la ciudad guiados por los *tubicines*^[23], donde encontramos al mayor número de habitantes. El Anfiteatro Flavio se mostró como el culmen de la marcha, monumental y majestuoso. No sabría decir cuánto duró; a mí me pareció un suspiro.

Como prometió, las vi cerca del acceso principal. Iulia y Petronia aguardaban taciturnas entre un acervo de caras sonrientes e ilusionadas. Las observé antes de que ellas pudieran otearme, atendiendo a sus rostros cariacontecidos.

«*No moriré hoy* —cavilé como si mis pensamientos pudieran flotar hasta sus oídos, seguro al fin de mí mismo—. *Esta noche reiremos juntos*».

Alteraron los semblantes nada más verme. Sus nimias y forzadas sonrisas transmitieron más que mil aplausos. Intentaron exteriorizar lo que no eran capaces: permisividad, el reconocimiento ante lo que hacía.

Penetramos en el anfiteatro. El griterío se apagó a nuestra espalda, quedándose en un murmullo lejano. La tranquilidad duró poco. De inmediato pisamos la arena —primera vez que lo hacía—, seguidos por los esclavos que portaban nuestras armas. Nos mostramos ante los romanos apostados en los graderíos, finalizando la vuelta de honor en el palco. Saludamos ante el emperador y las autoridades: «*¡Ave Caesar, morituri te salutant!*», volviendo al lugar donde, superada la mañana, llegaría nuestro turno. Antes, lo sería de fieras y condenados.



El sorteo me adjudicó la octava lucha de las *muneras*. Un tal Hortensius, tracio con dos combates invicto. La suerte estaba echada y parecía haberla tenido: un gladiador con tan solo dos peleas a sus espaldas se antojaba

salvable. Al menos, no gozaba de experiencia «sobre el terreno».

El tiempo —por una vez— pasó veloz. Casi sin darme cuenta me vi en la sala previa a la arena, de pie junto a los demás gladiadores, con padre — como ya vi en Capua—, desfilando entre dos líneas de hombres. Levantó la voz mientras les golpeaba el pecho, les asentía, les fijaba las sujeciones...

—No veo en vuestros ojos a los hombres que fuisteis, sino a los que sois. Aquí y ahora solo existe el presente. A unos pasos tenéis la oportunidad de convertirlos en aquello que la vida os ha negado ser. Luchad con valentía y Roma os perdonará, olvidará el rastro que habéis dejado atrás. Un esclavo puede volverse libre ahí afuera —dijo cuando lo tuve delante. Me agarró del cuello con suavidad y acercó mi cabeza a la suya, uniendo nuestras frentes. «Vive, hijo mío», susurró. Se separó de mí y prosiguió con su particular y estimulante marcha—. Os he tratado bien, gladiadores. ¡Retribuidme con victorias!

Rememoré las palabras que acababa de decir: «Un esclavo puede volverse libre ahí afuera». Las interpreté como un mensaje de padre a hijo.

«Pretende que gane mi libertad. Por ello incumplió la promesa que le hizo al que fue su mejor amigo».

Esperé en aquella mazmorra —una más dentro del laberinto de túneles que formaba el subsuelo del anfiteatro—, sentado en un banco de piedra, bajo la única lumbre de una antorcha. Una tras otra las peleas fueron concluyendo. Me limité a no pensar, a estudiar cada posibilidad futura, pormenor que pudiera surgir durante el desarrollo del ya inminente combate. Procuré despejar mi mente, vaciarla de negatividad y ocuparla con positivismo. Olvidar por un instante a Iulia y centrarme en superar el que siempre sería mi primer combate.

Esperaba que no fuera el último.



—Es tu turno —me indicó Vero al tiempo que me ofrecía una *gladius*. Por seguridad, no nos entregaban las armas hasta bien llegado el momento—. Sírvete de lo que te he enseñado y volveremos a vernos.

Asentí mientras me colocaba el casco.

No éramos tantos como al principio. Dos habían caído; dos almas que apenas conocía. Me dirigí a la puerta, que aparentaba una esfera de luz enorme. Tal cual me acercaba se iban perfilando los muros del *podium*. Alcé el brazo y rasgué la pared con mi *gladius*; dejé mi firma en el anfiteatro.

«*Recibirás mi marca cada vez que me acojas —juré—. Volveré a desfilar entre tus tripas*».

Quedé inmóvil sobre la línea que bifurcaba el interior y el exterior, separaba la piedra de la arena. Miré hacia abajo un instante, quedando absorto en los colores que apenas se mezclaban: rojizo y gris claro.

«*A solo un paso —pensé absorbido por una marabunta de gritos y clamores, escuchando el sonido de las trompetas*».

Dirigí la vista al frente.

Pisé la planta ovalada del Anfiteatro Flavio.

XII

SERPIENTE DE ARENA

El tracio se dirigió al palco. En la distancia andaba seguro y confiado, saludando a los que le animaban. Yo hice caso omiso a los vítores. Caminé fijando la mirada en mi oponente con el muro a mi derecha, hacia el mismo lugar que lo hacía él.

Le imaginé moreno y de pelo corto, de ojos marrones y pronunciadas cejas. Su corpulencia, en cambio, no requería de figuración alguna: mucho mayor que la mía. Un hombre alto y robusto, consistente.

Por un instante recordé a Cicero y su trágico final en Capua. «*Estuvo tan cerca... No cometeré sus mismos errores*».

Vestía tonos ocres, contrastando con lo oscuro de mis protecciones. Aparte de la *parmula* —resplandecía tanto o más que el sol—, lo que llamó mi atención fue la *sica* que amarraba en su mano derecha. Buscaría sin duda clavármela en la espalda, hendirla en mi piel desprovista de armadura.

Estudié infinidad de veces a los terciaros con los que contaba el *ludus*; conocía bien su forma de proceder. Mas mi adversario seguro se había codeado con más de un samnita. Por ello, no procedería bajo técnicas prefijadas, sino amparado por mis facultades e instinto.

Completaban su indumentaria unas hermosas grebas doradas, a juego con la *parmula* y las protecciones del hombro y el brazo que sujetaban la espada —necesarias debido a las reducidas dimensiones del escudo—, y un casco

con penacho adornado con una alta cresta carmesí.

El público bramaba a tal nivel, que angustiaba; imposible distinguir una sola palabra más allá de un batiburrillo de voces. Sentí la canícula en mis hombros, en la testa, en la planta de mis pies descalzos... Empecé a sudar antes incluso de situarme ante el emperador Trajano.

Los nervios afloraron, ¿cómo no?, mas ya no había vuelta atrás. A esas alturas quedaba solamente resolver dos contingencias: luchar, vencer y vivir; o luchar, perder y morir.

Las gradas parecían un océano de cabezas ondulantes; olas de delirio y gozo. Muchos de aquellos romanos apostaron sus monedas a la victoria de un —todavía— desconocido Spurius Atiusanus; esperaba no defraudarles.

Nos situamos ante el palco. Dos gladiadores dispuestos a ejercer su función. Bajo el saliente de piedra, la Guardia Pretoriana, siempre firme y atenta.

—Suerte —escuché en una voz metálica del hombre a mi izquierda.

Asentí a su cortesía.

Ambos sabíamos que el azar no cabía en aquel anfiteatro atestado de gente.

Tras el protocolario saludo, la pugna empezó.



Como al inicio de cada buen combate, nos medimos en la distancia. La mente en blanco, centrada única y exclusivamente en aquel gladiador de nombre Hortensius.

Concebimos con nuestros pies un círculo sobre la arena. Giramos lentamente midiendo la paciencia del público —escasa, por otra parte—. Pronto surgieron los primeros abucheos. Me vi en la obligación de canjearlos

por alabanzas; de perder sin morir, me salvaría solo el haber luchado con garra.

Ataqué sin acercarme demasiado, intentando que mi rapidez consiguiera herir al tracio. Repelió mi *gladius* con su escudo, devolviéndome el envite. Como él, evité su *sica* sin problemas.

Más ágil de lo esperado, se movía y ejecutaba los golpes raudo y certero. Por suerte yo era tan diestro o más que él. Todo se decidiría por un ínfimo detalle, una decisión mal tomada o una inestimable combinación.

El enfrentamiento se tornó un toma y daca, un embestir y defender; en el espectáculo rezado por los asistentes. Mi espada golpeaba su escudo al tiempo que la suya el mío, así una y otra vez. El tracio esquivaba el acero moviendo las piernas y la cintura, meciéndose como una bandera al viento. Mas de pronto advertí lo cerca que la punta de mi acero pasaba de su piel. Se apartaba lo justo para contraatacar de forma efectiva. Como un clarividente fagonazo, se me mostró lo que debía hacer: aprovechar dicha pauta.

Lancé mi *gladius* hacia su cuello de forma horizontal, sin intención de alcanzarle. Dejé que el arma prosiguiera su recorrido más allá del tracio, con la exclusiva intención de aprovechar la rotación de mi cuerpo. Giré como una peonza, enviándole mi escudo cuando mi espalda se encontró con sus ojos. Culminé el envite quedando de nuevo cara a cara ante Hortensius, justo a tiempo para descubrir el resultado de mi maniobra. La punta de la lámina penetró bajo su casco, arrancádoselo de la cabeza, rasgando de abajo a arriba su faz. La sangre salpicó mi coraza al tiempo que un ‘oh...’ proveniente de las gradas solapaba cualquier otro sonido. El enemigo voló cayendo de espaldas, perdiendo la *parmula* en el impacto contra la arena. Salté a la caza de su organismo tendido, cayendo en picado como un halcón de pico afilado; mi *gladius* apuntando a su corazón.

¿Cómo saber cuándo atacar? ¿Cómo discernir el momento idóneo para dejarse dominar por el ímpetu? Debí sopesar un instante la situación, razonar

que mi enemigo acababa de recibir un duro revés, que mi escudo le había destrozado el rostro, que la sangre le dificultaría la visión... Pero no..., me lancé como si el sol no fuera a salir un día más y, como un animal herido, el rival rechazó mi furia con sus piernas. Caí a su lado al tiempo que se alzaba cegado por la ira y el tajo.

«*No volveré a verla —pensé mientras el contrario me cubría con su sombra—. Es el fin*».

Elevó la *sica* presto a clavármela, a alcanzar la victoria. De nuevo sujetaba la *parmula* con su brazo izquierdo.

«*Vive, hijo mío...* —Las palabras de padre retumbaron en mi mente».

Rodé esquivando su espada, que golpeó justo en el lugar donde mi espinazo yació un instante atrás. Giré y giré abrazado a mi escudo como un remolino de polvo, rebozándome en arena. El tracio buscó mi cuerpo con su arma, pero sus punzadas solo conseguían rozarme, golpear la planta del Anfiteatro Flavio. Intenté alzarme, pero mi trasero besó el suelo, quedándome sentado ante Hortensius, arrastrándome hacia atrás mientras, como podía, repelía sus ataques con el escudo.

Tras dejar marcado el terreno, conseguí levantarme. El público se tomó mi «exhibición» con sorna.

«¡Repta como una serpiente!», vocearon algunos mientras se desternillaban. «¡Menuda forma de serpentear por la arena!». Una multitudinaria risa se escuchó por doquier, asemejando estar los presentes ante un bufón. De nuevo, fugazmente, recordé a Ciceró.

Obvié los jactanciosos comentarios, fijando de nuevo la mirada en el gladiador que ante mí jadeaba ensangrentado. Pude contemplar al fin su fisionomía: de pelo corto, rubio y ojos claros; muy distinto a lo que había imaginado al inicio.

Se limpiaba los ojos con el dorso de la mano. Pero el líquido, más que desaparecer, se movía de un lado a otro, filtrándose por sus ojos, entrándole

por la boca.

«*Es el momento. —Tuve la infinita certeza*».

Blandí mi *gladius* de abajo a arriba y de arriba abajo, rápido y versado, sujetando mi escudo en alto. Convertí mentalmente a Hortensius en el árbol que tantas veces «descascarillé» con mi *rudis*.

Los gritos de los romanos se unieron a los míos, formando un alarido largo y unísono. El tracio, cansado y falto de visión, recibió cortes en pecho, cuello y hombro.

Tras la arremetida me distancié; le concedí espacio para morir. Deambuló sin un destino, andando a duras penas mientras dejaba caer la *sica* y la *parmula*, se agarraba el cuello que pintaba de rojo la arena. La sangre se escurrió por entre sus dedos, dejándole seco poco a poco.

Se desplomó.

Inhalé el aroma de la victoria y espiré lentamente, dejando que penetraran por mis oídos los aplausos y los elogios que enviaba el espectador. Desaté el pañuelo de mi brazal al tiempo que dos sirvientes disfrazados de Hermes comprobaban la veracidad de la muerte del tracio. Con una lanza pincharon sus piernas para cerciorar la ausencia de vida. Una vez seguros, alertaron a los *libitinarii*, que lo arrastraron con ganchos hasta la *Porta Libitinaria*. Nunca pensé que un hombre pudiera almacenar tanta sangre dentro.

Tragué saliva al tiempo que alzaba la tela roja a los cuatro vientos.

«*Vuelvo a ti, Iulia*».



Tras la vuelta triunfal, regresé donde esperaban «padre» y «compañeros». Al acceder a la mazmorra encontré a los gladiadores formando, perfilando un pasillo rematado por su amo. Desfilé sorprendido por aquella pasarela de hombres, recibiendo su beneplácito. Asintieron; algunos, incluso posaron su

mano sobre mi hombro. Caminé con un nudo en la garganta hasta alcanzar al lanista. Le abracé sin sentir pudor, expulsando de mi espíritu hasta la última gota de tensión acumulada.

—Escucha al público, hijo —musitó mientras le apretaba con fuerza.

Entre el sosiego de la sala, se filtró un rumor procedente del exterior; vítores que la piedra y la distancia enmascaraban:

«Serpiente, Serpiente, Serpiente...».

XIII

UNO TRAS OTRO

La noche transcurrió entre abrazos, lágrimas y felicitaciones. Madre, Iulia y Petronia parecían sentirse tan liberadas como yo; aunque lo superado fuese solo el primer paso de muchos.

La modorra invadió mi cuerpo. Sentía brazos y piernas fatigados. En cambio, mi espíritu se apreciaba en calma. A los gladiadores que participamos en las *muneras* nos obsequiaron con tres días de descanso. Yo empecé dicha recuperación retirándome temprano.

Con los párpados a punto de bajarse como telón de fondo de un día memorable, pensé en Hortensius.

«¿Sería un criminal o un hombre libre?».

No quise conocer un mísero detalle sobre él, sobre el hombre que horas antes había enviado a los pies de Caronte. Me negué y negaría siempre a conocer los porqués, las razones que les arrastraban a combatir. No me importaba lo más mínimo si lo hacían por condena o pasión. Lo que sí percataba y no olvidaría nunca, era que si no les mataba yo, me matarían ellos.

Desperté mejorado y con apetencia de disfrutar del primer día de descanso: pasear, leer, estar con los míos...

Padre regresaba del centro cuando se cruzó conmigo en el *atrium*. Me

encontró sin hacer nada, meditando.

—¡Solo se hablaba de ti en el Foro, hijo mío! —exclamó alzando los brazos. Parecía haber consumido vino en demasía—. ¡Te ha bastado una sola pelea para conseguir un sobrenombre! —Rio desmedido, confirmando mis sospechas—. ¿Y sabes cómo apodan los romanos a su nueva promesa? —Negué con la cabeza mientras sus carrillos se enrojecían por momentos—. ¡La Serpiente de Arena!

«*Suena bastante bien*».

—¿Y mi segundo combate será...? —pregunté sin preámbulos.

—Pronto, muy pronto.

Tras la breve conversación, anduve en busca de Iulia. La encontré hilando lana; ocupación que colmaba gran parte de su tiempo. De haberla hallado acompañada, no hubiera entrado en la estancia.

Aunque la temperatura resultaba agradable más allá de los muros de la *domus*, lo amplio de esta propiciaba que en algunas habitaciones bajaran considerablemente. La observé un instante al calor del fuego.

«*Es tan hermosa que lacera*».

—Así que Serpiente de Arena... —mencionó al atenderme, sin dejar de mover las manos.

—Eso parece. Supongo que es mejor que ‘el arrastrado’ o ‘el cocodrilo de la arena’, ¿no?

—A mí me hubiera gusta más ‘el escarabajo pelotero’.

—Muy graciosa. ¿Y sabes qué?

—No.

—Quiero un beso.

Sentía un inmenso deseo.

—¿Aquí?

—Sí, aquí y ahora. Decide tú si dármelo.

Sonrió.

—¿Quieres que nos descubran?

—Quizá.

Frunció el ceño sin dejar de sonreír. Dejó de hilar.

—Ven aquí, ingenuo —susurró al tiempo que me agarraba del cuello, acercándose a sus labios.

Justo antes de que se tocaran apareció Petronia, silenciosa como depredador en la hierba de la sabana. Ambos dimos un respingo, intentando disimular lo que era imposible esconder.

La esclava suspiró ante nuestro mutismo, acarreado con dos troncos.

—Ama. —Saludó agachando la cabeza—. Spurius. Traigo leña para el fuego.

La ayudé a avivar las llamas al tiempo que clavaba mi mirada en la suya. Cuando los leños empezaron a crepitar, mis ojos le transmitieron el pesar que sentían.

—Lo sé desde hace tiempo, mi pequeño. No debéis temer; nunca haría nada que os hiciera daño.

Dijo esto y marchó sin más. Se despidió de Iulia con una leve reverencia.

—Pronto seré un hombre libre y poderoso —aseguré de pie ante Iulia—, y no tendremos que ocultar nuestro amor.

—Hazlo, Spurius Atiusanus. Hazlo. —Por primera vez me espoleaba a conseguir lo único que podía, a ojos del mundo, hacerme digno de desposarla. Sus pupilas, brillantes y húmedas, mostraban decisión y seguridad—. Quiero dejar de temer que nuestro amor conduzca a un destino funesto, de pasearme por la casa al acecho de tu mirada y, al encontrarla, no poder mostrarte lo que siento.



Dispuesta a satisfacer los deseos de Iulia, uno tras otro la Serpiente fue envenenando a sus adversarios. El segundo en catar sus afilados colmillos fue otro tracio, que acabó con el estómago abierto en el mismo escenario que vio sucumbir a su primera víctima. A este le siguió un mirmillo, que cayó al poco de iniciarse el enfrentamiento. Luchó en Capua y en Verona —catorce días de arduo y largo viaje—, acrecentando su popularidad con cada victoria. El filo de su *gladius* rasgó la piedra del Anfiteatro Flavio en muchas ocasiones. Pocos desconocían ya el nombre de Spurius Atiusanus; nadie el de la Serpiente de Arena.

Prior prosiguió difamando, pero sus intentos caían en saco roto. Los gladiadores respetaban y admiraban el buen hacer de la Serpiente, reconocían la entrega con la que se enfrentaba a cada entrenamiento, a cada día de juegos. Él, en cambio, se empeñaba en padecer sus progresos, en advertirlos como una sombra que ennegrecía su estatus, como a un aliento abrasador en su nuca. Un hombre incapaz de disfrutar su propio éxito sin envidiar el de otros. Podrían haber compartido vivencias y triunfos como buenos hermanos de profesión, pero Prior no estaba dispuesto a cederle un solo palmo de su terreno. Defendía sus logros como si fueran a desaparecer con las conquistas del «reptil».

UN AÑO Y MEDIO TRAS EL PRIMER COMBATE

Al término de los entrenamientos padre me hizo llamar al *tablinum*^[24]. Recién llegado de un largo viaje, apenas habíamos coincidido.

Tiempo atrás, aquella estancia albergó una pequeña biblioteca donde pasaba el tiempo entre manuscritos. También fue allí donde aprendí a leer y escribir gracias al viejo profesor Tiberio. Luego, con el único afán de mostrar a las visitas su poder adquisitivo —nunca le vi leer—, mandó trasladar los escritos a una sala mayor.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento, gladiador? —preguntó al tiempo que me ofrecía asiento con un gesto. Obedecí mientras se acomodaba ante mí, tocándome casi con sus piernas.

—Bien. Como siempre.

—Siento haberme ausentado y perdido muchos de tus logros. Me han requerido en otros lares; de vez en cuando, un lanista ha de fijar sus miras más allá del *ludus*. Pero mi sitio está aquí, con la familia. Voy a quedarme un tiempo.

Hacía mucho que no nos reuníamos en privado. Con Vero resolvía todo lo referente a mi ya consagrada profesión. Quedó en un segundo plano, aunque seguíamos «cruzándonos» de vez en cuando. Por otra parte, y aunque le echara de menos, dicha autonomía me resultaba también un bálsamo. Podía disfrutar de Iulia con asiduidad y tranquilidad; madre era menos perspicaz.

Por lo visto tendríamos que volver a los tiempos de bodega y reunión nocturna, a tomar más precauciones.

—Te he traído un regalo de Cartago —anunció alzando las cejas, intentando colmar el momento de misterio.

—¿Ah, sí?

Asintió mientras se alzaba. Anduvo hacia un gran arcón y extrajo de su interior un casco negro; el más hermoso que hubiera visto. Coronado por una imponente aleta, lo engalanaban dos serpientes que descendían por sus

brillantes costados.

—Toma —dijo entregándomelo—. Fabricado en el mismísimo norte de África.

Lo agarré ensimismado y lo introduje en mi cabeza; cómodo y ligero. A través de sus orificios observé las cabezas de los reptiles asomando por sus laterales, a la altura de mi boca.

«*Un gladiador con tres fauces* —pensé deseoso por lucirlo en el siguiente combate».

—¿Te gusta?

—Es fantástico. Gracias.

Sonrió satisfecho.

—Y eso no es todo. De Cartago traigo también buenas y fructíferas noticias: el próximo compromiso de Iulia con, nada más y nada menos, que el hijo de un senador.

XIV

CAMBIO DE RUMBO

—Una gran noticia —mentí mientras mis tripas padecían el mayor de los revoltijos—. Será positivo para esta casa.

«¿Lo sabrá? ¿Conocía su porvenir mientras me abrazaba ayer mismo?».

Todo lo conseguido se convirtió en tiempo malgastado. Cada gota de sudor, lágrima, sangre o esfuerzo, se esfumó con aquella revelación. Me retiré sin mostrar un ápice del malestar que experimentaba, disfrazando el dolor con una sonrisa falsa y henchida de ira.

A punto estuve de contárselo todo, de decirle que amaba a la mujer que él mismo había comprometido con otro. Empujado por una angustia atroz, me consideré capaz de cometer una estupidez que nos perjudicara a ambos. Pero contuve mi avidez; al menos, hasta hablar con ella.

Tuve que descansar al abandonar el *tablinum*; las piernas no me respondían. El corazón me latía apresurado, al ritmo que mis pensamientos se solapaban en mi cabeza.

«¿Para qué luchar? ¿Para qué ser libre si iba a darle mi tiempo y libertad? Y ahora, ¿me resigno a verla con otro? No... Eso nunca».

Fui directo a mi *cubiculum*. La impotencia y el enfado me llevaron a no buscarla, a codiciar la soledad como único escape. Lloré tumbado y desconsolado. No había predispuesto a mi espíritu para aquello: el mayor golpe que recibiría nunca.

Un propósito despuntó en mi mente: una desesperada solución. Me levanté dispuesto a llevarla a cabo. Me enjuagué las lágrimas y anduve trastornado hacia el *tablinum*, razonando sin claridad, dispuesto a zanjarlo todo.

Abrí la puerta sin llamar, encontrándome de bruces con padre, que leía una especie de documento. Alzó el rostro sorprendido ante la brusca intromisión.

—Véndeme —rogué alto y claro—. Tengo un alto valor como gladiador. Podrás enriquecerte conmigo.

—¿Qué?

—Otórgame la libertad que le prometiste a mi padre, véndeme o cédeme a alguno de tus amigos lanistas, lo que más te convenga, pero desvincúlame de este *ludus*. Me lo debes: salvé a tu mujer e hija, ¿recuerdas?

Mi condición, sus promesas y el haber liberado a su familia de la trayectoria de un corcel desatado: eché mano a todo lo que tenía con la única pretensión de alejarme de un sueño imposible.

—¡Siéntate, por todos los dioses! —vociferó evidenciando una profusa incredulidad—. ¿Qué ha pasado? Hace un momento estabas encantado con mi presente.

—La amo y ella me ama a mí, y tú quieres...

—¿A quién amas, Spurius?

Al escuchar mi nombre, supe que acababa de entenderlo todo.

—A Iulia. A quien si no.

—¿A tu hermana?

—Sabes bien que no lo es.

Tras el intenso cruce de palabras, nos quedamos en silencio, ponderando lo que acarreaban las frases pronunciadas. La tensión cortaba como el filo de una *sica*.

—Siéntate —solicitó de nuevo, más tranquilo.

—Estoy bien de pie, gracias.

—No te lo estoy pidiendo —dijo clavando sus ojos en los míos—. Es un orden, esclavo.



—Porque se lo prometí a tu padre y porque las salvaste: solo por eso haré lo que me pides. Un tiempo alejado de ella es lo que necesitas. Este compromiso es lo más importante que le ha sucedido a esta familia, y no voy a permitir que un amor pasajero lo eche todo por tierra.

—Sí... Mejor eso que hacer felices a los tuyos —dije ya sentado, en un tono que rozaba lo desafiante. Me importaban bien poco las consecuencias—. Siempre anteponiéndolo todo por el bienestar de la familia, ¿eh, lanista? ¿Ahora quieres ser político? ¿Por eso obligarás a tu hija a casarse con el hijo de un senador? Bravo.

—Cuidado, Spurius, no tientes a la suerte. Solo ofrezco lo que has pedido. Un esclavo no puede casarse con nadie, llámese como se llame.

—Hazme un hombre libre, entonces.

Una holgada y socarrona sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Perder los derechos sobre la Serpiente de Arena? No... Te cederé un tiempo, nada más. —Desenrolló un pergamino y escribió sobre él, sellándolo con la marca del *ludus*—. De mi puño y letra. Te tratarán bien hasta que se efectúe el enlace. Luego volverás como lo que eres: un luchador de mi propiedad. —Se frotó el mentón—. Puede que con los años te nombre doctor...

»Esta noche dormirás con los gladiadores. Mañana, al alba, partirás hacia Capua y harás entrega de esta carta al lanista Vibius Valerius. —La extendió ante mí, sin mirarme a la cara. La agarré con desdén—. Cinco de mis mejores hombres te escoltarán.

—De acuerdo. Yo mismo buscaré un camastro donde dormir esta noche.

—Bien.

Me señaló la puerta.

Lo entendí todo en un instante: cuando tomó en consideración la posibilidad de enriquecerse conmigo, promesas y juramentos pasaron a un segundo plano. Al fin conocí al hombre que me presentaron Petronia y Vestopor.



Los vigilantes no opusieron resistencia; al fin y al cabo, aquellas eran mis dependencias «naturales». Partí de la *domus* con lo puesto; olvidé incluso mi *rudis*. Lo único que acarreeé de aquel lugar fue el pañuelo que me regaló Iulia.

Encontré a los gladiadores disfrutando de la *cena*. Les ignoré por completo y, como un alma perdida en la ribera de la *Estigia*^[25], me dirigí a las celdas donde más tarde descansarían. Me dejé caer en un rincón, sobre la fría piedra, al término del largo pasillo donde se encontraban sus precarios alojamientos. Bajo la tenue luz de una antorcha, vi cómo desfilaban encadenados hacia sus cubículos. Conocía a cada uno de aquellos hombres. Me miraron sin abrir la boca, asintiéndome mientras andaban como corderos al matadero.

Dos celadores se acercaron.

—¿Quieres un camastro, Serpiente?

—No. Hoy es mi último día en este *ludus*. Lo pasaré fuera de los barrotes.

—Se miraron extrañados, dieron media vuelta y desaparecieron de mi vista.

Nadie estaba allí por voluntad propia. Al caer la noche, como un fantasma aparecía la pena. Durante los entrenamientos podían apreciarse sonrisas en sus rostros, pero tal cual se acercaba el ocaso, cambiaban, exteriorizando únicamente la resignación. Al igual que yo, también lo habían perdido todo.

Pasé la noche pensando en Iulia, sufriendo el hecho de no volver a verla.

«Si no hemos de estar juntos, huiré del dolor, me apartaré tanto como pueda y dejaré que el tiempo sane mis heridas».

Me decía aquello creyendo imposible curarme de ella.

Conseguí conciliar el sueño poco antes de que me despertaran.

—Vamos, Spurius. —Escuché semidormido la voz de Vero—. Nos espera un largo trayecto.

Zarandeo mis hombros.

—Sí —dije sin entender muy bien qué pasaba ni dónde estaba. Me bastó un instante para saborear la cruda realidad.

—Siento lo ocurrido. Y más siento perder a mi mejor gladiador.

Escuché sus halagos como quien escucha ladrar a un perro.

—Yo también lo lamento, amigo. Ha sido un placer entrenar a tus órdenes. Te debo mucho.

—Todavía recuerdo a ese muchacho obstinado demandando entrenar —dijo con palpitante emoción—. La verdad es que...

—¿Nos vamos?!

La inconfundible voz de Prior se escuchó al final del pasillo.

Recordé lo dicho por «padre»: «Cinco de mis mejores hombres te escoltarán».

«Además, tendré que soportar las burlas de ese cretino —cavilé mientras recorría el corredor abrazado por celdas».

El sol apenas asomaba su corteza por el horizonte. Los gladiadores todavía se desperezaban sobre sus camastros. Al verme, algunos se despidieron. Las nuevas corrían entre aquellas paredes como el cauce de un río.

—Espero no encontrarme contigo en la arena, Serpiente —dijo Claudio arrancándome una compungida sonrisa.

La mayoría me entregó sus respetos mediante un largo y lento asentimiento.

Fuera me esperaba el transporte que tantas veces había utilizado: una carreta arrastrada por dos mulas. El cielo parecía ir acompasado con mi estado anímico: gris, sin un solo hueco azul o blanco. Me encadenaron y encerraron ante la jactanciosa sonrisa de Prior, que asemejaba ser el único en alegrarse de mi desgracia. Tres hombres libres, a parte de mí, Vero y Prior, ultimaban la escolta de aquel inesperado viaje.

Al pasar junto a la *domus*, Iulia emergió como una flecha directa a mi corazón, agarrándose a los barrotes.

—Yo no quería que esto sucediera, Spurius —aseguró llorando sin consuelo—. Siempre estaré contigo; estés donde estés y esté con quien esté.

—¡Apartadla de ahí! —Padre apareció por donde ella había salido, vistiendo como siempre una elegante toga.

Vero tiró de ella, apartándola de la celda.

—¡Qué quieres que haga! —grité mientras la carreta me alejaba de ella—. ¡Soy un esclavo!

—¡Pronto saldré de aquí! ¡Búscam...!

«Padre» tapó su boca en un infructuoso intento por silenciarla, adentrándola arrastras en la *domus* mientras ella pataleaba. Entendí perfectamente su ruego: «Búscame».



Sobre la Vía Apia, alejados ya de Roma, Prior se acercó a la carreta para, supuestamente, mofarse como llevaba haciendo desde el inicio del trayecto.

—Bien, ahora es el momento de la verdad —susurró como un niño que cuenta secretos, tieso sobre su caballo—: temo que algún día nos enfrentemos. —Su sinceridad me desconcertó. ¿Dónde quería llegar?—. Para ti, las luchas son solo un juego, un divertimento que no va más allá de un anhelo pueril, un ansia banal de fama y gloria. Mas para mí..., son un

sustento.

—Déjame en paz, idiota —murmuré hastiado de todo—. Que cada cual se preocupe por su supervivencia.

—Eso querías, ¿verdad, Serpiente? —Su tono burlesco alcanzó cotas solo factibles para un desgraciado—. ¿Crees que voy a arriesgarme, a permitir que un día te cruces en mi camino? Te has convertido en un enemigo poderoso. El más poderoso. Y tu tropiezo con la hija del lanista... —Movié su dedo índice de un lado a otro al tiempo que musitaba: «No, no, no, no...»—. Me has dado la oportunidad que tanto he esperado.

—¿De qué diantres hablas?

—Mira a tu alrededor, Spurius. —La Vía Apia abrazada por bosques a ambos flancos. A mi izquierda, un terraplén; a mi derecha, una elevación custodiada por altos pinos—. El lugar idóneo para una emboscada, ¿no crees?

No me dio tiempo más que a gritar el nombre de Vero. Un fuerte silbido, obra de Prior, convocó en el centro del camino una lluvia de flechas provenientes de entre los árboles. Dos se clavaron a mi lado, en la madera; otra, que surcaba el aire directa a mi cara, se encontró con uno de los barrotes. Con el tiempo, traduje aquello como un golpe del destino.

Al frente, el doctor recibió dos heridas en el pecho. Me tendí sobre los listones mientras los escoltas caían de sus monturas; todos menos el artífice del complot.

Espoleados por las puntas de acero, los caballos huyeron desbocados de la masacre, dejando sobre la Vía Apia un «paisaje» de hombres agonizantes. El sonido de los dardos se silenció, dejando que relucieran únicamente los quejidos y los lamentos. Entonces escuché el corto y solitario siseo de una flecha, y padecí un intenso pinchazo en mi muslo derecho. En un gesto instintivo partí el astil manchado con mi sangre. «*Aquí acaba todo* —pensé doliente entretanto el causante de todo empezaba a pasar por la espada a sus «compañeros»—. *Me cortará el cuello*».

Del bosque a mi derecha emergieron siete hombres armados con arcos. Esperé mi turno.

—¡Cógelas, Spurius! —Giré el rostro en dirección a aquella voz, mientras, a mi alrededor, Prior y sus secuaces ejecutaban sin piedad.

Vero lanzó un manojo de llaves desde el suelo, cuando el gladiador al que instruía se acercaba presuroso a degollarlo. Las cogí al tiempo que, desangrándose, desenfundaba su *gladius*. Y entregándome su último aliento, la lanzó, clavándola en la pata trasera de una de las mulas. El animal, cegado por el dolor, arrancó coceando y rebuznando sin un rumbo fijo. Desatado, empujó al otro equino, despeñándose ambos por el talud a su izquierda, arrastrándome con ellos.

El doctor sufrió dos flechazos en la espalda antes de que Prior le agarrara del pelo, echara su cabeza atrás y le abriera el cuello.

Previo a rodar cuesta abajo, otra saeta se clavó cerca de donde había penetrado la anterior. Esta vez no pude quebrar su astil.

XV

SANGRE SOBRE LA HIERBA

Piernas, dorso, espalda, cabeza..., mi cuerpo chocó con cada esquina de la celda. El techo pasó a ser el suelo y el suelo el techo. Igual estaba arriba que abajo, erguido que tumbado. La carreta giraba, se hacía pedazos. Por suerte, nada se interpuso en su camino, alejándome de aquellos que, sin miedo a equivocarme, la seguirían por el terraplén para acabar con lo que habían iniciado en el camino.

Un seco trastazo dio por finalizado el accidentado descenso. En ningún momento solté el manajo de llaves: mi única vía de escape. Mareado y aturdido, sintiendo el dolor en cada recoveco de mi piel, me liberé pies y manos. «*Gracias, Vero*». No requerí abrir la celda: uno de los costados brillaba por su ausencia.

Una vez fuera, un penetrante pinchazo me recordó que llevaba dos flechas clavadas en el muslo. Al fin pude partir el astil alzado sobre mi piel. Renqueante, anduve entre los pinos, escuchando a mi espalda el sonido de una batida.

«Imposible escapar. Rastrearán la sangre».

El sol se escondía tras oscuros nubarrones. Ante mí se vislumbraba una arboleda eclipsada por la falta de luz, pero que aún podía alardear de bellos tonos esmeralda.

Cojeé hasta un roble, parapetándome tras su ancho tronco. Allí, jadeante e

iracundo, decidí acabar mi periplo existencial de un modo honorable.

«Os mataré a todos».

—¡Dispersaos! —escuché a mi espalda, no demasiado lejos—. ¡Buscad por los alrededores! ¡Se esconde cerca!

«Prior».

Me aproximé a una gran piedra que no pasaba desapercibida; los que cazaban también la verían. Me embadurné la mano con la sangre que descendía por mi muslo, y dejé en ella la marca roja de mis cinco dedos. Luego, apreté las heridas con el pañuelo que siempre llevaba encima; evitaría por un tiempo que el fluido me delatara. Volví al resguardo del tronco. Esperé jadeante y mareado, en silencio. Aguardé a que mi presa cayera en la trampa.

No tardé en percibir pasos: un crujir que revelaba un andar lento y cauteloso tras de mí. Rodeé el árbol, lo interpuse siempre entre mi cuerpo y el del hombre que pretendía ajusticiarme. Poco a poco superó mi posición, pasando de estar detrás, a estar delante.

Le vi escudriñando, acercándose al señuelo mientras sujetaba su arco cargado y listo. Vestía una armadura ligera y, lo más importante: enfundaba una *gladius*. Lamenté que no fuera Prior.

«Ahora saborearás lo que se siente al ser degollado, hijo de perra».

Corrí hacia su cuello como un lobo hambriento se abalanza a la yugular de un ciervo. Se alertó, pero no tuvo tiempo de girarse y, mucho menos, de apuntarme con su arma. Le agarré y lo oprimí tan fuerte como pude, tapando su boca con la extremidad que no le estrangulaba. Espalda contra pecho; brazo contra gaxate. Le alcé del suelo mientras sus piernas pataleaban. Soltó el arco y la flecha, e intentó agarrar la espada. Las convulsiones de su cuerpo agónico le permitieron acariciar su empuñadura.

Antes de que la muerte alcanzara definitivamente a aquel desgraciado,

extraje el filo de su funda y le liberé. Al mismo tiempo que se desplomaba seccioné su garganta, regando la hierba con sangre.

Me coloqué su pechera y cinto. Ahora iba bien armado.

«Usaré mis últimas fuerzas para vengar a Vero y la muerte que me espera».

Con la zona despejada y mis perseguidores ignorando la ausencia de su compinche, pasé a ser cazador. La ira y la sed de venganza solaparon el dolor; por un instante, no parecía estar herido de gravedad.

Desfilé de un árbol a otro agudizando mis sentidos, apartándome del cadáver. Detecté un crujido entre la espesura. Le vi, como el anterior, alzando su arco en mi busca. Una pena: tampoco era Prior. Tensé la cuerda y apunté lo suficientemente cerca como para no fallar. El dardo le traspasó el cuello, evitando así que alertara a sus «amigos». Me acerqué al cuerpo tirado sobre el solado del bosque. Clavé mis pupilas en las suyas mientras se vaciaba, intentaba convocar a sus compañeros. Lo único que consiguió fue esputar sangre, arrancar flemas y arrojarlas por la boca. Podría haber acabado con el sufrimiento de aquel hombre, regalarle un acto de compasión; no lo hice. Dejé que advirtiera cómo se le escaba la vida lentamente.

Me dispuse a proseguir cobrando presas, pero un vahído me tambaleó, tirándome al suelo. Suspiré. Apenas podía aguantar el arma entre las manos. Deambulé buscando un lugar donde refugiarme hasta alcanzar el resguardo de la noche. Resultó imposible.

Sentado contra un pino, moribundo, aguardé el fin. Miré el pañuelo atado en mi pierna; más rojo que nunca. Cerré los ojos y la recordé por última vez. «Eres un ingenuo, Spurius Atiusanus», escuché como un eco en mi cabeza. Las palabras de Iulia se mezclaban con las voces de mis hostigadores, cada vez más claras.

«No podré buscarte en esta vida. Te esperaré en la siguiente».

Al borde del desmayo abrí los ojos. Quería contemplar el rostro de mi

verdugo, asegurarle que esperaría su llegada en el otro mundo.

«Al menos he arrastrado a dos conmigo».

Sonreí.

Una borrosa silueta abarcó mi campo visual. *«¿Prior?»*.

Solté el arco y perdí el conocimiento.



«Caronte, ¿eres tú? —pregunté ausente, ¿soñando? Vi el turbio perfil de un hombre—. No puedo pagarte. Mi bolsa está vacía».

Sufrí el mayor de los desconuelos. La imagen de Vero sobre un fondo negro apareció fugazmente, deambulando mientras arrojaba sangre por el cuello.

«Búscame».

—¿Julia?

Inmerso en una negrura cerrada hice lo que pedía, mas ni rastro de ella. Solo palpé la soledad como nunca antes. Pena, aflicción..., desesperanza.

«Por qué os empeñáis en dejarme aquí, dioses. Permitid que desaparezca».

Intenté alzar el brazo al tiempo que mis ojos se humedecían, pero una mano lo descendió de nuevo allí donde fuera que reposaba.

—Descansa, Serpiente —escuché en un susurro.

«¿Estoy sobre un lecho?».

Y de nuevo la oscuridad.

De nuevo la nada.

—¿Se va a curar? —La voz de una niña resonó en mi cabeza.

—Es fuerte...

Me hallé de pronto en plena Vía Apia, entre los hombres agonizantes que

murieron durante aquel viaje que debió llevarme a Capua. Me observé cogiendo el manajo de llaves, despeñándome junto a dos mulas ladera abajo, antes de que Prior degollara a su maestro.

Y otra vez el silencio.

Otra vez el vacío.

Mis párpados se abrieron como la piel se rasga tras el beso de una espada. Me incorporé sin distinguir, atendiendo a una intensa turbiedad. Jadeante y confuso, sintiendo el dolor recorrer mi muslo, intenté apearme del lugar donde yacía.

—Eh..., tranquilo —susurró la misma voz varonil que había escuchado en «sueños»—. Aquí estás seguro. Tus perseguidores partieron hace mucho.

Poco a poco, las imágenes se aclararon. Sentado sobre una tabla de madera, alcé la vista para contemplar a mi salvador —sin duda estaba allí por su «culpa»—. Un hombre de ojos rasgados, cejas profundas y barba estirada, puntiaguda. Su pelo detentaba el color de la ceniza; sus pupilas, el del fruto de la vid. Vestía una túnica corta que le llegaba hasta las rodillas, atada a su cintura con una cuerda común. Calzaba unas sandalias viejas mil veces remendadas. Además, marcaba ligeramente las «erres» como «eles»; un deje que me resultó del todo curioso, incluso simpático.

—¿Dónde está mi pañuelo? —pregunté de pronto, al advertir que ya no estaba atado en mi muslo.

—Mira arriba.

Lo hice, viéndolo colgado de la pared. Sentí un inmenso alivio: era lo único que conservaba de ella.

Me recostó de nuevo. Dejé que aquel desconocido se apiadara de mí. La verdad: no podía rechazar sus atenciones ni aunque quisiera.

—Las heridas de tu pierna necesitan reposo. Las unté con un ungüento a

base de hierbas medicinales. Has superado la fiebre y la infección remite, pero todavía estás demasiado débil. Tuviste suerte de cruzarte en mi camino, ¿sabes? Nadie conoce estos bosques como yo.

—¿Y a quién le debo la vida?

—A Enlai.

«*Los ojos te delatan, Enlai*».

—Spurius. —Asentí en forma de saludo—. Pero eso ya lo sabes, ¿cierto? ¿Y de dónde provienes?, si no es indiscreción.

—Del lugar que vosotros conocéis como Sérica. Aunque llevo tiempo alejado de mi patria.

—¿Eres un ciudadano del país de la seda? Recuerdo a mi profesor nombraros en algún momento. —Asintió. Tras su gesto, proseguí con las cuestiones—. ¿Y qué hace un extranjero tan especial como tú en las inmediaciones de Roma?

—Esa es una larga historia que en este momento no corresponde contar. Ahora voy a prepararte un caldo de verduras, necesitas regenerar fuerzas.

Asentí y me tumbé boca arriba, quedando absorto en los oscuros listones que le hacían de techo al hogar de aquel hombre extraño. Tenía mucho en que pensar.

«*¿Supondrán mi muerte?*».

Imaginé a Prior mintiendo ante el que ya no consideraba mi padre, jadeante, fingiendo estar conmocionado. «*Nos han atacado. Se han llevado a Spurius. He sobrevivido de puro milagro...*». Sin duda lo que yo haría de ser una rata inmunda.

«*Mis perseguidores creerán que la noche me engulló, que las heridas acabaron conmigo, que terminé siendo pasto de lobos —medité mientras Enlai removía el caldo—. Cuando nada me anclaba a este mundo, llegó Prior y me otorgó una razón más que digna para proseguir: la venganza*».

Como un rayo surcando el cielo, las palabras de Iulia atravesaron mi

mente: «*Búscame*».

Sin duda, dos motivos de peso para renacer como el Ave Fénix.

Más tranquilo, examiné la cabaña donde había despertado. Resguardaba bajo su picudo techo un amplio fuego, que no solo servía para evadir el frío, sino también para dotarla de un ambiente acogedor. Un caldero humeante colgaba sobre el crepitar de las llamas, desprendiendo un sutil aroma a verduras y hortalizas. Estanterías repletas de tarros, frutas, jarras, platos de madera... Una mesa y dos sillas talladas a mano, rudimentarias...

—Gracias —musité alicaído. Mi acompañante ladeó la cabeza.

—No iba a dejar que te cazaran como a un ciervo. Va en contra de mis principios.

«*La carta —pensé de pronto—. La llevaba Vero...*».

—¿Cuándo podré marcharme?

—¿Tienes prisa? Puedes quedarte con nosotros el tiempo que necesites.

«*¿Nosotros?*».

—Siempre te agradeceré lo que has hecho, Enlai, y no dudes que voy a compensártelo, pero tengo asuntos que resolver.

—Haber salvado una vida es y será mi recompensa. Y..., esas cuestiones que dices tener pendientes, ¿no pueden esperar? Tómame un tiempo. Recupérate. No encontrarás mejor lugar donde escapar de aquello que te condujo aquí. Cuando regreses a Roma para saldar cuentas, hazlo preparado —dijo mientras servía la sopa en un recipiente de madera—. Pronto serás capaz de andar. Luchar..., eso es otro cantar. Pero aquí tienes un buen pedazo de bosque donde ejercitar tus piernas.

—¿Me lees la mente, Enlai? Asemejas conocer mi pasado, mis intenciones...

—Vivo alejado de Roma, pero discierno lo que acontece en la capital. También percibo ira en tus ojos.

Rememoré su voz: «*Descansa, Serpiente*».

Se acercó con el cuenco donde había vertido mi pitanza. Empezaba a tener un hambre voraz.

—Toma. Te sentará bien.

Me ayudó a doblar la espalda. Exhalé un seco gemido. «Con cuidado», musitó. Cada palmo de mi cuerpo rezumaba dolor.

Sorbí el delicioso y caliente caldo. «Gracias», susurré fijando mis pupilas en sus singulares rasgos; la primera vez que contemplaba a un asiático.

Anciano aunque ágil, se movía por la habitación erguido y ligero, como espesa neblina sobre las aguas del Tíber. Al contemplarlo con mayor lucidez, atendí que la barba le llegaba hasta la cintura, y su pelo, grisáceo, le caía por la espalda hasta el mismo punto. Un hombre dispar.

«Debería hacerle caso y regenerar cuerpo y espíritu, aquí, alejado del mundanal ruido. Pasar un tiempo tranquilo y en «libertad», disfrutar del reposo que me otorga el estar «muerto». Meditar con calma el siguiente paso».

La puerta se abrió lentamente, alertando a mis sentidos. Enlai no se inmutó. Una niña entró en la cabaña acarreando tres troncos, supuse, para el fuego. Al verme, abrió los ojos de par en par.

—¡Estás despierto! —exclamó dando saltitos de alegría. Todos los leños cayeron al suelo.

Obviamente, no era su hija.

XVI

DESTINO Y AZAR

CUATRO DÍAS MÁS TARDE

—No está nada mal —agasajé cuando Leiza me la entregó. La sujeté en alto mientras la volteaba, fijándome en sus detalles—. Eres toda una artista.

—Pues claro.

Sonreí ante el contraste de sus córneas, blancas como el pelaje de un oso polar; su piel oscura como las sombras, sus dientes acompañados con sus luceros. Su sonrisa iluminaba el alma más desdichada; por momentos, conseguía incluso alumbrar la mía.

Exhibía una cicatriz allí donde lo hizo un estigma. Aquella laceración no evitaría que otros dedujeran su estatus. Mas quizá solo quería olvidarlo ella, no sentirse propiedad de nadie.

Me sentí incapaz de preguntarles el porqué de su retiro. Aunque en realidad, no lo necesitaba: dos esclavos huyendo de su destino.

—Si quieres aprender, ahora has de tallarte una *rudis* para ti.

—¿De verdad me enseñarás a luchar? —preguntó expectante ante la mirada de Enlai, que preparaba la comida junto al fuego.

—Claro. Por qué no. Es bueno que una canija aprenda a defenderse.

—No soy canija, culebrilla.

Reí.

—¿Culebrilla? Pensaba que era una ‘serpiente de arena’ —dije desenfadado mientras me frotaba el mentón.

—Si tú me llamas canija...

—De acuerdo, de acuerdo... —Alcé las manos en son de paz.

—Pues si me das clases, cuando puedas andar te llevaré de caza, ¿trato hecho? Soy excelente con el arco.

—Me parece bien. Tenemos un trato, entonces: yo te enseño a luchar y tú me enseñas a cazar, ¿de acuerdo?

—Acepto.

Nos dimos un fuerte apretón de manos. Sus deditos fueron engullidos por los míos.

De forma pasajera, entreví en mi mente al último hombre que maté en los bosques cercanos, con el cuello agujereado y la boca chorreándole sangre. Apreté los puños.

«Pagaréis por lo que hicisteis».

Llevaba mucho sin sentir el espíritu en paz. Solo Iulia conseguía dicho efecto, pero los demás se empeñaban en atribularlo cuando no estábamos juntos. Demasiados juicios, desprecios y trabas durante toda mi vida; demasiadas piedras en el camino. Mas con Leiza y Enlai, la senda se mostraba limpia y llana, sin prejuicios ni obstáculos que superar, más allá de una pierna renqueante. Me sentía a gusto en su compañía, y no pedían nada a cambio.

El asiático observaba sonriente cómo cerrábamos el acuerdo, iluminado por el rojo de las llamas. Se acercó.

—Leiza, por favor, ve a cortar leña.

—¿Ahora? —preguntó molesta, enfurruñada.

—Sí.

—Vaaaaaale...

Una vez estuvimos a solas, se sentó a mi lado, como siempre pausado y grácil.

—Voy a cambiarte los vendajes.

Asentí.

Desenvolvió mi muslo dejando a relucir las dos heridas, untándolas con el ungüento elaborado a base de plantas medicinales con el que me curaba.

—Quizá me inmiscuya donde no me llaman —musitó mientras me forraba de nuevo la pierna—, pero me gustaría conocer tus intenciones. Cuando te recuperes, ¿qué vas a hacer?

—No puedo volver a lo que fue mi hogar —contesté meditativo, apenado—. Mi padre adoptivo nunca permitirá que sea libre. ¿Mi única opción?: una *rudis* concedida por el mismísimo emperador Trajano. Soy un esclavo, sí, pero nadie contradice los designios del Cesar. ¿Y sabes qué, Enlai? —Se encogió de hombros—. Lo rocé con la yema de los dedos. Diez combates más y... —Negué con la cabeza al tiempo que una tremenda impotencia me corroía el alma.

»De estar a las órdenes de mi antiguo amo y lanista, no podría conseguirlo. Cuando se acercase el momento me retiraría y convertiría en doctor, para evitar lo que sin duda merezco. Además... Estoy enamorado de su única hija, que, asimismo, acaba de comprometerse con el hijo de un senador.

Enlai alzó las cejas.

—En menudo embrollo te has metido, Serpiente.

—Sí... —Suspiré.

—Entonces, para conseguir la libertad nadie puede saber quién eres, ¿cierto?

—No veo otro modo. ¿Algún consejo?

—No, Spurius. Solo tú tienes derecho sobre tu existencia. Pero puedo proponerte un trueque: me ayudas y te ayudo. Si accedes a mis demandas, haré que vuelvas a pisar la arena.

»Creo que ha llegado el momento de contarte mi historia, nuestra historia —prosiguió el asiático—. Mi antiguo amo disfrutaba comprando esclavas multirraciales: asiáticas, negras, moras... Sobre todo adolescentes bellas y lozanas. Por ello compró a Leiza a tan corta edad. Las usaba como siervas sexuales, organizando orgías, llenando salas de esclavos y esclavas jóvenes, vino y abundante comida. Se deleitaba desvirgando a las niñas cuando apenas eran mujeres.

»Cuando tuve la oportunidad de escapar con ella, no lo dudé. Todavía sin mancillar, me vi incapaz de dejarla con aquel monstruo. Pasamos penurias y tormentos antes de conseguir establecernos en el que ahora es tu hogar. Llevamos aquí tres inviernos, y como puedes ver, nos las apañamos. Mas no quiero que se pase la vida huyendo.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —cuestioné intrigado.

—Mi amo gozaba de las luchas de gladiadores como pocos —explicó abstraído en el vendaje, como si a través de la tela pudiera rebuscar en el pasado—. Pero los días de juegos empezaron a saberle a poco. Su sadismo le llevó a buscar «veladas» de turbia reputación. Combates a cuerpo descubierto donde la sangre salpicara su rostro, donde las apuestas corrieran como filos sobre la piel; y me llevaba consigo cuando acudía a dichos encuentros clandestinos.

»Conozco a un lanista que no hará preguntas. Puedo conseguirte un punto desde el cual ascender hasta los anfiteatros.

«Parece ser, que las Parcas^[26] al fin están de mi parte».

—Y ahora viene cuando me dices qué quieres a cambio, ¿no?

—Exacto. —Asintió casi haciendo una reverencia—. Lo que te pido es que compres la libertad de Leiza.

—¿Que pague por una esclava fugada?

—Sí. Yo mismo te conseguiré el doble de lo que pagó por ella. Piénsalo: seré el único conocedor de tu verdadera identidad. Apostaré por la Serpiente de Arena mientras los demás solo ven a un mendigo.

»Cuando ganes tu *rudis*, serás un hombre libre y de renombre. Será entonces cuando te acerques a la *domus* de mi amo y le compres una esclava que no posee. Merece ser libre, Spurius.

«Lo merece. Y tú..., eres un hombre de honor».

—No es tan sencillo, Enlai. Pero prometo hacer lo que esté en mi mano.

—Con eso me basta. Sé que eres un hombre de palabra. En fin..., ahora vuelve a ser el gladiador que fuiste.

—La serpiente está dormida —pronuncié como si en aquella cabaña solo estuviera yo—. Solo hay que despertarla.

Se alejó hasta una esquina, agarrando algo que no pude identificar.

—Toma. —Me entregó un bastón con uno de sus extremos planos, donde supuse debía apoyar mi axila—. Empieza a andar, muévete, doma esa pierna.

VEINTE DÍAS DESPUÉS

Me aparté justo cuando su *rudis* a punto estaba de golpear mi estómago. Pasó por mi lado como una exhalación, dándose de bruces —con la ayuda de mi pie derecho— contra la hierba.

—Jajajaja... —reí burlón mientras me miraba iracunda desde el suelo—. ¡Controla ese ímpetu, canija!

Se alzó con el pelo tapándole el rostro, jadeante.

—Te voy a arrancar a espadaos esa sonrisa de la cara, culebrilla —

amenazó mientras se sacudía rastrojos de su negra y brillante piel. Resultaba curioso presenciar cómo un ser tan frágil y dulce, arremetía con tal furia.

Atacó comedida, guardando las distancias. La madera chocó arriba y abajo, a mi izquierda y a la suya. Se esmeró en que su *rudis* me tocara, pero no lo conseguía. Y yo no iba a darle una mísera concesión.

«*Como yo aprendí: mordiendo el polvo* —pensé mientras recordaba mi primer combate».

La clase terminó. Ella, como siempre, parecía decepcionada.

—Lo has hecho muy bien —la alenté mientras enmarañaba su pelo.

—¿De verdad? No te he dado ni una sola vez.

—Nadie nace enseñado, ¿no?

«Supongo», musitó un tanto alicaída.

—Pero tus maneras prometen, y mucho.

Sonrió mostrando un ápice de ilusión.

—Ahora súbete a mi espalda. Estas piernas necesitan levantar peso.

En aquel claro del bosque se encaramó de un saltito.

—Vamos a ver qué ha preparado el viejo. Sus guisos cada vez saben peor, ¿no crees?

Una risa despreocupada se escuchó justo en mi nuca.

—No seas malo, Spurius —dijo al tiempo que su aliento me calentaba la nuca; un soplo de aire cálido y reconfortante.

La cabaña se escondía tras dos árboles, y no por casualidad. Construida con troncos y tablillas, se mimetizaba perfectamente con el entorno. Enlai derribó varios pinos en los accesos a la apartada zona, evitando de ese modo incursiones indeseadas. Las verduras y hortalizas las cosechaban en un pequeño huerto cercano a la vivienda. Un lugar rebosante de verdes, marrones y grises; copas, tronchos y rocas donde todo pervivía bajo una fina capa de sencillez. Me aseaba con un cubo y una esponja, con el agua extraída

de un pequeño estanque. Me vestía con una amplia túnica obsequio de mi anfitrión, que me hacía parecer un leproso —no ayudaba el hecho de llevar más de veinticinco días sin afeitarme—. Comíamos sobre una mesa tallada a mano. Leiza y Enlai se sentaban sobre sus sillas confeccionadas del mismo modo; yo, sobre un leño de olivo.

Por las noches contábamos historias a la lumbre del fuego: leyendas, mitos o grandes epopeyas. Leiza solía inventárselas, robándonos sonrisas. Sin pactarlo, nadie echaba la vista atrás. El aquí y ahora eran los únicos momentos. Pero yo no podía olvidarla; no era capaz de borrar a Iulia de mis pensamientos.

«*¿Se habrá celebrado el enlace?* —me preguntaba cada noche antes de intentar dormir—. *¿Será dichosa?*»

Aunque el simple hecho de imaginarla con otro me lastimaba, lo único que deseaba era su felicidad. Mas por otra parte, aspiraba a ser la llave de su bienestar, el único dueño de su cuerpo y alma. Aspiraba a que pensara en mí como yo lo hacía en ella.

Enlai nos deleitaba con extensas descripciones de lugares que había visitado. Yo me preguntaba cómo un hombre culto y sabio como él, acabó bajo el yugo de un amo. Esperaba que algún día me contara esa historia.

Pensaba mucho en lo que había dejado atrás: «madre», «padre», Petronia, Iulia..., una trayectoria como gladiador, los entrenamientos..., una vida acomodada y familiar. Sabía que la esclava aún lloraría mi pérdida, al igual que la madre y la hija; esperaba que el marido y el padre también.

Algo me decía que volvería a verles.

Cuando me acostaba, Enlai aleccionaba a Leiza. Le enseñaba a hablar correctamente, a leer o a comportarse en la mesa. Desde mi lecho les observaba complacido.

«*Haré lo imposible por corresponderos* —pensé frotándome la barba—.

Os lo debo».

UNA SEMANA MÁS TARDE

—Despacio —susurró agazapada entre los arbustos, con flecha y arco entre las manos—. Aquí suelen acercarse a beber.

La seguí entre los árboles hasta avistar un pequeño lago. Tras un tiempo a la espera en absoluto silencio, surgió de la espesura un ciervo de imponentes cuernos: una gran pieza.

—No puedes cazar algo así con una flecha de madera —le dije extremadamente bajo, acercando mi boca a su oído—. Quizá un conejo. Pero a un ciervo solo conseguirás dañarlo; y eso con mucha suerte. Un animal de tal envergadura puede recorrer millas herido de muerte.

—Qué sabrás tú —murmuró mientras tensaba la cuerda, apoyando en su mejilla las plumas clavadas en la parte trasera del astil.

Estuve tentado de soltarle un cachete.

Apuntó al animal, que bebía desconocedor del peligro. Apretó los dientes y se dispuso a soltar la flecha. Me alcé.

—¡Ah...! —grité moviendo los brazos.

El ciervo se espantó, adentrándose de nuevo en la espesura. La saeta pasó a más de dos palmos de su pelaje.

—¿Pero qué haces?! —exclamó fuera de sí.

—Evitar que por un simple afán de mostrar puntería, hieras a un animal.

—¡Tú has matado a muchos hombres! —renegó visiblemente enojada.

—Gladiadores que pretendían acabar conmigo. —La agarré de los hombros, sujetándola con fuerza, mirándola fijamente a los ojos—. La

mayoría sentenciados a muerte, criminales... Cierto es que otros eran prisioneros de guerra, e incluso algún hombre libre. Pero a ninguno le atacé por la espalda, ¿entiendes? Cazar para comer es una cosa; hacerlo por diversión es otra muy diferente. La vida es el don máspreciado que poseemos, y no debe arrebatare a la ligera.

Miró hacia el suelo y se arrancó a decir algo, pero solo un transigente suspiro salió de su boca, confiriéndome la razón.

—Volvamos a casa. Quizá por el camino encontremos algún conejo — musitó cabizbaja.

Sonreí cuando no me miraba.

Abrí la puerta, encontrándome a Enlai junto al fuego. No hacía frío, pero la noche no tardaría en caer, trayendo consigo una bajada de temperaturas considerable.

—Estoy listo —dije nada más entrar—. Puedes llevarme donde se efectúan esas luchas clandestinas.

—¿Seguro? Vamos a comprobarlo.

Sin mediar una palabra más, cogió un cucharón y se acercó amenazante; mi cara de incredulidad y la de Leiza no tenían parangón.

—Te va a atizar —susurró divertida la pequeña.

—No creo —contesté nada seguro, preparado por si llegaba el caso.

«Capaz de arrearme».

Cuando lo tuve a menos de diez palmos, alzó su peculiar arma y me atacó como un gladiador enfurecido. Leiza se desternillaba a nuestro alrededor, aplaudiendo las arremetidas de Enlai, festejando mis apurados esquives. Para rondar los sesenta años, se movía con una inesperada agilidad. Me hizo «bailar» por la cabaña al son de sus «cucharazos», pero no consiguió alcanzarme con ninguno de ellos. Cuando le pareció oportuno, se giró y continuó preparando la cena. Antes de remover el guiso con su «acero», de

espaldas, murmuró: «Pues sí que estás preparado». Mi cara reflejó una mezcla de alucinación, asombro y guasa; una ceja se me quedó alzada. Entretanto, la pequeña seguía pariéndose de la risa.

XVII

INMUNDICIA

—Quiero que me rasures la cabeza —le pedí a Enlai nada más despertar —. Con barba y sin pelo será más difícil que me reconozcan.

—Bien pensado.

—Vas a estar muy feo —opinó Leiza efectuando un gesto de desagrado.

—Un mal menor, canija. Esta noche apremia pasar desapercibido.

Se encogió de hombros.

Mi amigo —el único que tenía—, me ofreció una de las dos sillas existentes en la cabaña. Tomé asiento y, cuchillo en mano, cortó mi cabello, cayendo los primeros mechones sobre hombros y suelo. Leiza observaba en silencio mientras se mordía las uñas, aparentando sufrir con cada tajo. Tras la primera pasada, me untó la cabeza con aceite. Ese hecho me llevó a formularle una pregunta:

—¿Compras en la ciudad, Enlai? Aceite, un cuchillo, cacerolas... Hasta ahora no había incurrido en ese detalle.

—De vez en cuando me acerco a las afueras de Roma y comercio en los suburbios —explicó mientras deslizaba el filo por mi sesera—. Hay cosas, como este puñal, que no puedo conseguir en un bosque. Finjo ser un mendigo; el rostro siempre cubierto por una capucha. De todas formas, aquellos pobres desgraciados ya tienen suficientes problemas como para estar fijándose en los demás. El día que me crucé contigo venía precisamente de

allí. No he vuelto desde entonces.

«*Todo en esta vida conlleva un riesgo. Que me lo digan a mí...*».

—¡Listo!

—Esperaba algo mucho peor —confesó Leiza—. Aunque das miedo.

—Esta noche tengo una cita con hombres a los que es mejor dárselo.



Ocultos bajo dos amplias capuchas, andamos aproximadamente cinco millas bosque a través hasta pisar la Vía Apia. Sobre el empedrado, transitamos dos más hasta alcanzar los suburbios.

Había contemplado antes el lugar, pero nunca tan de cerca. Un acervo de pobreza e inmundicia, de miserables bloques de viviendas habitados por inmigrantes y fuera de la ley. Lupanares, proxenetas y prostitutas, ladrones y prófugos... Nosotros pertenecíamos al último de esos grupos. A los pies del monte Esquilino, el Viminal y el Quirinal, caminamos entre miserias.

Nos fuimos con lo puesto. Según Enlai, aquella noche no necesitaba nada más.

—Este es el barrio de la Suburra, donde empieza la *Cloaca Maxima*: nuestro destino —ilustró mi acompañante.

—Lo sé. Tuve un buen profesor.

«*¿Qué habrá sido del viejo Tiberio? ¿Me habrá visto luchar en la arena?*».

Entramos en un callejón ante la atenta mirada de un par de maleantes —si no lo eran, lo parecían—. Tras superarlo, Enlai se acercó a unas estrechas escaleras que bajaban hasta el alcantarillado.

—Por aquí —me indicó con un ademán.

Descendimos hasta encontrar una reja alumbrada por una antorcha. Enlai la empujó; el metal no opuso resistencia. Agarró la lumbre —no parecía estar ahí por casualidad—, y traspasó la puerta, deteniéndose en el margen de la

pestilente agua, bajo la arcada de piedra. Ante nosotros, un largo y estrecho pasadizo.

«¿Aquí se celebran peleas?».

—Un par de apuntes —expuso el asiático, que apenas dejaba ver su rostro bajo la capucha—. Es muy probable que mi amo esté presente, así que mantendré las distancias. Yo me encargaré de conseguir una buena pelea y de apostar a tu favor; tú, límitate a pelear.

»Habrá pocos lanistas; por lo general, envían a esclavos *manumitidos*^[27] a investigar, haciéndose con los servicios de los que creen aptos para rendir en un anfiteatro. Hoy, lo importante es que te dejes ver, que en los foros más privados y oscuros de Roma salga a relucir tu nombre.

»Los luchadores que encontrarás no son esclavos, sino los granujas que has visto ahí arriba. —Señaló con su dedo índice la piedra a nuestras cabezas—. Combaten por un pedazo de pan, Spurius; esos hombres no tienen nada que perder.

Tras Enlai, recorrí aquella cloaca que descargaba sus desperdicios en el Tíber, en los alrededores del puente Emilio.

—¿Sabes? —pregunté retórico. Mi voz resonó en el angosto túnel—. Cuando el río crece —lo que suele hacer con frecuencia—, se produce un fenómeno de reflujo; es decir, las aguas negras salen por los retretes de las casas, dejando prácticamente a la ciudad flotando en su propia mierda. No es agradable, te lo aseguro.

—Lo sé. Reza entonces para que esta noche no sea una de mierda.



En algunos tramos el agua nos llegaba a las rodillas; en otros —por suerte—, andábamos por el borde de aquel caldo negro. Bajo la ciudad, la humedad, las ratas y el frío se hacían latentes.

«Seguro que somos los únicos en entrar por aquí —me lamenté—. Aunque supongo que es un mal necesario».

El hedor resultaba insoportable. Pensar que las defecaciones de media Roma tocaban nuestra piel... Algunos residuos flotaban como troncos en un río. Intentaba no pensar demasiado en ello.

—Ahora estamos bajo el Foro —informó mi cicerone con el fuego siempre en alto—. Ya falta poco.

Un tramo más tarde, un murmullo de voces —más bien gritos— se escuchó a lo lejos, presagiando lo cercano de las peleas.

La cloaca se bifurcó a la derecha y, tras los pasos de Enlai, vi lo que habíamos ido a buscar allí: un centenar de hombres envolviendo a dos luchadores. Peleaban sobre un reducido entablado, elevado sobre el nivel del flujo. Tan escaso, que entre público y combatientes apenas restaban cinco palmos. Alumbraban la diminuta plataforma seis antorchas apoyadas en lo alto de los arqueados muros. Un rincón asqueroso a los pies de Roma.

«Ascender desde abajo; nunca mejor dicho».

A lo lejos, observé cómo un chorro de sangre volaba sobre las cabezas de los que, brazos alzados, animaban a matar.

El conducto se ensanchaba y el agua descendía. Aun con todo, el agua mojaba el entarimado; los pies de los presentes chapoteaban en la «mierda».

«Esto no es una lucha de gladiadores, es una repulsiva carnicería privada».

Al término del deplorable espectáculo, cuando el círculo se deshizo dejando a la vista al perdedor tirado sobre un charco de sangre, mi acompañante silbó. Como ya previno con anterioridad, se mantuvo en todo momento alejado del barullo.

Un hombre se acercó alertado por el sonido.

—¿Quieres apostar? —preguntó cuando nos tuvo delante. Tan delgado que parecía estar muriéndose de hambre, con una intensa negrura

envolviéndole los ojos.

—Apostaré. —Me señaló con el mentón—. Él luchará.

—Un poco tarde, ¿no crees?

Enlái extrajo de su túnica una bolsa rebotante de monedas.

«¿De dónde las habrá sacado?».

Al verlas, el hombre de ojos claros rectificó:

—Nunca es demasiado tarde, quería decir...

—Todo a Ferox, mi luchador —le indicó, siempre oculto tras su oscura caperuza.

El encargado de las apuestas se inclinó, intentando atisbar su rostro.

—¿Y se pude saber con quién estoy hablando?

—No. No se puede, rata inmunda.

—Relajémonos... —dijo sonriente, alzando los brazos en un gesto pacificador—. Me basta con tus monedas. —Me miró por primera vez. Yo tampoco le permití que viera mi semblante. Una estupidez, pues tarde o temprano tenía que mostrarme ante todos—. Tras el próximo combate, Ferox. Estate preparado.

XVIII

A CUERPO DESCUBIERTO

—Quédate en paños menores —rogó Enlai.

—En mi brazo reluce un *stigma*, ¿recuerdas?

—Cúbrelo con tu pañuelo. Nadie va a fijarse. Esto no es un anfiteatro precisamente. Aquí solo acuden maleantes en busca de monedas que intercambiar por algo que llevarse a la boca.

«*De eso ya me había dado cuenta*».

Obedecí. Aunque me sentía capaz de acabar con cualquiera de esos hombres, lo importante del momento me intranquilizaba. Por otra parte, ansiaba ejercitar mis músculos después de tanto tiempo inactivo.

Cubierto únicamente por mi *subligaculum*^[28] campestre, me acerqué donde no tardarían en reclamar mi presencia. Enlai no me siguió, abandonándome a mi «suerte».

Uno de los luchadores cayó. Retiraron el cadáver y empezaron las apuestas.

—¡Ferox contra Aulus! —gritó el hombre que nos recibió, señalándome a mí y a mi contrincante: un hombre escuálido al que se le marcaban incluso las costillas.

«*¿Alguien habrá apostado por él?*».

Una vez decidieron por quién arriesgar sus denarios, me vi dentro de aquel «círculo humano»: mi «arena» aquella noche.

Me agasajaron, golpeándome levemente los hombros, incluso agarrándomelos, gritándome al oído..., incitándome a matar. A algunos les interesaba —y mucho— mi victoria, y me lo hacían saber con sus enaltecimientos. «¡Ese enclenque no es rival para ti!», escuché entre la mezcolanza de voces. «¡Sácale las tripas y tíralas al agua!».

Los ojos del que había de sacrificar ante aquella muchedumbre enloquecida reflejaban un miedo atroz. No entendía cómo un hombre así permanecía donde estaba, pero seguro le había arrastrado a hacerlo un mal mayor.

Deslizaron una bandeja de madera ante cada uno, con tres armas usadas mayormente por la legión: una *clunacula*^[29], un *marcobarbulo*^[30] y un *pugio*^[31]. Elegí la primera: la más parecida a una *gladius*. Aulus se decantó por el *marcobarbulo*.

«Solo busca sobrevivir —pensé mientras observaba a mi rival; demasiado delgado para siquiera aguantar uno de mis lances—. *Es injusto que muera por el simple hecho de aspirar a una vida mejor*».

Agarré con fuerza la empuñadura de la *clunacula*. La así con el filo hacia abajo, como si pretendiera alzarla y apuñalar a aquel pobre desgraciado. Nada más lejos de la realidad.

Un hombre se interpuso entre nosotros al tiempo que yo miraba el pañuelo amarrado en mi brazo derecho, bajo el cual se escondía mi marca.

«*Julia, ¿dónde estás?*».

—¡Luchad! —gritó apartándose de inmediato.

«*A dormir, Aulus*».

Lancé el puño contra aquel que, en guardia, incluso cerró los ojos al advertir lo que se le venía encima. Mis nudillos, que amarraban con fuerza la empuñadura, traspasaron su defensa lateralmente, impactando en su mentón. Un golpe rápido, certero e imprevisto. Los dientes volaron junto a un chorro de saliva mezclada con sangre, tocando el entarimado al mismo tiempo que

su cabeza.

«*Mejor sin dientes que sin vida. Espero que te sirva de lección, que te aleje de este lugar de muerte*».

Un silencio sepulcral invadió la *Cloaca Maxima*.

«¿*Esperabais más, desalmados?* —cavilé entretanto observaba los sorprendidos rostros de los que me envolvían—. *Sois escoria. No pienso daros vuestra ración diaria de sangre*».

Alcé los brazos y la *clunacula*.

—¿Eso es todo?! —Pasé del pensamiento a la palabra sin apenas darme cuenta. La rabia me invadía por completo—. ¿Ya está, degenerados?! ¿Un desesperado famélico es todo lo que podéis ofrecerme?! ¡Esto no son luchas! Que os den por culo.

Sorpresivamente, el silencio se rompió en mil clamores. Disfrutaban con el espectáculo que estaba dando.

Entonces, la maraña de cuerpos se abrió, emergiendo de ella un hombre alto, fuerte y robusto. Un «uhhhhhh...» se escuchó al unísono.

El «espontáneo» gritó como un demente, acrecentando el bullicio general. De cabeza rasurada y larga barba, piel morena y ojos claros, parecía mi hermano mayor.

—¿Querías un oponente a tu altura, mamarracho?! —vociferó clavándome la mirada. Al igual que yo, vestía únicamente un *subligaculum*—. ¡Pues aquí lo tienes, rata inmunda!

Una estridente carcajada exhaló de su boca. Yo permanecí impertérrito, urdiendo la forma de matar —pues a él sí iba a cortarle la risa de golpe—, a ese mastodonte.

Eligió la misma arma que yo sujetaba.

El hombre que inició la anterior pugna se colocó de nuevo entre nosotros.

—¡Ferox contra Manius! —anunció mientras las apuestas se efectuaban a toda prisa—. ¡Luchad!

Como hice con Rufo, me quedé quieto. Y como era de esperar, Manius atacó sin miramientos. Blandió su *clunacula* de arriba a abajo, pretendiendo partirme en dos. Di un leve paso cuando el arma a punto estaba de herirme, ejercitando el mismo movimiento que él acababa de intentar: un tajo rápido y descendente. Rebané su brazo a la altura de la muñeca. La sangre brotó como la lava de un volcán. Me aparté al tiempo que, entre alaridos, regaba a los asistentes, incluso a mí mismo. Le arree una patada en el pecho para acallar sus llantos, tirándolo contra el público. Cuatro brazos evitaron que se diera de bruces contra el entablado. Me lancé veloz y salté, suministrándole un fuerte puñetazo tal cual descendía. Se desmayó, cayendo sentado sobre la madera. Su mano cercenada quedó a mi espalda.

Le arrastraron fuera de mi vista.

No supe más de él.

Sin mediar una palabra me marché a empujones, apartando al público con desdén.

Caminé hacia Enlai manchado de rojo, dejando atrás la algarabía. Una vez a su lado, le musité al oído:

—Lo que se dice llamar la atención, creo que la he llamado, ¿no? En los foros más privados y oscuros de Roma saldrá a relucir mi nombre, te lo aseguro.

Asintió de forma pausada.

Mi amigo recogió sus ganancias. En vez de una, marchó con tres bolsas.

—¿Nos vamos? —le pregunté deseoso por contarle nuestra «aventura» a Leiza. Los combates proseguían sobre el entarimado.

—Todavía no.

Un hombre joven se acercó al asiático, entregándole una nota.

—Por si os resulta interesante —dejó caer en un susurro.



—¿Qué dice la nota? —pregunté ya en las calles de la Suburra. Hasta entonces, el silencio había reinado el trayecto de vuelta a casa.

—Lo leeremos al llegar —murmuró Enlai—. Hoy todo lo esperado ha salido mal, y al mismo tiempo de forma inmejorable.

—Explícate.

—Muy sencillo: el lanista que esperaba encontrar no ha acudido a su habitual cita. Luego, tu oponente no era precisamente uno por el que apostar un denario. En cambio, en mi bolsillo reposa una nota que sin duda es una invitación, y no demasiado lejos de esta, tres bolsas llenas de monedas. Tu arranque de locura y desprecio nos ha venido de maravilla. Nadie esperaba que despacharas a esa mole.

—Entonces, ¿no piensas leerla hasta llegar a la cabaña?

—Exacto.

—Disfrutas fastidiándome, ¿verdad?

—Correcto.

Sonreí.

Hablé nada más pisar su suelo:

—Léela de una vez, asiático hostigador —susurré. Leiza dormía, y a ella no la despertaba ni una estampida.

Enlai extrajo la nota de sus ropajes, la desplegó y leyó para sí mismo, alzando las cejas en varias ocasiones.

—¿Y?

—Te citan en el *Ludus Magnus*.

Tras quedarme un instante sin palabras, dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Tendrás que borrar mi *stigma*.

XIX

LUDUS MAGNUS

—Eh, despierta —escuché aún adormecido—. ¿Cómo fue en la *Cloaca Maxima*?

—Bien —me di la vuelta, dándole la espalda—. Déjame dormir un rato más, canija.

—¿Solo bien? —Me agarró del hombro con sus manitas, colocándome de nuevo boca arriba—. No pienso dejarte dormir, culebrilla. Habla.

Adormecido, cansado y latoso, me senté. Estiré los brazos sobre la cabeza, emitiendo estos un crujido unísono; como la mandíbula de Manius la noche previa.

Enlái seguía durmiendo. «*Una larga caminata la de ayer*», pensé mientras le observaba con la boca abierta, emitiendo leves ronquidos.

—Por lo visto, quieren que luche para el *Ludus Magnus* —dije al fin—: la mayor escuela de Roma.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí. Pero temo que alguien me reconozca. Además, tendré que eliminar mi *stigma*, quedando en su lugar una cicatriz visible.

—Pero todos creen que estás muerto. Y tus compañeros de *ludus* no estarán allí. Son esclavos, y no se les permite salir...

—En el *Ludus Magnus* entrenan muchos gladiadores. Supongo que no será difícil pasar desapercibido. Mi nuevo aspecto también es un punto a

favor.

—¿Y cuándo te marchas?

—Aun con todos los contras no tengo otra alternativa, si quiero ganar mi libertad, «y la tuya». Por otra parte, tengo varias ventajas: saben de mis cualidades y no he sido yo quien ha acudido a ellos; confiarán en mi nueva identidad. Partiré hoy mismo.

—¿Y quién es el nuevo Spurius?

—Un pobre habitante del barrio de la Suburra.

Leiza se acercó, abrazándome con dulzura.

—¿Volverás?

—No lo dudes, canija.

«Siempre estaré en deuda con vosotros».

Tras despertar, Enlai se acercó con el mismo cuchillo que había rasurado mi cabeza.

—¿Preparado? —preguntó alzándolo, mostrando su grisáceo y afilado filo.

—Procede.

Me senté, estirando mi brazo sobre la mesa.

—Leiza, ve a por leña —reclamó el asiático.

—No —contradijo la pequeña, de brazos cruzados—. Quiero verlo.

—No seas cabezota... —dije intentando convencerla por las buenas—. Algún día puede que te canses de ver sangre, pero hoy no es ese día.

Negó con la cabeza de forma vehemente.

Me alcé de la silla furioso, con la cabeza alborotada por mil dilemas, cansado de, a cada paso, encontrar una maraña tras otra.

—¿Qué es lo que no has entendido?! ¡Que vayas a por leña, cabeza hueca!

Abrió los ojos de par en par, arrancando a correr entre llantos, cerrando la

puerta de un portazo. Me quedé de pie, arrepentido al instante.

—Lo siento —dije sentándome de nuevo, colocando mi antebrazo al servicio de Enlai.

—Se le pasará. A veces necesitan un poco de mano firme.

Agarró mi piel con una mano, pellizcándola, haciendo un montículo con ella; con la otra empezó a cortar. El dolor resultaba intenso. No dejé de mirar lo que hacía, de fijar mis pupilas en esa sangre que bajaba por mi antebrazo hasta mojar la madera. Apreté los dientes mientras pensaba que, como aquel *stigma*, muchas cosas debían desaparecer de mi vida; hacerme a la idea de que el pasado no volvería, que lo sensato era conseguir mi libertad y la de Leiza, y «huir» con ella y Enlai al campo a vivir tranquilos. Lo único que no cuadraba en mis pensamientos era hacerlo sin Iulia. Pensar en no volver a verla... Pero estaba —o estaría— casada con otro; y ante eso podía hacer bien poco.

«No quería que esto sucediera, Spurius. —Recordé lo último que me dijo —. Siempre estaré contigo; estés donde estés y esté con quien esté. Pronto saldré de aquí. Búscame».

—Voy a cubrírtelo con una venda —comunicó Enlai tras seccionarme un gran pedazo de piel—. Son cortes limpios. Cicatrizará sin problema.

—Gracias, amigo.

—Me secuestraron —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Trabajaba cargando barcos de seda, piedras y metales preciosos que os suministraba mi pueblo. Me golpearon y desperté encadenado en alta mar, navegando hacia Roma. Un viaje que recuerdo como lo peor que viviré nunca. Infinidad de trasbordos, caminatas y noches a la intemperie. Y así, de la forma más inesperada y simple, me vi esclavizado, privado de libertad. Tomaron mi vida sin derecho. No les importaba cuántas veces proclamara que era un hombre libre, que no podían tenerme preso como a un perro. Mas

por aquel entonces ni siquiera me entendían. Se rieron de mi lengua, de mis ojos rasgados...

—Lo siento mucho, Enlai. Pero ahora eres «libre», y prometo que las cosas van a mejorar.

Me despedí. Alejarme de ellos causaba un gran pesar. Eran mis únicos amigos. Consiguieron transmitirme amor en poco tiempo. Gracias a ellos me veía en la tesitura, de intentar al menos, ser un célebre gladiador de nuevo.

Abracé a Enlai, sintiendo un terrible escozor en mi brazo.

—No me olvido de nuestro pacto, amigo —le susurré mientras lo apretaba con fuerza—. Guarda las monedas. Volveré a por ellas.

Me asintió sonriente, convencido de que así sería.

Leiza no quiso despedirse. Cuando me acerqué a abrazarla, se giró. Le enmarañé el pelo.

—Te arrepentirás de no haberme dicho adiós, canija.

Dicho esto, partí hacia Roma. Cuando apenas llevaba recorrido un trecho, como si de un silbido del viento se tratara, sonó a mi espalda la voz de Leiza:

—¡Vuelve, culebrilla! ¡Te estaremos esperando!



El Ludus Magnus era una de las cuatro escuelas que el emperador Domiciano estableció en Roma durante los años 80 d. C, situada a escasos metros del Anfiteatro Flavio, en el valle situado entre el Celio y el Esquilino. Las otras tres eran el Ludus Gallicus, el Dacicus, y el Matutinus. Yo me dirigía a la mayor de ellas, con una altura de tres plantas y un patio rodeado por alojamientos, donde se encontraba un anfiteatro con capacidad para tres mil espectadores, construido para el entrenamiento. Un complejo edificado con ladrillos que no tenía nada que ver con el *ludus* del que yo provenía, ni siquiera en cómo se regía. Un procurador de orden ecuestre se encargaba de

su dirección, nombrado directamente por el mismo emperador, responsable de los aspectos técnicos y administrativos.

Esta vez anduve a cara descubierta. Debía dejar el miedo atrás, moverme por Roma como lo haría un hombre libre. Paseé tranquilo —aunque cada mirada que se cruzaba con la mía me inquietaba—, hacia la zona donde se afincaba la aristocracia romana, el sector dirigente y privilegiado, los únicos con derecho a votar y a ocupar cargos políticos o religiosos: los Patricios.

La ciudad —dejando a un lado los suburbios—, brillaba con luz propia. Esclavos y ciudadanos se apresuraban a efectuar sus tareas. Un vendedor ambulante pregonaba su mercancía voz en alto, entretanto comerciantes y artesanos trabajaban en sus locales abiertos. Un *tonsor*, navaja en mano, acicalaba a un cliente sobre un *escabel* a mi izquierda. A mi derecha, podía verse un *termopolio*; su mostrador, una losa de mármol, daba a la misma calle. Un transeúnte se detuvo a tomar una taza de vino caliente, aromatizado con hierbas y resina de pino.

Me acerqué a un anciano que daba de comer a unas palomas.

—Disculpe, buen señor. —El hombre me miró con cara de pocos amigos—. ¿Podría decirme si la hija de Spurius Atius Aquila vive por aquí cerca?

—Todo recto. —Señaló calle arriba, dirección al anfiteatro y, por ende, a mi destino.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Si las indicaciones del viejo eran ciertas, vivía con su esposo.

Cuando la posibilidad de averiguar más se esfumó de mi cabeza —temía mostrarme tan de cerca ante los romanos—, la vi. Acompañada por tres esclavas caminaba hacia quién sabe dónde. Me sorprendió no avistarla sobre una litera —ahora dormía con un futuro senador...—. Aunque, a decir verdad, siempre la consideré una mujer especial y, suponía que lo seguiría siendo.

Avivé el paso hasta colocarme a su espalda; y como un viento frío que cala hasta los huesos, padecí un miedo atroz al percibir lo que sería capaz de hacer por ella.

Se acercó a un puesto de fruta y cogió una manzana, transportándome al día que casi la arroya un caballo. Creí estar en un sueño. Haberla encontrado entre tanta gente parecía irreal, ¿predestinado?

Vestía una *estola* adornada con hermosas tiras bordadas —hubiera jurado que recamadas en oro—, que se ceñía bajo sus pechos gracias a un cinturón también ornamentado con elegantes ribetes: el atuendo propio de las mujeres casadas —muy bien desposada, en su caso—.

La observé sin acercarme demasiado. Y quizá porque el momento no resultaba el idóneo, o porque el hecho de mostrándome ante sus ojos no iba a cambiar nada —aún—... La cuestión fue que pasé de largo, sintiendo una profusa ilusión, una intensa esperanza; supe que aquel no sería nuestro último encuentro.

El súbito acercamiento revitalizó mi espíritu. Si no acabábamos juntos no sería por mí, sino por ella. Llegado el momento decidiría; y no hay sacrificio que no merezca el amor verdadero. Por mi parte entregaría lo poco que atesoraba en aquel momento: mis anhelos de libertad. Pero el peso de nuestra historia recaería sobre su espalda. Tomaría una «difícil» determinación. Y temía que no fuera la esperada.



Entregué la nota a los guardias que protegían sus puertas. A mi espalda, podía verse el lugar donde no tardaría en luchar de nuevo: el Anfiteatro Flavio. Uno de ellos me acompañó ante el procurador, el encargado de dirigir aquella magna escuela. Me sorprendió el desdén con el que me atendió.

—Sé quién eres —dijo tras mi presentación. Lo hice como Servius Aculeo; Ferox para los «amigos»—. Uno de mis manumitidos me avisó de que vendrías. Dice que eres muy diestro con la espada. Ya veremos...

Aquel hombre obeso y maleducado ni siquiera se dignó a mirarme a la cara. Escribía, metido de lleno en su propio mundo.

—Preséntate ante un doctor. Te darán ropa y una celda donde dormir. — Hizo un aspaviento con la mano que no sujetaba la pluma—. ¡Vamos, largo!

Obvió preguntar si era esclavo, liberto o fugitivo; parecía importarle bien poco mi procedencia o estatus. Por otra parte, aquel imbécil me había «encontrado» nada más y nada menos que en la mismísima *Cloaca Máxima*, entre despojos humanos y abundante mierda. Supongo, que como yo, cada día desfilarían futuros campeones ante sus ojos. Lo que aquel procurador no sabía —aún—, era que acababa de ningunear a la Serpiente de Arena’.

No pudo salir mejor.

Allí me tratarían como a un vulgar pedazo de carne: justo lo que quería.

XX

COMO LA PRIMERA VEZ

Los doctores no tardaron en percatar mis aptitudes, y eso que no las mostré al completo. No quería causar celos entre mis compañeros, ni suscitar sospechas entre los maestros. Así que reservé todo mi potencial para las *muneras*.

Gnaeus, antiguo gladiador retirado, solía encargarse de mi adiestramiento. Un hombre fibroso como un purasangre, alto y rápido como una centella. Su rostro era huesudo, de marcadas y prominentes facciones, pero de cuello para abajo se convertía en un arma de matar perfecta.

Con él, aprendí más de lo que nunca imaginé, quizá porque creía saberlo todo; error que el doctor subsanó a base de golpes.

Sus palabras transmitían fuerza: *«Todo hombre debe pelear por un motivo. El simple anhelo de respirar solo conseguirá que dejéis de hacerlo. Luchad por amor, gloria o libertad... Pero luchad por algo que vaya más allá de la vacua supervivencia. Blandid vuestras espadas como un eco intrínseco, como la luz que guía el camino de vuestras almas»*.

Me recordaba tanto a Vero... Su entereza, energía, valor... Me apenaba el hecho de recordar su injusta muerte. Un gladiador no merece hacerlo degollado. Me culpaba por su funesto destino, aunque sabía que nunca estuvo en mis manos.

Levantarse, entrenar, comer, entrenar, cenar y dormir: un día cualquiera en el *Ludus Magnus*. La cantidad de gladiadores que entrenaban entre sus muros me hacía pasar desapercibido. Cambié incluso de clase para desorientar a los que conocían mi proceder, pasando a ser un tracio. Todo mientras esperaba mi «primer» día de juegos.

Me gané un apodo entre mis compañeros —a pulso, además—: Casco; aunque ante el público se me presentaba como Ferox. Durante los juegos nunca me lo quitaba. No importaba que el calor me hirviera los sesos, siempre llevaba la protección de mi cabeza.

Los primeros combates transcurrieron sin problema: pisaba la arena y acababa con mi enemigo. Además, iba amontonando las monedas que el público me lanzaba tras cada victoria. Poco a poco fui amasando una pequeña fortuna.

Observaba a los gladiadores propiedad del que fue mi padre adoptivo, siempre cumplidores, siempre ofreciendo buen espectáculo. Y sobre todo, estudiaba al que me interesaba: Prior. De un modo u otro saldaríamos cuentas; dentro o fuera de la arena.

Supongo que cuando alguien está muerto en tu mente, cuesta verlo entre los vivos; más, si el susodicho se esconde como un conejo en su madriguera. Tal vez por ello nadie descubrió que el desconocido Ferox era en realidad la afamada Serpiente de Arena.

No fue hasta el decimoquinto de mis enfrentamientos, pasados cuatro meses de mi ingreso en el *Ludus Magnus*, cuando el destino me deparó una grata sorpresa.

—Te ha tocado el premio gordo, Ferox —indicó Gnaeus. Me halló meditabundo sobre un asiento de piedra, entre penumbras—: el gran Prior.

En las mazmorras del Anfiteatro Flavio advertí que no disfrutaría de unos juegos cualquiera. Merecía la oportunidad: vengar a Vero y a los que degolló sobre la Vía Apia.

«*Gracias, dioses*».

No sería fácil acabar con uno de los mejores gladiadores de la Península Itálica. Mas de hacerlo, mi fama subiría como el nivel del Tíber en época de lluvias.

—¿Crees que has vencido, Ferox? —me preguntó Gnaeus cuando se acercaba mi turno.

No entendí la cuestión.

—Voy a derrotarle.

—No... Ya has vencido o perdido. Cada entrenamiento, bocanada de aire, mente en blanco, cerrar de ojos, recuerdo..., te ha encauzado a este momento. Todo está escrito. Nosotros somos la tinta y la vida el pergamino.

«*Entonces he ganado*».



Como un acto solemne, rasgué la piedra con mi *sica*. Pisé la arena como la primera vez: nervioso y emocionado. Nunca el perfume a rosas, mezclado con sangre y podredumbre, se filtró tan suavemente en mis fosas nasales. El auditorio rugía mientras Prior, brazos en alto, le retornaba la cortesía. Acababan de arrojarles pan como a los perros; lo único que muchos comerían aquel día. Pero allí, de pie en la *cavea*, los infortunados olvidaban el hambre, postergaban sus penas.

No me cansaría nunca de aquellas sensaciones: emerger de la oscuridad a la luz, del claustro a los clamores, de la tranquilidad al desasosiego. Esa mezcla de miedo y pasión, estremecimiento y opresión, esperanza y desaliento. En el anfiteatro podía acariciarse la gloria, pero también el fin y el

dolor. No existía el gris: solo el blanco y el negro.

Saludé al palco como quien tararea una canción; apenas se me entendió. No pude evitar recorrer el graderío con la mirada, esperando, quizá, verla entre la alta sociedad romana. No estaba o no supe identificarla.

Nos colocamos en el centro del «campo de batalla».

Ante mí, la anhelada venganza.

Atacó como solía hacerlo: seguro de sí mismo. Un latigazo de su *gladius* que mi escudo detuvo sin problemas. Medía mis fuerzas, mi rapidez, mi destreza..., algo que yo llevaba tiempo haciendo con él. Saltó con el brazo en alto, remitiendo la punta de su espada a mi pecho. De nuevo, mi *parmula* se interpuso entre el metal y la piel. El sonido de las aleaciones se compaginó con el vocerío proveniente de las gradas.

—Eres rápido, *hijoputa* —me dijo en guardia, jadeante—. Voy a disfrutar mucho viendo cómo te desangras.

Conocía sus métodos intimidatorios: las argucias de un vil traidor.

Levanté el dedo pulgar de la mano que sujetaba mi *sica*, pasándomelo por el gaznate, indicándole cómo iba a acabar el combate.

—¡No puedes vencer, desgraciado!

Antes de que acabara de pronunciar el insulto, me abalancé sobre él —empezaba a estar harto de sus improperios—. Brinqué con todas mis fuerzas, soltando una patada que repelió con su escudo oblongo. El puntapié le hizo retroceder de una forma nada ortodoxa. Proseguí el ataque con violencia, blandiendo mi espada, buscando un hueco en su guardia. Prior colocó con destreza el acero, cerrando los espacios que surgían tras mis intentos. Mas para conseguirlo hubo de reunir hasta la última gota de su maestría; otro hubiera recibido más de un corte.

De nuevo nos mantuvimos a una distancia prudente. El cansancio no

tardaría en aparecer. Cada combinación suponía un alto coste: el detonante de muchas derrotas. Pero mi contrincante no parecía dispuesto a ceder la iniciativa de la pugna. Intentó golpearme con su escudo, pero el ataque se quedó corto. No se detuvo: prosiguió asestando con competencia y mala saña, causando un choque de espadas que incrementó el fragor de las gradas. Un hábil amago me despistó, y la punta de su *gladius* me perforó el hombro.

«¡Mierda!».

Las correas que sujetaban la protección de mi brazo derecho resultaron maltrechas, además de mi extremidad. El cuero y la sangre bailaban por mi brazo, causando un molesto vaivén.

«He de buscar su espalda, aprovechar la sica; dejar de usarla como una jodida *gladius*».

—¡Jajaja...! —Rio alzando los brazos, burlándose de mí ante media Roma—. ¡Te crees muy duro, ¿verdad?! ¡Prepárate para morir ante el gran Prior, hijoputa!

«No. Hoy no».

Me desaté la dañada protección sin bajar un ápice la guardia, raudo y sigiloso. La lancé contra mi rival con desdén. Escupí en su dirección. Seguidamente, hice un ademán con mi mano, provocándole para que atacara con todo. Su preponderancia obró que lo hiciera.

Cuando su espada se acercaba, me dejé caer de espaldas. Mi dorso se estampó premeditadamente contra el suelo. Prior no pudo detener su ímpetu, lanzándose literalmente a mis brazos. Rechacé su acercamiento con mis piernas, catapultándolo por los aires. Rodé sobre el solado del anfiteatro al más puro estilo la Serpiente de Arena, colocándolo al alcance de mi *sica*. Lancé el brazo hacia mi derecha panza arriba —el *velario* me salvó de un molesto deslumbramiento—, sin siquiera mirar dónde dirigía el filo curvado de mi acero, buscando únicamente el bulto; ante todo apremiaba ser veloz. Mi *sica* penetró en su piel.

Nos alzamos. La herida de mi hombro resultaba más un incordio que un inconveniente. En cambio, el rostro de mi rival no mostraba su característica prepotencia.

«Cada vez estás más cerca de tu destino. Pronto saldrás cuentas con los dioses».

Entró por su espalda, saliéndole por el pecho. Medio palmo más a la izquierda y le habría partido el corazón.

Aquel hombre era un traidor y un asesino, un ser detestable, envidioso y deshonesto, pero también un luchador nato. Empapado en sangre y visiblemente mermado, sonrió, y en vez de refugiarse tras su escudo cual cobarde, «mordió» como un animal herido.

Reculé centrándome únicamente en esquivar sus embistes. Solo debía esperar el momento idóneo. Dejé que mi cuerpo se acercara al muro, que los gritos del público se escucharan nítidos.

Prior le cedió al pundonor el peso de lo que restaba de combate, olvidando lo más importante: una razón.

«Todo hombre debe pelear por un motivo. —La voz de Gnaeus se escuchó cuando el muro se encontraba a menos de diez palmos de mi espalda—. El simple anhelo de respirar solo conseguirá que dejéis de hacerlo. Luchad por amor, gloria o libertad... Pero luchad por algo que vaya más allá de la vacua supervivencia. Blandid vuestras espadas como un eco intrínseco, como la luz que guía el camino de vuestras almas».

«Por venganza y amor —pensé decidido—; por Vero y Iulia».

Apoyé un pie en el muro, impulsándome como un azote mortal. Mi brazo descendió de las alturas cargado de ira. Prior no tuvo siquiera tiempo de sopesar la situación. Un «ohhhhhh...» unísono se adueñó del anfiteatro, y durante un instante el tiempo asemejó fluir despacio. El vértice de mi arma se clavó en su piel, hundiéndosele cerca del pescuezo.

Prior tumbado; la Serpiente de Arena sobre su pecho. El rojo manó como

una sucia catarata por su boca. Le miré a los ojos y pude ver cómo, a aquella íntima distancia, pudo escrutar al fin dentro de los míos.

«¡Muerte, muerte, muerte, muerte...!»

Me coloqué tras él. Tiré de su pelo y alcé su moribunda cabeza; quería enseñarle cómo el público —su adorado público— pedía su ejecución.

«¡Muerte, muerte, muerte...!»: dulce melodía para mis oídos.

Acerqué el hocico a su oreja, susurrándole muy despacio.

—Dile a Vero, que te envía Spurius Atiusanus.

Intentó decir algo, pero solo consiguió regurgitar entrañas. Sus pupilas expresaron el más intenso de los miedos, la más mayúscula de las sorpresas.

Mi *sica* penetró en su garganta.

No se detuvo hasta tocar hueso.



«*Ahora o nunca. El momento de arriesgarse*».

Tras recoger las monedas con las que el público recompensaba a los vencedores —abundantes debido a la emoción regalada—, caminé hacia el palco. Antes, de forma disimulada, embadurné mi cara con la arena que Prior había ensangrentado a los pies del muro. Emperador, senadores y altos cargos de la administración romana esperaban de pie, sin duda complacidos con el espectáculo que acababa de darles.

Asentí en forma de reverencia. Trajano me devolvió el gesto. Con un ademán silenció al anfiteatro, dándome la oportunidad de transferirle mis demandas. Clavé mi rodilla derecha en la arena.

—¡Tres, mi César! —grité mirando hacia arriba—. ¡Ruego luchar contra tres oponentes, obsequiar a Roma con un espectáculo sin igual!

El César frunció el ceño, sorprendido ante mi valor, mas también ante mi osadía.

—Después de uno de los mejores combates que he tenido el placer de disfrutar, me veo incapaz de no satisfacerte, Ferox. No es la primera vez que luchas con honor, y acabas de vencer a uno de los mejores. —Se frotó el mentón. Meditó un instante—. Hoy estás herido. Tus deseos se cumplirán en las próximas *muneras*.

—Gracias, César.

Cuando andaba de camino al resguardo de la oscuridad, escuché de nuevo la voz de Trajano.

—¡Espera, gladiador! —Paré en seco—. Muéstranos tu rostro.

No titubeé. Expuse mi cabeza rasurada, mi profusa barba y mi rostro manchado por sangre y arena.

—Puedes retirarte.

Lo hice entre aplausos y adulaciones.



Aquella noche me visitó Gnaeus. Pasado un día de juegos memorable, fue la primera y única vez que se acercó a mi celda.

—Demos un paseo —dijo mientras la abría.

Me condujo hasta el «pequeño» anfiteatro del que gozaba el *ludus*. Se detuvo en el centro de su planta. Arriba, las estrellas brillaban y la luna resplandecía, iluminaba.

—Lo que voy a preguntarte es pura curiosidad. Desde el primer día vi algo extraño en ti. Me preguntaba... ¿Cómo un hombre «reclutado» en peleas clandestinas blande su espada como un gladiador de renombre? Aquí nadie se fija en nada; mas yo no dejo nada al azar. Y hoy, al contemplar cómo te manchabas la cara..., lo he tenido claro. —Miró hacia el cielo estrellado, meditabundo. Sin desviar la mirada del firmamento, musitó—. Ahora te lanzo la cuestión: si estabas muerto y libre, Serpiente, ¿por qué has vuelto?

No sentí temor a ser descubierto; no al menos, a que Gnaeus revelara su

recién descubrimiento. En sus ojos se reflejaba una vida fraguada en la arena, una vida de luchas internas y externas..., una dura vida.

—Por amor y libertad —contesté indiscutible—. Necesito lo segundo para que ella pueda elegirme.

—El amor no entiende de clases, amigo.

—Cierto. Pero no quiero arrastrarla hacia mí si no detento siquiera el sino de mi propia vida. Quiero permanecer a su lado sin esconderme, ofrecerle lo que merece. Y para que dichos deseos se cumplan, requiero una *rudis* y que ella renuncie de buen grado a su actual vida, en pos de una conmigo.

—Ya veo... Entonces, tu intención es pedirle la libertad al emperador. ¿Y sabes qué?: Trajano es un hombre justo. Pero como sucede con todos los mandamases, otorgan cuando les place.

—Le daré argumentos que no podrá rehusar.

Con un ademán manifestó su aprobación, y aunque no la necesitara, reconfortó a mi espíritu de gran manera.

—Te deseo mucha suerte, Spurius.

—¿Puedo pedirte un último favor? —pregunté pensando en lo decisivo de mi próxima lucha.

—Claro.

—Consígueme una buena cuchilla con la que cortar esta barba.

Aquella noche soñé con una casita construida sobre un manto verde, rodeada de viñedos. Leiza jugaba con Iulia mientras Enlai descansaba sobre un banco de piedra. Dejaban lo que hacían y se dirigían hacia mí envolviendo mi cuerpo con sus brazos, mi espíritu con sus sonrisas. Desprendían un reconfortante calor, una luz que traspasaba mi piel templándome el corazón. Imaginé aquellas bucólicas estampas muchas veces; juraría que soñé con ellas cada noche.

Los juegos se celebrarían en un mes. Pronto mi vida se balancearía entre

dos posibilidades: todo o nada. La Serpiente de Arena mostraría sus colmillos ante el César en un marco incomparable.

No descartaba morir; tampoco salir por su puerta como un hombre libre.

XXI

MÚSICA Y REDENCIÓN

«*Almas de paso* —pensé entretanto miraba a los ojos de aquellos dispuestos a morir en la arena. Se intuían cargados de ira; el miedo delataba su verdadero trasfondo».

Muchos no volverían a recorrer el estrecho pasillo que daba a la planta ovalada del Anfiteatro Flavio; en contadas ocasiones, trayecto de ida y vuelta. La mayoría alcanzaría la *Porta Libitina*, dejando tras de sí un largo rastro de sangre, donde, de seguir respirando, consumirían su muerte.

Cinco de cinco: pleno de arrastrados en nuestro bando aquel día de juegos; mala racha que a punto estaba de concluir.

—¡Ferox! —escuché del encargado de «citarnos» con la arena—. ¡Tu turno!

Caminé al advertir cómo la puerta se elevaba. Fuera, el griterío se intensificó. Alcé mis dos *gladius* y rasgué las paredes como siempre antes de entrar en la arena. El brillo del exterior me rebozó y una cruz de luz dorada se reflejó en los ojos de aquellos que observaban partir a un ídolo. Los muros del *pódium* se mostraron entonces, y una lluvia de pétalos regó mi piel.

Tres oponentes a la vanguardia. Alcé la vista al tiempo que me habituaba a la claridad, recorría el graderío de abajo a arriba: *imma cavea*, *media cavea*, *summa cavea*... Todos me parecían iguales: un acervo de degenerados sedientos de sangre.

Con la orquesta haciendo sonar sus estridentes trompetas y flautas, observé a mis enemigos: un tracio, un reciario y un secutor. Jamás un gladiador se había enfrentado a tan mayúsculo reto. Enemigos habituales hermanados con el único propósito de acabar con una leyenda viva de Roma: Spurius Atiusanus; aunque ellos eso no lo sabían.

Solo adivinaba una técnica capaz de acabar con semejante trío de asesinos: cada corte, cada contacto de mis espadas con sus carnes debía ser lacerante, profundo y definitivo; no más de tres tajos por víctima.

Mas con tales preocupaciones acechando, en mi mente solo estaba ella: sus mullidos labios, su pulida piel de porcelana, su pelo liso, sus ojos de cristal... Cada gota derramada, grito de dolor o punzada mortal, llevarían su nombre. En mi brazo, cubriendo el lugar donde hubo un *stigma*, el pañuelo que me regaló.

Parecían deseosos por ejecutar ante los que jadeaban mi nombre. Oteaban impacientes al que daría la señal detonante; gesto que iniciaría la justa.

Nunca entendí sus prisas.

Pues a ellos no les esperaba más que la muerte.

A mí, la libertad en los «filos» de una *rudis*.

UN LAPSO MÁS TARDE

Tres cuerpos yaciendo a mi espalda; cuatro heridas exhibiéndose en mi

cuerpo: muslo, brazo, espalda y costillar derecho. La Guardia Pretoriana custodiando el palco al cual me dirigía renqueante y agotado. El emperador Trajano de pie, escuchando las ovaciones que los romanos remitían a mi persona. Ilusión en mi alma: la esperanza de haber alcanzado el último peldaño de una escalera repleta de obstáculos. Iulia, Petronia, madre, Vero, Leiza, Enlai..., en mi cabeza. Un sinfín de sentimientos, creencias y promesas que me embargaban de arriba a abajo.

«*Es el momento*».

Me «arranqué» el casco de la cabeza, al borde del desmayo. Lo lancé lejos, con la intención de no volver a colocármelo nunca más.

—Me muestro ante ti, César —dije tan alto como pude, jadeante—. Perdóname por haber ocultado mi identidad; las circunstancias me obligaron a hacerlo. —Trajano me observaba desde su elevada perspectiva, frunciendo el ceño—. Soy el esclavo Spurius Atiusanos, conocido como la Serpiente de Arena.

El graderío estalló en un amasijo de comentarios. Los ciudadanos ubicados cerca del palco transmitieron a los más alejados lo que ocurría, convirtiendo la *cavea* en una ola de vocablos. Los rostros reunidos en el auditorio reflejaban la sorpresa y la emoción; acababan de contemplar cómo un ídolo revivía.

La «música» no se hizo esperar: «Serpiente, Serpiente, Serpiente...».

Entre cánticos me dispuse a pedir lo que era mío, a solicitar el fruto de una vida dedicada en cuerpo y alma a las luchas de gladiadores. Justo cuando me presté a abrir la boca, Trajano se me adelantó:

—Espera ahí, gladiador.

—¡Guardia Pretoriana! —se escuchó. No pude identificar al autor de aquella orden.

Los soldados encargados de proteger a la familia imperial me apresaron en el centro de un círculo de escudos.

El César pisó la arena, provocando una estruendosa ovación. Penetró en el cerco, aproximándose a mi deplorable estampa.

—Deberían curarte esas heridas. —No dije nada; me arrodillé en silencio—. No importa qué hayas hecho para llegar hasta aquí, Spurius. Lo único que considero es a un hombre que ha luchado con un pundonor inusitado. Sé de gladiadores que han merecido la *rudis* de manos del emperador; nunca a uno que lo hubiera merecido con dos nombres. Deberíamos bautizarte como la Serpiente Feroz, ¿no crees? —Una risotada inundó algunas zonas del graderío—. Levántate, Spurius Atiusanus —dijo sonriente—, y acepta lo que voy a darte.

Fije la mirada en la arena, en una gota de mi propia sangre.

«Cada una ha valido la pena: las que expulsó mi piel; las que emané con aspecto de lágrima».

Me alcé con los ojos a punto de romperse en llanto. Y entonces la vi: un pedazo de madera tallado con la forma de una espada. Un guardia se la entregó al César, y este la extendió ante mí.

«Cómo algo tan simple puede encerrar tanto».

—Más que merecida —susurró mientras asentía. El mismísimo emperador de Roma asemejó postrarse a mis pies.

Deshice el pañuelo de mi brazo, alzándolo junto a la *rudis*.

Nunca olvidaré aquellos clamores.

«Vuelvo a ti, Iulia».

XXII

REENCUENTRO

Imaginadlo: una persona que solo ha conocido dos formas de saborear la vida: bajo el yugo de un amo o escondido, caminando por las calles de Roma mientras sus ciudadanos te estrechan la mano a cada paso. Esa brutal transformación sufrió mi existencia.

Volví al *Ludus Magnus* para despedirme y recoger las monedas que había ahorrado.

—Aunque seas libre —me invitó Gnaeus—, puedes seguir entrenando con nosotros y pelear en la arena para engrandecer tu «leyenda».

—Un gladiador debe sentirse satisfecho con lo que hace, doctor. Antes luchaba por amor y libertad, pero ahora no encuentro motivos para hacerlo. No hallo razones para acortar la vida de un hombre, más allá de la fama y los denarios. El tiempo me ha enseñado que la felicidad está junto a los seres que amamos.

—Entiendo. —Nos asentimos mutuamente—. Ha sido un placer adiestrarte, Serpiente.

—Gracias por hacerme un gladiador mejor, y no delatarme.

Sonrió justo antes de que le diera la espalda.

Restaba buscar las monedas que Enlai guardaba a buen recaudo. Pero esta vez no lo haría a pie. Compré un viejo rocín que medio regalaban en una

cuadra a las afueras; más que suficiente para trasladarme tranquilo a mi destino. También me hice con una elegante toga, acorde con mi nueva condición.

Todo parecía distinto, más luminoso; y eso que el cielo se exhibía encapotado. Mis alforjas llenas: monedas, comida y una *rudis*. Moría por volver a verles.

Tardé lo mismo a pie que a caballo, por culpa de lo accidentado de algunos tramos, pero mi cuerpo lo agradeció. Las cuatro heridas rezumaban dolor, sin embargo el tiempo —quien cura casi todos los agravios— lo mitigaría. Mas aquel era un perjuicio diferente a cuantos había padecido: sabía a triunfo definitivo.

«La verdad es que dificultó el acceso con saña —renegué por mis adentros mientras apartaba los troncos y matorrales que Enlai había «tirado» en medio del único camino—. De no ir tan cargado, habría sido preferible llegar a pie».

Tras un arduo trayecto, les vi fuera de la cabaña. El sol brillaba. Enlai parecía estar impartiendo sus particulares clases. Leiza, por su parte, se despistaba con el vuelo de una mariposa.

«A veces, el destino une a seres distintos en entornos diferentes, y los convierte en inseparables. El esclavo encontró a una hija y la esclava a un padre».

Arree el caballo.

—¡Mira! —La pequeña señaló en mi dirección—. ¡Es Spurius!

Corrió hasta alcanzarme. La aupé, sentándola ante mí; un intenso dolor recorrió cada una de mis costillas.

—Ave, amigo —dije alegre a lomos de mi podenco, ya frente al asiático.

—¿Estoy ante un hombre libre? —preguntó sin preámbulos.

—Lo estás.

Me regaló la más hermosa de las sonrisas.

—¡Bien! —gritó Leiza al tiempo que se volteaba, abrazándome con fuerza —. ¡Eres el mejor, culebrilla!

—He traído comida y anécdotas a raudales, además de una flamante *rudis*.
Entremos.

—Envíala a por leña, anda —le susurré mientras abocaba los alimentos sobre la mesa—. Hemos de hablar.

—¿Yo? Hazlo tú.

—Me da miedo —musité guasón, simulando temblar.

—¿El mejor gladiador de Roma se amilana ante una chiquilla?

—Eh..., sí.

Negó sonriente con la cabeza.

—¡Leiza, ve a por leña! —gritó como quien arrea a un rebaño de ovejas.

—Si todavía quedan tres troncos...

—Cuando vuelvas, te cuento cómo acabé con tres oponentes de una vez.
Ahí estuve rápido y eficiente, sabedor de su punto débil.

—¡Sí...!

Salió como una exhalación por la puerta.

—Mañana partiré hacia Roma con la intención de comprar su libertad. Necesito todo el dinero que tengas, hasta la última moneda. Quiero aprovechar el empuje de mi nueva condición. En la ciudad solo se habla de mi gran hazaña. La Serpiente de Arena ha de verse con tu amo cuando su popularidad está en el punto más álgido.

—Creo que es lo mejor, sí. ¿Y luego?

—Luego espero volver con una *epístola* que manifieste su libertad.

No quise mostrarle mis auténticas intenciones.

La pequeña entró corriendo, transportando tres troncos no demasiado

grandes —se percibía su ansia de conocimiento—. Los dejó al lado del fuego.

—¡Venga, cuenta! —rogó con los ojos y las orejas predispuestos.

Me acomodé en la silla, mirándola fijamente. Observaba atenta, descansando el mentón sobre sus frágiles nudillos.

—Apremiaba librarme de un rival lo antes posible —expliqué apasionadamente, reviviendo en mi cabeza la reciente brega—. Así que, nada más iniciarse la pelea, agarré una de mis *gladius* y, asumiendo perderla para lo que restaba de lucha, la lancé contra el reciarío. —Me vi de pie, *rudis* en mano, describiendo el movimiento—. El arma voló sin que el trío de gladiadores pudiera mover un músculo, clavándose en el pecho del más desprotegido, que cayó de espaldas, fulminado. Uno menos.

—¡Sí, uno menos! —vociferó Leiza al tiempo que aplaudía.

—La armadura pesada del secutor provocó que lo reservara —en principio — para el final; no por ello iba a quedarse mirando cómo despachaba a su «compañero». Ese desgraciado me hizo esto y esto de aquí. —Les mostré las heridas de mi hombro y costado—. Luchamos durante unos momentos que parecían no acabar nunca. Mantenía las distancias mientras ellos atacaban sabedores de que sus armas alcanzan más que la mía; en cambio, también hay luchadores que valen por dos. —Le guiñé el ojo a mi espectadora. Enlai parecía disfrutar con el relato—. Durante las idas y venidas fue cuando sufrí cuatro cortes; por suerte, ninguno mortal.

»Poco a poco el peso que sustentaba el secutor fue haciendo mella en sus movimientos, separándolo de su «pareja». Fue entonces cuando rodé entre los dos, cortando el tobillo del tracio. Con paciencia y temple conseguí herir a uno y agotar al otro; los convertí en una masa que avanzaba renqueante y cansina. ¿A partir de ahí?: un continuo toma y daca, del cual salieron muy mal parados. —Dibujé cada oscilación con mi espada de madera, sumido en aquel instante remoto—. Mi *gladius* rasgó el cuello del secutor, que dejó de seguir el ritmo. Un tajo rápido e inesperado —vi el hueco y lo aproveché sin

más— que el público ni siquiera advirtió. Sin entender por qué, contemplaron cómo el gladiador se detenía, clavaba sus rodillas en la arena y se desangraba entretanto intentaba detener la hemorragia con las manos.

»Uno contra uno; tracio contra tracio. Mis cisuras empezaron a hacerse notar, ralentizando mis desplazamientos. Resumiendo: ambos luchábamos cansados y heridos. Pero en igualdad de condiciones, aquel hombre no era rival para mí, y acabó sucumbiendo.

Me senté jadeante, fatigado aún por el esfuerzo de aquel «último» combate y el que acababa de concluir.

—¿Y entonces fue cuando el emperador te premió con la libertad? — preguntó Leiza expectante.

—Es curioso, pero anduve hacia el palco dispuesto a pedírsela. Pero una vez supo de mi verdadera identidad, no fue necesario.

Enlai asintió lentamente; Leiza me regaló una de sus reconfortantes sonrisas.

Aquella fue la primera noche que dormí como un hombre libre. Y aunque pueda resultar extraño, lo hice de una forma distinta: cerré los ojos hasta que los desveló el sol, como si hubiera pasado un ínfimo instante desde su bajada a su ascenso.

Partí hacia Roma mientras Enlai y Leiza aún soñaban, con un considerable número de denarios en mis alforjas. Quizá a mi vuelta, ellos también podrían degustar lo que era un verdadero descanso.

XXIII

LA VISITA

No me costó localizar aquella gran *domus*: el hogar de Lucio Escauro. Vivía en pleno centro, muy cerca del *Forum*. En el *ostium*^[32] encontré a dos hombres vigilantes, ataviados con armaduras de la legión. Extendí mi brazo con la palma hacia abajo.

0 —Ave —saludé al tiempo que asentía. Nunca antes lo había hecho de aquella forma. No era la adecuada para un esclavo—. Deseo parlamentar con vuestro amo. Decidle que Spurius Atiusanus, la Serpiente de Arena, requiere de su presencia.

Sin gesticular, uno de los ¿sometidos? entró en la *domus*.

Espere aquí, señor —solicitó el otro.

Esperé.

La puerta se abrió tras un instante.

—Puede pasar —dijo el que, de nuevo, permanecía al lado de su «pareja» de vigilancia.

Dentro, en el *vestibulum*, me esperaba Lucio Escauro, acompañado por dos esclavas de color medio desnudas.

«¿A qué lascivas perversiones las habrá sometido? —pensé sin poder evitarlo».

—¡Menuda sorpresa! —exclamó brazos en alto. Un hombre obeso de ojos verdes y pelo oscuro, mofletes prominentes y flácida papada—. ¡Quién me

iba a decir, que hoy tendría a un afamado gladiador como convidado! ¿Sabes?: soy un gran aficionado; no he faltado a un solo día de juegos desde que tengo uso de razón.

Asentí a la espera de la ineludible pregunta.

—¿Y a qué se debe tan ilustre visita?

—Quiero comprarte dos esclavos, Lucio —aseguré sin rodeos. Intenté dotar al encuentro de un aura amigable.

La frente de Lucio se arrugó, alzándose una de sus cejas. Las dos esclavas permanecían cerca de su amo, a las que de vez en cuando agarraba de la cintura o tocaba con sus «sucias» manos.

—¿Y puede saberse a qué esclavos te refieres?

—Unos que ni siquiera posees.

Entonces lo supo. Se reflejó en sus ojos y en el rotundo cambio que padeció su semblante: mutó de la dicha a la solemnidad.

—Sígueme. Tratemos el tema en privado.

Anduve a su espalda por las *fauces* hasta arribar al atrio. La rica decoración de sus columnas, el *compluvium* y el *impluvium*, y las bellas pinturas de las paredes revelaban la alta posición social de aquella familia. El *lararium*^[33] y las *maiorum imagines*^[34] también lucían hermosas. Desde allí accedimos al *tablinum*, lugar donde se iniciaría la «negociación».

—Toma asiento, Spurius. —Las dos sometidas se quedaron vigilantes a las puertas, como dos guardianes.

Me senté ante la mesa tras la que él imitó mi gesto.

—Creía que a estas alturas estarían muertos, la verdad —musitó cuando su trasero tocó el asiento, caviloso—. ¿Y por qué quieres pagar por unos putos esclavos fugados?

Se percibía su irascibilidad.

«Eres un desgraciado de mierda —me dije mientras contemplaba sus ojos aceituna, recordándome ante quién estaba—, un abusador de niñas».

—Es personal. Me ayudaron en su momento y quiero devolverles el favor, nada más.

—¿Y si yo quiero su paradero?

—Te quedarás sin esto. —Lancé sobre la mesa tres de las cinco bolsas que llevaba conmigo—. Cuatro mil denarios: un precio más que suficiente por dos esclavos que no tienes.

Se acarició el mentón.

—¿Sabes? Nunca he olvidado el coño de esa negrita. Me dolió mucho perderla antes de probarlo; le tenía preparado un buen desvirgue. Y ese jodido asiático traidor... Me robó mil quinientos denarios, ¿sabes? Así que ahora mismo, tu oferta es insuficiente.

«*Ese Enlai de los...*». Estuve a punto de sonreír.

Me tentó saltarle los dientes de un puñetazo, pero no tiraría por tierra lo que tanto me había costado.

—Dime entonces qué propones.

Se alzó, aparentando haber hallado un precio justo.

—Los cuatro mil denarios y un combate privado.

—¿Qué? No voy a derramar sangre por un capricho.

En aquel momento se rompieron las buenas formas.

—Tranquilo, muchacho... No será necesario. Con una demostración es más que suficiente. Solo quiero alardear entre amigos, deleitarme con las maravillas que siempre ofrece la Serpiente de Arena, o como te bautizó el emperador: la Serpiente Feroz.

El tono de sus palabras resultaba burlesco y socarrón. Pero me estaba jugando demasiado, y sabía domarme cuando era necesario; la misma vida me adoctrinó en ello.

—¿A cuántos amigos llamarás?

—Sobre una decena.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, si te complace. Dame lo que resta del día para avisarles. Cuando acabe el simulacro tendrás lo que pides.

«*Cuanto antes mejor*».

—Nos vemos esta noche, entonces. Me retiro. Conozco el camino hasta la puerta.

Anduve furioso hacia el *ostium*, con tres bolsas menos y una sensación de impotencia atroz. Me sentía utilizado, pero mis opciones en aquel momento eran escasas. Por otra parte, me hallaba a un paso de lograr algo muy importante, de devolver el mayor favor que me habían hecho nunca: regalar la libertad como pago por la vida.

¿Qué hacer hasta la hora del «combate»? Decidí zanjar ciertos asuntos.



—Decidle a Spurius Atius Aquila, que su hijo adoptivo solicita verle — anuncié ante las puertas del *ludus*.

Me recibió como si nada hubiera ocurrido. Por primera vez hablaríamos como dos hombres libres.

En el atrio, de camino al *tablinum*, crucé mis pasos con los de Petronia. La esclava mantuvo las formas; no se lanzó a mis brazos como seguro hubiera deseado. Pasó por mi lado con los ojos al borde del llanto. Su rostro reflejó la dicha que siente una madre al ver regresar a un hijo. Yo, en cambio, no pude controlar mis apetencias.

—¡Madre! —vociferé cuando se alejaba; sin miedo alguno, sin ningún pudor.

Giró el rostro y me miró extasiada. Corrí con decisión hacia ella y la abracé con fuerza. Sus pies se elevaron incluso del suelo.

—Mi niño —susurró entre lágrimas.

—Mi madre.

El lanista observó la escena impertérrito, mas el brillo en sus ojos delató un ápice de emoción.

—Volveré —le prometí mientras nos «desenredábamos».

Sonrió.

—Te estaré esperando.

Nada había cambiado. Cada rincón me recordaba a Iulia. Entre aquellas paredes se fraguó un amor que quizá ahora solo yo sentía. Llevaba tanto sin hablar con ella...

—Me gustaría visitarla de vez en cuando —dije nada más acceder al *tablinum*—, poder pasar unos instantes a solas con ella en la *casae*.

—Claro. Esta es tu casa, hijo. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—No, Spurius. Aquí me convertí en un esclavo y en un gladiador. Tú mismo lo dejaste bien claro, ¿recuerdas?: «Luego volverás como lo que eres: un luchador de mi propiedad». Ahí dejaste de ser mi padre. Elegiste tu propio bienestar sobre el de tu familia. ¿Y sabes qué?: la amo. Eso no puedes cambiarlo, lanista.

Su semblante se tornó adusto.

—Siento lo ocurrido, de verdad.

—No... Solo sientes que ahora sea un hombre libre y de renombre. De lo contrario, seguirías utilizándome como a uno más de tus esclavos. Supongo que en el fondo solo eres un empresario que mira por sus intereses.

Quedó en silencio. Sopesó mis palabras, quizá, otorgándoles la veracidad que almacenaban.

—Me marchó. Pero volveré, si me lo consientes.

Asintió.

Cuando a punto estaba de abandonar la estancia, habló.

—¿Qué ocurrió realmente? Prior nos relató la emboscada de unos ladrones.

—Algo así. Pero los ladrones resultaron secuaces suyos. Quiso evitar lo que finalmente ocurrió en la arena.

Se acercó a un arcón idéntico a aquel del que extrajo mi primera *rudis*, sacando esta vez el casco que porté en mi época como la Serpiente de Arena.

—Es tuyo.

En ese instante sentí un gran agradecimiento. Miré a los ojos del hombre al que llamé padre y entendí que sin él no hubiera sido libre. «*Vueltas del destino, supongo*». Me regaló mi primera *rudis* y mis primeros juegos, y consintió —no sin esfuerzo por mi parte, todo sea dicho—, que entrenara con el mejor doctor posible. Luego todo se torció, sí..., pero hubo un tiempo en el que fue un buen padre.

Extendí mi brazo. Él me miró complacido.

—Gracias por convertirme en lo que soy —musité al tiempo que lo agarraba con fuerza—. Por lo bueno y lo malo que me diste.

—Siempre serás un hijo para mí, Spurius.

—Por ello conservaré mi nombre de esclavo. Pero nunca volveré a llamarte padre.

Antes de ausentarme, detuve mis pasos en la entrada del *tablinum*.

—Ah... Siento haber degollado a ese hijo de mala madre —dije con una media sonrisa en el rostro—. Sé que te reportaba muchos denarios.

—No... —Me devolvió el gesto—. No lo sientes, Spurius. Merecía el gran final que le diste.

XXIV

PROMESAS DE LIBERTAD

Entré en un *termopolio* cercano a la *domus*; dejé que pasara el tiempo hasta la inesperada lucha. Muchos me reconocían, felicitándome por la reciente gesta; aquello me sacaba de quicio. Aun así, les atendía con una falsa sonrisa.

Anhelaba acabar con todo y regresar con Enlai y Leiza, iniciar una nueva vida a su lado —quizá también al lado de Iulia—. Pedí una taza de vino caliente mientras en mi cabeza aparecía una palabra: «Búscame». Desde el día que la pronunció no dejó de presentarse.

«Todavía no es el momento —cavilé entretanto se aproximaba el ocaso».

Sumido en pensamientos llegó la noche.

Me dirigí al hogar de Lucio Escauro.



El lugar más extraño en el que lucharía nunca: una sala henchida de lujuria y obscenidad.

Sentados sobre mullidos cojines que delimitaban la zona donde intuí se efectuaría el combate, acompañados por un amplio y variado surtido de esclavos y esclavas completamente desnudos, hallé a los catorce hombres que contemplarían la «simulación».

No pude sentirme más desubicado y perplejo. Aquello no debió pillarme

por sorpresa, mas lo hizo. La comida rebosaba sobre bandejas de oro y plata dejadas sobre el mismo suelo. Los sometidos restregaban sus traseros entre las piernas de los invitados, que comían y bebían entre gemidos y toqueteos.

—Espero que las *epístolas*^[35] estén listas —dije al atender a tan deplorable «espectáculo». Había contemplado algunas cenas —pocas— previas a los juegos, pero aquello desprendía un inusitado aroma a depravación.

«*Que acabe cuanto antes* —pensé deseoso por salir de allí».

—Todo está predispuesto. Cumple con tu parte y podrás marchar con la libertad de los esclavos.

Nadie me dirigió la palabra. Supongo que mi expresión y mirada desafiante no alentaba a hacerlo. Anduve hacia el centro del círculo formado por, adiviné, un puñado de Patricios.

Se alzó un esclavo de los que retozaban, mostrándose como mi «enemigo». Un hombre joven de color, grande y recio, con la cabeza rasurada y un *subligaculum* como único atuendo. No mostraba el perfil de un luchador; su cuervo no exhibía los rasgos que el entrenamiento otorga al cuerpo.

El anfitrión nos entregó una *rudis* a cada uno.

Dio una palmada, señalando el inicio de la pelea.

El esclavo no parecía estar asustado; lo peor que podía pasarle era acabar molido a palos. Atacó estimulado por las amenazas que seguro le habían suministrado antes de la demostración.

Sin esforzarme, repelí cada ataque. El sonido de la madera se entremezcló con los jadeos y las risas. No pude evitar contemplar cómo las manos de un «espectador» agarraban los pechos de una esclava asiática.

«*Dales un buen espectáculo y márchate* —me dije una y otra vez mientras fingía estar esmerándome. En realidad, hubiera preferido atizarles a aquellos cerdos con mi *rudis*, en vez de a aquel pobre negro—. *Esto no es más que una*

pantomima».

Decidí zanjar la pelea con un fuerte espadazo en la oreja de mi contrincante.

No creo que hubiera sujetado antes un arma. Dejaba enormes espacios cada vez que la blandía, además de moverse de forma tosca y previsible.

Pero entonces, cuando me disponía a «vencer», un machete cayó al lado del esclavo. No pude advertir su procedencia. Nunca supe quién lo lanzó a sus pies.

«Mierda».

Los ojos de mi rival se abrieron como una puerta hacia la liberación.

—No lo hagas —susurré negando con la cabeza—. No...

—Me prometió la libertad —dijo con los ojos empañados en lágrimas.

Se agachó y lo agarró, abalanzándose sobre mí como si en ello —en realidad así era— le fuera la vida. La sala se convirtió en un acervo de carcajadas y mofas. Esquivé el embate trastabillándolo con mis piernas. El esclavo se dio de bruces contra uno de los asistentes, que borracho, no dejaba de desternillarse bajo su cuerpo.

«No te levantes. Mejor unos azotes que la muerte».

Las promesas de libertad le espolearon a atacar de nuevo, y esta vez, a punto estuvo de clavarme el cuchillo.

—Es la última vez que te lo advierto. Si vuelves a amenazar mi vida, me llevaré la tuya.

Hizo caso omiso a mis amenazas. No me quedó más remedio que esperar el filo de su arma, y devolvérselo haciendo uso de su propia fuerza. Se desplomó, con el machete clavado en el pescuezo.

—¡Ah...! —grité mientras buscaba con la mirada al artífice de aquella encerrona. En mi cabeza retumbaban las risotadas de aquel puñado de miserables—. ¡Maldito cabrón!

Le agarré del cuello con ambas manos y lo elevé como a un pelele,

estampándolo contra la pared —y eso que pesaba una barbaridad—. Los invitados se refugiaron en las esquinas de la estancia, sin dejar de desternillarse, bebidos y excitados.

—¡Voy a partirte cada hueso, Lucio Escauro! ¡Nadie se ríe de la Serpiente de Arena!

—Yo de ti no lo haría —desafió más tranquilo de lo esperado—. Puedes marcharte de aquí con lo prometido o enfrentarte a los esclavos armados que esperan tras esa puerta. Todo lo que has logrado se esfumará. Con suerte, quizá puedas volver a ser un simple esclavo.

«Tiene razón. No renuncies a todo por un loco, Spurius Atiusanus».

En mis pensamientos se perfilaron Enlai, Leiza y Iulia, y, poco a poco, los pies de Escauro volvieron a tocar tierra.

—Dame esas epístolas, gordo apestoso.



Aquella noche decidí alojarme en una *cauponae*. Dormiría lo que solicitara el cuerpo; estaba cansado de pervivir en un constante estrés. Tenía en posesión tres mil denarios y dos documentos que ansiaba entregar. Al fin, la vida parecía darme un respiro.

«Lo he logrado —pensé recostado, tras ingerir una cena a base de vino, carne y pan».

Mas por mucho que me repitiera aquellas palabras, no conseguía reconfortar al completo mi espíritu: me faltaba ella.

Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro del esclavo que maté.

«Lo has intentado, pero una oferta de libertad es difícil de declinar. Comprendo que luchara. A quien no entiendo es al que juega con la vida».

Intenté desviar mis pensamientos, centrarme en lo que estaba por acontecer.

«Mañana será un gran día».

XXV

SOBRE UN MANTO VERDE

No les encontré fuera ni dentro de la cabaña. Amarré el caballo a un árbol, cogí una de la alforjas que colgaban de su lomo y caminé hasta el huerto donde supuse los hallaría. Y así fue. Efectuaban la recolecta matinal: la futura comida y cena.

—¡Ave! —vociferé con la intención de anunciar mi llegada.

—¡Spurius!

—¿Cómo estás, canija?

—Recogiendo patatas —indicó mientras se frotaba la frente.

—¡Ave, Spurius! —saludó Enlai mientras escarbaba la tierra—. ¿Nos traes nuevas? Por cómo has venido ataviado..., parece que sí.

—¡Y tanto! —Me sentía jubiloso como pocas veces—. Leiza, ¿el asiático te enseña bien a leer?

—Yo creo que sí...

—Demuéstralo. —Extraje una de las *epístolas* y se la entregué—. A ver si entiendes qué dice.

Leyó para sí misma. Sus labios se movieron al tiempo que una lágrima escapaba de su ojo izquierdo, descendía por su juvenil moflete hasta penetrar en esa boca que emitía inapreciables susurros. Al terminar, suspiró largamente. Y entonces lloró como una niña que acababa de conseguir todo lo que desea.

Enlai asintió en mi dirección con un gesto que denostaba agradecimiento eterno. Leiza se aferró a mi cintura como un náufrago a una tabla de madera, apretándola mientras no dejaba de repetir: «Gracias, gracias, gracias...».

—Parte de «culpa» es del viejo —expliqué entretanto le enmarañaba el pelo.

La pequeña giró el rostro hacia el susodicho.

—Gracias, Enlai.

Me acerqué al asiático con Leiza agarrada a mi cuerpo.

—¿Por qué no buscamos una casita donde vivir en paz? Tengo unos ahorros que no podrían gastarse mejor. Vayámonos de aquí. Dejemos de escondernos, de luchar por una vida digna. ¿Sabes?: estoy cansado de pelear. El guerrero necesita reposo. Además, ya no hay motivos para huir.

—Pero... Sabes que yo todavía soy un...

—No —le interrumpí. Saqué la única epístola que quedaba por entregar aquella cálida mañana. La cogió tembloroso. No he vuelto a ver unas pupilas tan estremecidas—. Aquí no hay esclavos, Enlai.

TRES SEMANAS MÁS TARDE

Deambulé por la misma calle donde la vi. Llegué poco después del amanecer, y al medio día aún seguía buscándola. Invoqué de nuevo a *Fatum*, tenté al destino para que me la sirviera en bandeja de plata. Si no la encontraba, dormiría en una *cauponae* y al despertar seguiría paseando por las inmediaciones de «su» *domus*. No iba a rendirme. Ni antes ni después; era el momento de la proposición.

El «azar» tardó en posarla ante mis ojos, pero, finalmente, cuando a punto

estaba de oscurecer, la vi acompañada por las mismas esclavas que la anterior vez.

«*Gracias* —pensé mirando al cielo».

Anduvo hacia el mismo puesto de fruta que en el «encuentro» precedente. Me coloqué junto a ella, ladeado, despacio y felino. No percató mi presencia. Todo había cambiado desde que partí del *ludus*; ya no necesitaba esconder mi rostro tras una capucha. «Algún día seré libre, Iulia, y podremos pasear por Roma cogidos de la mano». Recordé aquellas palabras que le dije hacía mucho. Justo en ese instante, mientras la observaba coger una manzana, el día prometido estaba cumpliéndose.

La mordió.

Susurré:

—Una vez te aparté de la trayectoria de un caballo desbocado, ¿recuerdas?
—Ladeó el rostro mientras su pecho se henchía emocionado—. Volvería a hacerlo una y otra vez, pues ello me condujo a estar ahora aquí contigo.

—Te estuve esperando, Spurius —susurró como si todavía hablara con el esclavo que fui. Su voz se quebraba como una hoja seca—. Lloré y deseé la muerte cuando supe de tu desgracia. Luego me dijeron que habías renacido de tus cenizas como el Ave Fénix, y que conquistaste al mismísimo emperador, conquistaste tu preciada *rudis*.

—Nuestra *rudis*. La conseguí para los dos.

Cogió mi mano, acercándosela a su mejilla, besándola con sus tiernos labios.

—He anhelado tanto este momento...

—Te amo, Iulia. Quiero que vengas conmigo. Vivo con una africana y un asiático en el campo. Sé que aquí perduras entre algodones... Hay que trabajar duro, sí, pero lo hago con gente buena que me quiere.

Me regaló una amplia sonrisa.

—¿Un asiático y una africana?

—Enlai, un buen hombre y Leiza, una niña encantadora. Me salvaron el día que debí morir...

—¿Y si el amor no es suficiente, Spurius? —preguntó mientras me miraba fijamente, estremeciendo cada palmo de mi organismo.

—Siempre lo es, ¿no?

—No lo sé. —Su rostro evidenciaba una intensa lucha interna—. Pides que por mi propio bien arruine la vida de mis padres. Y eso no sé si puedo hacerlo.

Un intenso dolor se adueñó de mi pecho, dificultándome incluso respirar.

—Debes pensar en ti. Es lo que ellos llevan haciendo toda su vida.

—No seas injusto.

—¿Eres feliz a su lado? —cuestioné inmerso en un creciente malestar.

—No le amo, si es lo que preguntas.

—¿Entonces?

—No es tan sencillo. No puedes aparecer sin más después de tanto tiempo, y pretender que lo deje todo de la noche a la mañana.

—Entiendo.

Extraje el pañuelo que me regaló.

—No lo quiero. No haría más que recordarme lo que no tengo. Si no he de volver la vista atrás, que nada desvíe mi mirada del frente.

Lo posé en su mano. Me di la vuelta y me marché sin más, dolido como nunca antes.

—¡Spurius! —escuché a mi espalda.

No dejé de andar hasta girar la esquina, hasta desaparecer entre la gente.

EPÍLOGO

Los días postreros a nuestro encuentro no pude dejar de pensar en él. Recorrí una y otra vez el pasado: cada beso, caricia, promesa..., cada íntimo encuentro en plena noche. Me pregunté si respirar valía la pena; si el aire alejada del amor se filtraba en mi alma como una vana resignación. Me cuestioné muchas cosas, y siempre obtuve la misma respuesta.

Sobre mi yegua, miré el mapa que envolvió en «nuestro» pañuelo: un dibujo a mano donde se marcaba un punto apartado de Roma; no demasiado. «Te esperaré siempre», escribió en una esquina.

Intenté dejar atrás el menor daño posible, pero resulto imposible no arrojar un lastimoso rastro a mi espalda. En el fondo, siempre supe que tenerle no sería fácil. «*Mi ingenuo* —pensé mientras me acercaba al lugar indicado».

El sol me acompañó desde el inicio, entregándome su calidez, su luz. A ambos costados del terroso camino se elevaban montículos multicolor: verdes, amarillos, rojos... Retales de tierra que asemejaban una *estola* de seda a contraviento. Un paisaje hermoso.

Cerca del camino, sobre un manto verde, vi la casa. Me acerqué nerviosa. Le advertí a lo lejos, trabajando la tierra junto a la pequeña africana y el viejo asiático: Enlai y Leiza. Le atendí feliz, sonriente y jovial.

Limpio el sudor de su frente.

Desmonté.

Anduve.

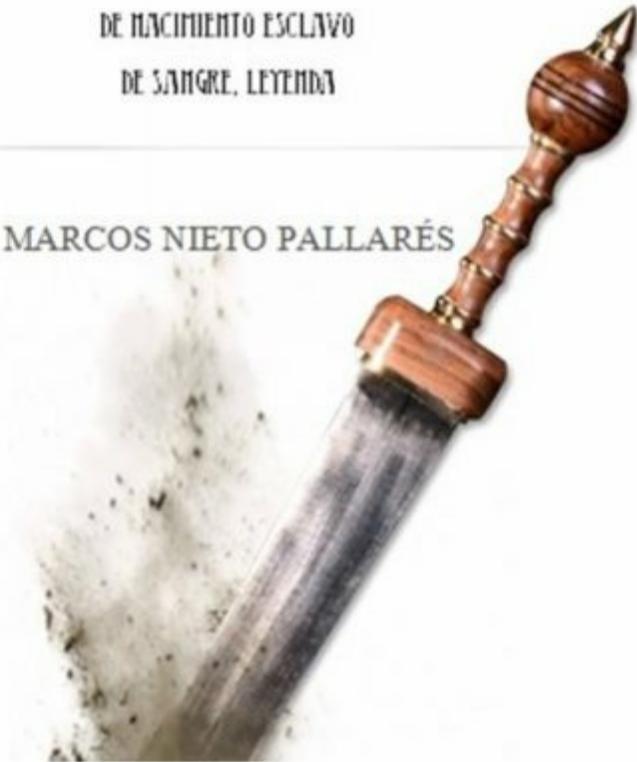
Alzó la vista al percatar que alguien se acercaba.

Y allí estaba Spurius Atiusanus, faenando como un hombre cualquiera. Mas en realidad, escondida tras aquella apariencia, dormitaba el mejor gladiador de Roma.

RUDIS

DE NACIMIENTO ESCLAVO
DE SANGRE, LEGENDA

MARCOS NIETO PALLARÉS



Gracias a todo el que me ha leído o ayudado a difundir mis obras, y en especial a los tres lectores cero que me han echado una mano y pulido esta novela: mi pareja, Marta Martín Girón, y mis dos buenos amigos, Jordi Bel Marcoval y Antonio Orozco Guerrero. GRACIAS.

Mis otras novelas en Amazon:

- 'EL ASESINO INDELEBLE' (Novela negra).
- 'SANDERS: La precuela de EL ASESINO INDELEBLE' (Novela negra).
- 'EL LAMENTO DE LOS INOCENTES' (Novela negra).
- 'LOS CRÍMENES POST MORTEM' (Novela negra).
- 'AMOR DE REALITY' (Romántica).
- 'EL DESTINO DEL INCORPÓREO' (Ciencia ficción).
- 'RENACER: EL DESTINO DEL INCORPÓREO, Volumen II' (Ciencia ficción).
- 'REBELIÓN: EL DESTINO DEL INCORPÓREO, Volumen III' (Ciencia ficción).
- 'EL MUNDO DEL AHORA' (Fantasía épica).
- 'EL VIAJE DE NIRBLIN' (Fantasía épica).

[1] Por donde se sacaban los cadáveres de los gladiadores y animales muertos.

[2] Típica espada de la Antigua Roma utilizada por las legiones. De «gladius» deriva la palabra «gladiador».

[3] Partes de la *cavea* (grada).

[4] Escudo rectangular y pequeño.

[5] Espada corta con hoja ligeramente curva.

[6] Almuerzo sobre el medio día, que consistía, en su mayor parte, en las sobras de la cena del día anterior.

[7] Estancia destinada a comedor formal en un edificio romano o grecorromano.

[8] Gladiador del género femenino.

[9] Mercado.

[10] Especie de litera tirada por mulas que se empezó a emplear en tiempos del Imperio romano.

- [11] Silla de manos prolongada y cerrada con ventanas y portezuela en la que se transportaba a una o dos personas.
- [12] Habitaciones de la *domus* (casa romana) que se disponían en torno al *atrium* y cuya función era la de dormitorio.
- [13] General del ejército romano, equivalente a un moderno oficial general o lugarteniente.
- [14] Hombres libres que decidían dedicar su vida a las luchas de gladiadores.
- [15] Cubierta de tela desplegable accionada mediante poleas.
- [16] Nombre que recibían los espectáculos que se celebraban en el circo o en el anfiteatro y en el que intervenían animales exóticos y salvajes.
- [17] Tridente.
- [18] Patio de la *domus* (casa rica romana) y de algunos templos romanos.
- [19] Apertura realizada en el techo que conducía el agua de lluvia hasta el *impluvium*.
- [20] Parte de los juegos: lucha de gladiadores.
- [21] Juego de tablero practicado por los romanos. Se dice que era similar a las damas o al ajedrez, pues es también un juego de tácticas militares.
- [22] Tablero de tres filas y doce espacios donde se movían unas fichas según unas normas que desconocemos.
- [23] Músicos que acompañaban el espectáculo.
- [24] La «oficina» en una casa romana, el centro de recepción y trabajo del *pater familias* para los negocios, donde recibiría a sus clientes.
- [25] Río del Hades (inframundo), cuyo curso terminaba en el infierno.
- [26] En la mitología romana, las Parcas eran la personificación del *Fatum* o destino.
- [27] Nombre que recibía un esclavo que, al convertirse en un liberto, seguía trabajando para el que fue su amo.
- [28] Ropa interior masculina. La usaban los gladiadores para entrenar con altas temperaturas.
- [29] Machete antiguo usado por la legión. Variedad de espada.
- [30] Martillo con puntas, a modo de barbas, que utilizaban las tropas ligeras.
- [31] Pequeño puñal que portaba el legionario al lado derecho. A partir de César se tomó como emblema de la salvación de la patria.
- [32] Puerta de entrada exterior.

[33] Pequeño altar sagrado de la antigua vivienda romana, donde se realizaban las ofrendas y oraciones a los dioses o espíritus guardianes del hogar.

[34] «Imágenes» de ancestros, que también eran objeto de exhibición durante los funerales.

[35] Carta. En la antigua Roma, una de las maneras que el amo podía utilizar para otorgar la libertad a un esclavo.